

The background of the entire image is a soft-focus photograph. The top half shows a young woman with long, wavy brown hair smiling warmly as a man with a beard and reddish hair leans in to kiss her cheek. The bottom half shows a young girl with her eyes closed, blowing out a single lit candle on a birthday cake. The candle is shaped like the number '7'. The cake is decorated with orange slices. The overall lighting is warm and golden, creating a sentimental and intimate atmosphere.

*Pide un*  
**DESEO**

STEFANIA GIL

Pide un deseo

**STEFANIA GIL**

Los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios.  
Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia.

Diseño de Portada: La Taguara Design.  
Diseño y Maquetación: Stefania Gil

Copyright © 2017 Stefania Gil

All rights reserved.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

# Contenido:

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Querido lector:](#)

[Stefania Gil](#)

*“Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas,  
de pronto, cambiaron todas las preguntas”*

***-Mario Benedetti-***

# Prólogo

Alyssa se encontraba sentada en la mesa del jardín trasero de la casa de Amelia, su abuela materna. Como cada año, su abuela se esmeraba al máximo con la decoración para la fiesta y a pesar de que la niña le agradecía gustosa el gesto, siempre esperaba que a alguien se le ocurriera la idea de preguntarle ¿Cómo quisiera decorar y celebrar su fiesta de cumpleaños? Suspiró abatida viendo los aburridos globos rosa pastel que adornaban algunos sitios del jardín.

Sería incapaz de decirle a su abuela que aquello la aburría al extremo y que deseaba una fiesta diferente. No, no podría hacerle pasar una desilusión a su abuela que era lo más cercano a la bondad pura que conocía a sus escasos siete años y lo más cercano a su madre también. Lo comentó con su padre que, en algunos casos, le ayudaba a decir las cosas que más le costaba, este la vio con compasión y le explicó que ese año, ya no se podía hacer porque la abuela ya lo tenía todo preparado. Alyssa pensaba que iba con tiempo de sobra para decirle a su padre que no quería más de las decoraciones de su abuela, al parecer, tener esa conversación un mes antes de la fecha no había sido suficiente. Se prometió que, para el siguiente año, tendría la misma conversación con su padre con al menos seis meses de antelación, así podrían comentarlo con Amelia sin correr riesgos.

No podía imaginarse cuál excusa usaría porque su corta edad solo le daba argumentos que no eran muy convincentes y que, en la mayoría de los casos, hasta a ella le sonaban crueles.

Y es que así es la infancia, cruel con la gente que se tiene al rededor porque esa vergüenza a decir algo indebido es un mundo desconocido hasta que alguien comenta que ya estás mayor para hablar de esa manera tan irrespetuosa y mal educada. Alyssa nació con esa vergüenza incluida ya que no se atrevía a decirle la verdad en su cara a nadie, solo por temor de hacerle sufrir.

Sonrió con pesar recordando lo mucho que odió el regalo que una

vecina le dio el año anterior. Nunca, en su corta existencia, había visto una muñeca de porcelana tan espantosa. «¿Quién regalaba muñecas de porcelana en esa época?» se preguntó tras rasgar el envoltorio. En ese momento, supo que debía controlar sus facciones porque si no, su dulce y encantadora vecina se sentiría muy triste de saber que a ella, esa muñeca, le parecía espantosa. Por fortuna, la muñeca fue a parar en el fondo de un baúl que la niña ya casi ni abría porque sus gustos cambiaban con rapidez. Ese baúl estaba lleno de bebés de plástico con sus accesorios; además de una buena cantidad de animalitos de peluche que, en algún momento, fueron los suplentes de los falsos bebés que ahora les acompañaban.

Hasta el año anterior, le pareció que decorar su fiesta con su personaje de Disney favorito era bueno. Después de ir a la súper divertida fiesta de cumpleaños de Marcy, empezó a encontrarle algunos defectos al titánico esfuerzo de su abuela. Y todos los globos rosa así como los personajes de Disney, empezaron a parecerles insoportablemente aburridos.

Quería algo más sencillo, con menos rosa, quizá más negro o gris y algún otro color que le combinara que no fuesen tonos pasteles. Estaba cansada del clásico plan «princesa» que solía usar su abuela. Claro, Marcy contaba con su madre que era una experta decoradora y con su padre que siempre estaba con ella para todo lo que necesitara.

Alyssa sintió un pequeño nudo en la garganta. Su padre, por segundo año consecutivo, tuvo una emergencia en el hospital y no pudo estar presente en la fiesta. Sabía que su papá era un héroe que salvaba la vida de muchos, pero le habría gustado en ese momento un padre como el de Marcy que siempre estaba en casa; o como el de Jenna, que llegaba cada tarde a las seis para cenar con la familia. Incluso, le gustaría un padre como el de Lucille que también era médico y siempre estaba en casa cuando era necesario.

Lo amaba, y ella sabía con certeza que él le correspondía de la misma manera. Se lo veía en sus ojos cuando la cargaba y la abrazaba. O cuando la llenaba de besos por las mañanas.

Suspiró de nuevo. Algún día eso cambiaría. Quería una familia completa, con madre incluida. Hermanos. Primos.

Si su padre seguía con aquel trabajo, no tendría tiempo de conocer a nadie que le diera lo que tanto anhelaba. Porque sabía cómo era que venían al mundo los bebés. Nadie podría engañarla con la historia de la cigüeña porque su padre le enseñó la verdad desde la primera vez que se lo preguntó y le parecía muy gracioso ver a sus amigas debatiendo sobre cuál es la verdad de

todo ese asunto: ¿la cigüeña o las abejas? Pero ella sería incapaz de decirles que eran unas tontas y que la verdad era que para hacer un bebé hacía falta el amor de un hombre y una mujer. Además, tenía poder para decirlo porque, su padre, que era médico, se lo explicó.

Alyssa se guardaba sus opiniones para no herir los sentimientos de sus amigas o mejor dicho, para no colocar entre dicho la palabra de sus padres y que sus amigas pensarán que ellos les mentían. No. Ella se guardaría la historia para más adelante, cuando tuvieran más edad. «A la gente le da vergüenza hablar de eso» aseguraba su padre.

Ella no entendía el porqué, si amarse estaba bien y se sentía genial. Entendía que el mundo de los adultos era muy extraño para ella, como cuando le preguntó a su papá si amó a su madre. Él le respondía que sí, aunque ella sabía que, en el fondo, se guardaba una verdad que no anunciaba para no lastimarla. Reconocía la mirada porque se llenaba de pesar tal como lo que le embargaba a ella cada vez que le ocultaba una gran verdad a alguien para no herirle los sentimientos. Entonces, Alyssa percibía que su padre sintió un gran sentimiento hacia su madre, sincero y que en cierto modo le hizo feliz aunque su mirada no se cargaba de brillo hablando de su madre como cuando hablaba de la chica que fue muy especial en su vida. Su padre solía decirle que cuando ella se hiciera muy mayor, prometía contarle todo acerca de sus sentimientos, y que en tanto iba creciendo, tendría que conformarse con lo que le decía.

A Alyssa le habría gustado que sus padres hubiesen sido como los de Carlyn, que ya no se querían más y vivían en casas separadas. Eso le daría la tranquilidad de saber que su madre seguía con vida. Pero no, su madre se convirtió en ángel cuatro años después de que ella naciera. A veces, le llegaban algunos recuerdos de sus ojos y la forma tan amorosa con los que la veía. Tenía un montón de fotos de su madre que no podían llenar el vacío que ella le dejó, pero al menos contaba con algunos recuerdos de ella plasmados en aquel papel fotográfico.

Le gustaba pensar que si su padre se enamoraba de nuevo, conseguiría tener una madre que aunque fuera postiza, ella la recibiría encantada. Su abuela era su abuela y sabía diferenciar las cosas que sus amigas hacían con sus madres y que ella no las hacía con su abuela porque le parecían una locura o porque el cuerpo de su abuela parecía más lento que el de cualquiera de las madres de sus amigas. Su padre le decía que su abuela ya estaba mayor.

—¡Cariño! —Amelia se acercó a ella sonriente—. ¿Qué haces aquí tan sola?



—Pensando en el deseo que voy a pedir este año al soplar la vela, abuela.

Amelia le sonrió cariñosamente.

—¿Vas a pedir algo diferente?

—No. Solo estaba concentrándome para hacerlo mucho mejor este año, a ver si ahora sí se me cumple. No puedo decirte qué es.

Amelia sonrió como cada año al tener esa misma conversación.

—No se lo digas a nadie porque los deseos no se comparten hasta que se hayan cumplido. Y si ya estas lista, vamos a echar ese deseo al aire que ya los invitados nos esperan alrededor de la tarta.

Alyssa y Amelia caminaron juntas tomadas de la mano hasta la gran mesa en la que descansaba una tarta de tres pisos, llena de merengue blanco y decorado con unas delicadas flores. Alyssa pensó en que le habría gustado más una tarta con la forma de alguno de sus objetos favoritos como un bolso, zapatos o artículos de maquillaje tal como en la fiesta de Marcy. Pero eso era lo que le correspondía a ella y en cierto modo, se sentía afortunada de tenerlo. Mejor eso que nada.

Los invitados terminaron de entonar el cántico respectivo y ella cerró los ojos con fuerza mientras pensaba:

«Deseo una novia para mi papi, que nos ame tanto como le amaremos a ella. Deseo que mi papi trabaje menos para así pasar más tiempo juntos»

Sopló con toda las fuerzas y el viento elevó su deseo al universo que en ese mismo instante, pasó a trazar un elaborado plan que cambiaría la vida de su padre por completo y le daría a ella el deseo que tanto anhelaba.

# Capítulo 1

## 11 años antes

Stella e Isaac Simmons veían con consternación a su querida hija Leah. Tenían que notificarle la mala noticia. No sabían por dónde empezar porque ni siquiera tenían una clara explicación para todo lo que estaba ocurriendo aunque sí tenían muy claro que aquel cambio en la historia de su pequeña, la marcaría para siempre.

—Papá, mamá, ¿qué ocurre? Me están preocupando —Leah estaba inquieta y cansada. Después de un día intenso en la universidad, solo quería acabar de conversar con sus padres, darse un baño, comer algo y llamar a Jonathan para preguntarle cómo estaba. También quería conversar con él sobre la decoración de la boda.

Giró el anillo en su dedo anular izquierdo. Aun no se acostumbraba a pensar que sería la esposa de Jonathan Rodríguez antes de que llegara el otoño y con apenas unas semanas de graduarse en administración.

No se lo podía creer todavía.

—Bueno, ya —dijo con cansancio a sus padres que seguían viéndola como si en cualquier momento se fuera a romper—. Es mejor que digan lo que les preocupa y me dejen subir que tengo cosas que hacer de la universidad — Entonces recordó el día en el que le dieron la noticia de la muerte de Mima, su abuela paterna con quien tuvo una relación muy especial. Eso la inquietó más todavía porque sus padres tenían las mismas expresiones de preocupación y tristeza en sus rostros que entonces y ya no le quedaban abuelas para anunciar sus muertes y tampoco parientes cercanos, que ella supiera. Se tocó de nuevo el anillo y algo saltó en su interior—: ¿Es Jonathan? ¿Le ocurrió algo?

Sus nervios fueron en aumento al ver la expresión de sus progenitores y las miradas de pena que intercambiaron.

Leah pensaba que el corazón le iba a estallar en pedazos y se levantó.

Marcó el teléfono de la casa de su prometido y no recibió respuesta, ni siquiera el contestador automático.

Algo estaba pasando.

—Hija, por favor, siéntate y cálmate.

Si había algo que Leah no podía hacer en un momento de angustia era sentarse. Mucho menos calmarse. Así que cogió las llaves de casa, las del coche de su padre y salió de la vivienda.

—Leah, no. No te va a gustar lo que vas a encontrar.

Su padre siempre era honesto con ella y sabía que esa advertencia se convertiría en verdad. Su corazón palpitaba desbocado.

—Te acompañaremos —dijo su madre y subieron al coche con ella. El silencio era ensordecedor. Agradeció que el trayecto fuese relativamente corto. Salió del coche lo más de prisa que le permitieron sus torpes pies.

Tocó el timbre un par de veces y no obtuvo respuesta. Las luces estaban apagadas y no salía ningún ruido del interior de la propiedad.

Leah estaba a punto de entrar en pánico. No entendía nada de lo que ocurría.

Fue entonces cuando la Sra. Margaret, vecina de los Rodríguez desde que Leah los conocía, se presentó ante ella y su cara albergaba tanta tristeza que Leah empezó a hiperventilar.

—No sabemos qué pasó, Leah —comentó su padre—. No hay nadie en casa. Hemos venido hoy a invitarles a una cena para poder empezar a planificar los detalles de la boda y también, porque queríamos darles nuestro regalo de bodas —Su padre la abrazó muy fuerte porque sabía que se iba a quebrar en cualquier momento.

—Lo siento, muchacha —Margaret se acercó a ella—. Les vi partir ayer en la noche, todos iban con maletas en mano y esta mañana ha venido un camión enorme y se ha llevado todo lo que estaba dentro de casa.

Leah sintió que le estaban jugando una broma y empezó a reírse de forma nerviosa con tanta fuerza, que un par de vecinos más se acercaron para corroborar la historia de Margaret.

No podía creer lo que le estaban diciendo.

¿Maletas? ¿Mudanza?

¿Cómo no se había enterado de eso? Alguna explicación debía existir, ¿no?

Estaba convencida de que Jonathan, su adorado Jonathan, no iba a abandonarla y todo lo que estaba ocurriendo tendría alguna explicación lógica que, de seguro, le daría su prometido en los próximos días.

Jonathan no la dejaría así, sin más. Tenían una vida por delante y tantos planes, además, ella estaba segura de su amor. Jonathan la amaba desde el primer día que se vieron. Se conocían a plenitud, eran los mejores amigos y lo

amaba con todo su ser. Por ese mismo amor que se tenían, sabía que esa improvisada mudanza de la familia Rodríguez tenía una lógica explicación y ella lo único que tenía que hacer era esperar a que Jonathan se presentara en su casa para explicarle todo.

Solo era cuestión de tiempo para poder saber toda la verdad.

Lo que Leah no sospechaba era que, la repentina salida de los Rodríguez y la explicación de Jonathan, quizá no llegaría.

## Capítulo 2

Para Leah, el inicio del verano siempre representaba un infierno. No solo porque odiaba sudar, sino porque también, todos los acontecimientos importantes en su vida, o mejor dicho, todas sus desgracias, siempre ocurrían en estas fechas.

La muerte de Mima, el escape temporal de su gata Aisha, la decisión de salir de Arlington y dejar el pasado atrás -aunque siguió arrastrándolo como si fuese una carga preciada- y la mayor de sus desgracias vividas: la repentina salida de Jonathan Rodríguez de su vida.

Más de una década después, seguía sin obtener respuesta del paradero de su ex prometido y toda su familia. No había logrado dar con ninguno de ellos, ni siquiera con la aparición de Internet y las útiles redes sociales. Era increíble. No existía un condenado rastro de ellos por ningún lado.

Contrató a un detective privado que trabajó muy duro en la investigación sin obtener ningún resultado positivo; fue entonces cuando Leah se dio cuenta de que no podría olvidar y avanzar en la vida mientras siguiera en casa de sus padres y frecuentando los lugares de Arlington que eran especiales para ella y Jonathan. Un buen día se decidió a salir de allí y poner distancia para olvidar y empezar de cero.

Se fue dejando atrás a sus padres, amigos, la gata «escapista» que más tarde la abandonó para ir a hacerle compañía a Mima; y creía que, también, podría dejar atrás a Jonathan.

El cambio de ambiente la ayudó en los primeros meses a pensar en otros asuntos, concentrarse en la búsqueda de un nuevo empleo y de un lugar apropiado para vivir. Eligió como destino Nueva York porque, si bien quería poner distancia, tampoco quería alejarse demasiado de sus padres.

Consiguió en poco tiempo todo lo que quiso a nivel profesional y cuando su vida parecía estar tranquila, apareció el maldito verano y con él, trajo una nube de amargura a su «tranquila» vida. Empezaron las preguntas a rondar su cabeza, las suposiciones a llenar los vacíos, las lágrimas a calmar

las tristezas, y por último, apareció la rabia alzando la voz en contra de Jonathan, recordándole a Leah que merecía algo mejor que un cobarde que jugó con ella y sus sentimientos. Muchas veces esa misma rabia le aconsejaba que, en caso de encontrarlo de nuevo, no le concediera el perdón.

El otoño se convertía en un período de duelo y luego, con la llegada del invierno, las aguas se calmaban en su interior permitiéndole vivir en paz con ella y con el sentimiento que aun la unía a Jonathan. Así sobrevivía hasta el siguiente verano, cuando aparecía el ciclo, repitiendo cada una de sus frustrantes etapas en las que Leah era muy desdichada.

Aún guardaba en una caja las revistas, recortes y apuntes que hizo desde que Jonathan le propuso matrimonio. Cada año la abría y detallaba todo en su interior como si alguna de esas imágenes o algunas de sus anotaciones le fuese a revelar el misterio de la huida de su ex prometido.

Una huida cruel y absurda que esperaba poder entender algún día. Cada vez que pensaba en lo mismo, su corazón padecía de un dolor crónico que le aseguraba que en poco podría romperse, nunca lo hacía, aunque Leah lo hubiese deseado algunas veces así le podía poner un punto y final a tanto sufrimiento.

Intentó de muchas maneras superar todo el asunto del ciclo que se repetía una y otra vez año tras año.

Visitó psicólogos, salió con amigos, hizo algunos viajes, tomó clases de cualquier técnica de relajación y meditación que existe en el planeta; también, tomó clases de *kickboxing* y de *Judo* porque cuando aparecía la rabia, su único deseo era encontrarse a Jonathan para poder partirle la cara a puñetazos y darle un par de patadas en el trasero antes de preguntarle por qué demonios se largó de esa manera y cómo era que no había tenido los pantalones de enfrentarla y decirle que no quería estar más con ella y que quería largarse de allí. O cómo era posible que no la contactara en todo ese tiempo para explicarle qué les llevó, a él y su familia, a tomar esa radical decisión.

Su lado racional le decía que el pobre hombre no debía tener nada de culpa en la extraña mudanza, algo de fuerza mayor le obligó a guardar silencio porque toda su familia desapareció misteriosamente junto con él y ninguno de ellos actuaba con tanta cobardía. Además, la madre de Jonathan lo habría matado si él hubiese decidido abandonar a Leah ya que, su madre, la adoraba.

Lamentablemente, su lado racional quedaba secuestrado cuando su rabia interna hacía acto de presencia. A veces sentía que la rabia era hacia

ella misma por no poder superar el asunto ni siquiera después de una década.

«Ya es hora de darle la espalda al sufrimiento y la bienvenida a la felicidad» le dijo su maestro espiritual en la última meditación que hicieron en el centro de meditación y relajación al que asistía dos veces por semana.

Por otro lado, su psicólogo, al cual veía una vez cada quince días, aseguraba que ese capítulo de su vida lo cerraría el día que encontrara las respuestas adecuadas. Para ella, aquella opinión fue un golpe muy duro porque eso quería decir que no podría cerrar ese trágico suceso de su vida. Sin Jonathan, no existían las respuestas.

—Ten por seguro que algún día, las respuestas llegarán, en tanto, no te olvides de vivir —fue la afirmación final del psicólogo. Que si lo sumaba a lo que le dijo su maestro de meditación, tenía cierto sentido.

Debía abrirse al mundo, cambiar de aire de nuevo, de vida. Quizá enfrentar su pasado le vendría bien y fue así como decidió regresar a Arlington después de siete años.

Ellie, su querida amiga de la infancia, le propuso iniciar un negocio que parecía prometedor y después de analizar los números y las cuentas como era debido, Leah dejó a un lado el miedo a iniciar un negocio por cuenta propia y se lanzó a la aventura.

Así que ahí estaba, empacando las últimas cajas con las cosas que más valor tenían para ella y que la acompañaron en esa aventura de vivir en la gran manzana. Una ciudad que le encantaba pero que empezaba a hacérsele pesada. La gente no se detenía a tomar un respiro y ella sentía que ese respiro le hacía mucha falta. Además, extrañaba a Ellie a morir. *Skype* les hacía las cosas más fáciles. No se podía imaginar cómo sería tener que sentarse a escribir una carta diaria para contarse la vida y mantener la amistad intacta. La época moderna lo hacía todo más fácil, sin duda. Se hablaban casi a diario y se veían por el móvil con cualquier excusa, sin embargo, no era lo mismo.

Leah terminó de empacar la última caja y fue a dar un recorrido por el apartamento vacío; lleno de ecos porque no tenía recuerdos para guardar de ese lugar. No llevó a nadie para hacer de ese sitio un lugar lleno de momentos compartidos. En todo ese tiempo no cosechó amistades en la gran ciudad, y mucho menos amores. No sabía ni siquiera lo que era pasar una noche de copas locas con alguien, algo en lo que Ellie parecía ser una experta.

Ahí estaba, dejando todo de nuevo por regresar al punto del que escapó tanto tiempo atrás pensando que la distancia era la solución a todas las penas.



Todo estaba en orden en la vivienda. Pensaba que no olvidaba nada cuando se percató que no recogió un tesoro importante para ella, la caja que la acompañaba con sus recuerdos de la boda que no ocurrió. El objeto estaba en un rincón en lo alto del armario de su dormitorio. La dejó allí con la intención de olvidarla pero, como una jugada asquerosa de su mente, lo recordó de pronto y no aguantó la tentación de ir por ella.

Con el solo hecho de pensar en que la abandonaría allí empezó a tener un ataque de ansiedad que la desestabilizó. Era lo único que le indicaba, de forma material, que Jonathan existió en su vida y que ella se negaba a olvidarse de él. Tal como lo aseguraban su gurú y su psicólogo. ¿Qué podían saber ellos de tal abandono por parte de la persona amada? ¿Cómo superaba uno algo así?

Se subió a una silla de la cocina que era lo único que quedaba movable en el apartamento, lamentó no tener la pequeña escalera que usaba para llegar hasta el rincón más alejado del armario porque, con esa silla y su estatura que no ayudaba en nada, no alcanzaba la caja.

Se colocó en puntillas, extendió el brazo cuanto pudo para llegar hasta la caja. La alcanzó con esfuerzo y al hacerlo, no calculó la distribución de su peso sobre la silla, esta se tambaleó haciéndole perder el equilibrio y lanzándola de espalda contra el suelo. Se golpeó con fuerza al tiempo que recibía una lluvia de objetos sobre su cuerpo, no fue lo suficientemente rápida en evitarlos y una de las afiladas esquinas del portarretrato de metal que resguardaba la mejor foto de Jonathan y ella se estrelló sobre su frente.

Expresó su dolor con un sonoro «Auch» y una maldición que -tal vez- en China fue escuchada sin problema.

Se recompuso y recogió todo con rapidez, asegurándose de que nada se quedaba extraviado en ese sitio al cual no volvería más.

Su tarea se vio suspendida gracias las gotas de sangre que empezaron a manchar el suelo. Asustada, se llevó la mano a la frente y el contacto con la herida le hizo soltar otra serie de maldiciones que su madre habría cuestionado como un vulgar vocabulario para una mujer.

En el baño vio que la herida era profunda. Salía mucha sangre y no parecía tener intenciones de detenerse. Tendría que ir al hospital.

Salió del baño, se agachó para recoger del suelo la caja de sus tesoros y colocarla junto a las demás y al hacerlo, un mareo la hizo sentarse en por unos segundos. No podría conducir en esas condiciones y si seguía demorando, acabarían dejándola en el hospital en observación.

Otra ráfaga de improperios salió de su carnosa boca.

Marcó el 911.

—911, ¿Cuál es su emergencia?

—Necesito que envíe una ambulancia a buscarme porque tengo una herida en la cabeza y sale mucha sangre —Le dio la dirección a la operadora y en apenas dos minutos, los paramédicos llamaban a su puerta.

\*\*\*

Después de hacerle un TAC para cerciorarse que todo estuviese bien a causa de la profundidad de la herida, el médico de urgencias le indicó que debía quedarse cuatro horas en observación si quería irse ese mismo día a Arlington y que mejor sería si alguien conducía por ella.

Suspiró resignada porque tendría que llamar a casa para avisar lo que le había sucedido e informar que no llegaría a tiempo porque para el momento en el que llegó al hospital, debía estar saliendo de la ciudad camino a su nuevo destino. Y si no avisaba, se preocuparían por su paradero. Llamó y como era de esperarse, su padre quería ir al momento a buscarla. Ella se negó y le dio la explicación del médico, escondiendo la parte en la que era mejor si otra persona conducía.

Stella logró calmar a Isaac y decidieron quedarse en Arlington. La historia no fue la misma con la llamada que le hizo a Ellie que asustada por el accidente, colgó la llamada y le contactó de nuevo cuando iba de camino a Nueva York para buscarla.

—Ellie, estás loca. Estoy bien, te lo aseguro —dijo cansada. Empezaba a dolerle la cabeza—. Además, hacer el viaje de ida y regreso en coche es demasiado para un solo día. Y de todas maneras, no pienso dejar mi coche aquí.

—Tú eres mi única mejor amiga, así que no se diga más, que bien vale la pena el esfuerzo. No podría con el cargo de consciencia si te ocurre algo en carretera por dejarme convencer por tu espíritu de «Yo todo lo puedo» —Leah la sintió sonreír—. Además, voy con Ryan que está muy emocionado con que vuelvas a casa y parece preocupado por lo que te ocurrió.

—¿Es que le vas a contar todo? —Ryan protestó al fondo.

—Lo siento, hermano, es que me haría muy feliz que ustedes dos intentaran estar juntos como pareja —Le comentó a su hermano mientras Leah escuchaba y respiraba profundo pensando en lo que le esperaba en su regreso

a Arlington—. Te dejo para que descanses, ya hablaremos de todo luego en el camino de regreso. Dame la dirección del hospital y en poco tiempo estaremos contigo. Nos falta un poco más de una hora para llegar.

Se despidieron y Leah colgó dejando escapar un suspiro profundo.

Una de las razones por la que meditó con mucho cuidado la idea de volver a su ciudad natal fue la alocada idea de su amiga Ellie de emparejarla con su hermano mayor Ryan. Desde adolescentes, Ryan se mostró interesado en ella y entre Ellie y él organizaban salidas de grupo en las que «casualmente» ellos siempre se quedaban a solas. Así fue como Ryan fue el primer chico que besó a Leah y también el primero en complacer sus desesperadas hormonas cargadas de deseo. Leah nunca llegó a sentir amor hacia Ryan. No el que se siente por un hombre. Lo adoraba como amigo porque era de las mejores personas que podían existir en el planeta, siempre dispuesto a hacer cualquier cosa por la gente que lo rodeaba. Era un alma noble y siempre estaba presente para ayudarlo en lo que ella necesitara. Leah sospechaba que Ryan si sentía un amor diferente hacia ella. No lo hablaron en la adolescencia porque estaban más ansiosos de besarse y explorarse que de conversar; y luego, siendo adultos, se distanciaron un poco cuando Ryan fue a la universidad. Luego cuando Leah y Ellie también entraron en la universidad, retomaron el contacto por obra de Ellie y la romántica que habitaba en ella, que lo que más deseaba en la vida era que las dos personas que más amaba en el mundo acabaran estando juntos para siempre.

Los encuentros entre ellos siguieron siendo casuales, sin palabra y llenos de deseos por satisfacer. Las cosas cambiaron por completo cuando Leah conoció en el último curso de la universidad a Jonathan. Ella iba de salida de su facultad y él estaba entrando, ambos distraídos en una lectura que llevaban en brazos y fue cuando colisionaron. Desde entonces, fueron inseparables. Hasta que él desapareció junto a su familia.

Leah sintió que el corazón se le encogía tal como la vez que sus padres le dieron la terrible noticia. Tal como le ocurrió algunos meses después cuando entró a hurtadillas en la propiedad y se dejó convencer de que nadie más regresaría gracias al vacío reinante.

Se le formó un nudo en la garganta y la cabeza amenazó con estallar si no paraba de pensar.

Entonces empezó a hacer algunas inspiraciones y exhalaciones ayurvédicas para calmarse. Meditar sería imposible, quizá controlar la respiración le ayudaría.

Casi una hora después, estaba desesperada por salir del cubículo en el que la metieron y quería pedir medicina para aliviar el dolor porque la cabeza y la herida, le palpitaban cada una a su ritmo sin darle un segundo de descanso.

Su médico entró y le sonrió.

—Acabo de firmar el alta pero no le permitiré irse hasta que alguien venga por usted. Bébase esto, por favor —Le dio un pequeño vaso en el que reposaban dos pastillas blancas y alargadas.

—Dígame que esto me va a quitar el dolor de cabeza que tengo

—En efecto. Descanse un poco más y... —El médico fue tomado por sorpresa por el huracán Ellie que entró tempestivamente al cubículo de Leah y la abrazó casi al punto de cortarles el aire.

—¿Estás bien? ¿Doctor, está bien? Díganos la verdad, por favor.

El doctor vio a Ellie divertido.

—Mi amiga es un poco exagerada —dijo Leah con vergüenza.

—Exagerada o no estamos esperando su respuesta, doctor —Ryan entró al recinto y se acercó a Leah para darle un dulce beso en la mejilla. Ella no pudo evitar la tensión que se formó en todo su cuerpo.

—Está perfecta, aunque la herida es de cuidado. Nada de agacharse, colocarse cabeza abajo y mucho menos estar dando brincos. Por unos días tendrá que tener un poco de reposo —Ellie asintió con la cabeza y una expresión muy seria—. Ya le dejé la receta en la recepción, cuando pase a firmar la salida, se la entregarán. En unos días le tocará ir al hospital de Arlington para que le retiren los puntos.

—Así lo hará, doctor. No se preocupe —aseguró Ryan en tanto Leah volvía los ojos al cielo.

El médico sonrió.

—Es bueno tener quien le cuide a uno, Srta. Simmons.

Leah solo le obsequió una tímida sonrisa, sabía que tenía razón y que debía tomar el asunto con calma porque esos dos no se despejarían de su lado y no le dejarían hacer nada por el reposo impuesto por el médico.

—Ahora me marchó, debo seguir revisando a otros pacientes. Hasta luego.

El médico salió de la improvisada habitación y Ellie abrazó de nuevo a Leah.

—Ellie, ya, en serio, no tengo nada.

—Eso dices tú, si no tuvieras nada, tu cara sería otra.

Leah evadió la mirada de su amiga y pudo percibir el cambio de humor de Ryan. Si había alguien en el mundo que también podía odiar a muerte el inicio del verano ese era Ryan porque removía el pasado en Leah, la hacía sufrir y él no soportaba verla sufrir.

Leah suspiró y sacudió la cabeza intentando alejar así la tristeza que quería instalarse en su interior.

—Debemos ir a mi apartamento, está cerca de aquí, aún no he sacado algunas cajas y no puedo dejar mi coche aquí porque no pienso regresar a Nueva York.

—No te preocupes —le dijo Ryan con seriedad—, vamos a hacer todo lo que necesites y luego te llevaremos a casa.

«A casa»

Eso le sonó tan extraño a Leah que le hizo poner la piel de gallina. Guardaba esa relación de amor y odio hacia Arlington. Tal como su relación de amor y odio con Jonathan.

Una vez más se preguntó si estaba haciendo lo correcto.

Resopló en tanto se ponía de pie.

Salieron a paso lento de la sala de observación y llegaron a la recepción en la que una amable enfermera le hizo firmar algunos papeles, le pidió los datos de su nueva dirección para el envío de la factura y le entregó la receta que le dejó el Dr. Norton.

Casi cuando estaban por salir del hospital, ocurrió algo que hizo que la tensión de Leah disminuyera drásticamente y que su sangre se fuera al subsuelo para dejarle el rostro pálido y una expresión que era más apropiada para quien ve a un fantasma que para alguien que sale de un hospital.

Ryan la tomó del brazo y podía escuchar que le hablaba pero no lograba entender lo que decía porque ella solo podía concentrarse en la voz del hombre que estaba dándole la espalda mientras una ambulancia se aparcaba frente a las puertas de urgencias con la sirena encendida.

Todo ocurrió muy rápido, aunque para ella las cosas iban en cámara lenta.

Leah estaba más que segura de que esa era la voz de Jonathan. Jamás olvidaría ese tono ronco y seductor con el que hablaba. Reconoció sus manos, curtidas por el paso de los años pero eran sus manos, no pudo reaccionar a tiempo para llamarlo porque todo el hospital se volvió un caos de médicos y enfermeros corriendo con dos heridos de gravedad debido a un accidente de tránsito.

Los oídos le zumbaron y todo se volvió negro antes de que perdiera el conocimiento.

\*\*\*

Leah despertó aturdida y la cabeza parecía tenerla a punto de estallar. Necesitaba un par de pastillas más. Sabía que no se las darían, no mientras estuviese dentro del hospital y no pasaran las horas reglamentarias de las tomas como lo indicara el médico.

—Srta. Simmons —El Dr. Norton le tomaba el pulso—. Creo que deberíamos dejarla esta noche en observación.

—¿Por qué? ¿Qué me ocurrió? Si ya estábamos de salida y... — entonces fue recordando todo poco a poco.

Y volvió a perder el color en el rostro y a ausentarse de la realidad recordando cada detalle de lo que vio.

—Por dios, Leah, ¿Qué te ocurre? —Ryan estaba muy preocupado, se sentó a su lado y la abrazó—. Doctor, ¿qué es lo que tiene?

—Está en *shock* por algo, no es físico, se los aseguro —afirmó el médico—. Hicimos todos los exámenes necesarios y está perfecta —se dirigió a Leah—, Srta. Simmons, ¿qué es lo que le ocurre?

—Ellie, lo vi, era él —Ellie la veía con consternación y sin entender lo que intentaba decirle—. Jonathan. Estaba aquí, en el hospital.

Cerró los ojos.

Sí, era él. No le quedaba duda y trabajaba allí porque llevaba el uniforme verde de los médicos.

Abrió los ojos de golpe.

—Dr. Norton, ¿Podría, por favor, buscar al Dr. Jonathan Rodríguez?

—No me suena ese nombre en este hospital. De todos modos, iré a preguntar a las enfermeras.

El médico salió y Leah se puso de pie. Las manos le sudaban y los nervios se apoderaban de todo su sistema poco a poco.

—Leah, cariño, tienes que calmarte. No creo que ese que viste haya sido Jonathan... —Ellie la veía con absoluta preocupación y Leah la entendió mas no pudo evitar interrumpirla.

—Yo sé lo que vi, Ellie. No estoy loca. Y si es él, si está aquí, no me voy a mover hasta verle la cara.

—Y yo se la voy a partir por hacerte sufrir.

—Quiero que se vayan y me dejen sola, por favor.

—Leah, tampoco te lo tomes tan a pecho —Leah vio a su amiga como pocas veces lo hizo en su vida y la chica dejó de hablar al momento y asintió—. No somos tus enemigos, Leah.

—Lo sé, pero esto es un asunto que tengo que resolver yo sola.

—Estaremos afuera esperando.

—No. Vayan a mi apartamento y esperen allí.

Ryan la vio con cara de pocos amigos.

—Voy a esperarte afuera y es lo último que digo.

Odiaba que Ryan se sintiera con derechos sobre ella cuando no tenía ninguno porque ella no le dio tal poder.

Inspiró aire para intentar calmarse. No estaba funcionando bien.

—Srta. Simmons, lamento informarle que no tenemos a nadie registrado en el hospital bajo ese nombre ni como paciente ni como personal. Lo siento.

Leah se quedó en blanco. ¿No había nadie así? ¿Qué estaba diciendo ese hombre? Era imposible. Ella lo vio y estaba segura de que era él.

Salió en dirección a la recepción sin decir ni una palabra. El Dr. Norton le seguía los pasos.

—Necesito que me diga si Jonathan Rodríguez trabaja aquí.

—Srta. Simmons, ya le expliqué no.

—Ya sé lo que usted me explicó y quiero que lo busquen de nuevo. ¡Yo lo vi! ¿Entiende? Y no pudo haberse esfumado por arte de magia. ¡Estaba ahí! ¡Maldita sea! —El médico y la enfermera la veían con sorpresa—. No estoy loca.

—Leah —Ryan la tomó del brazo—. Vamos a casa, por favor. No es él. Ya te lo dijeron.

Leah sintió que las manos y el resto del su cuerpo empezaban a temblar sin control.

—Yo lo vi, Ryan. Te lo juro que era él —Su labio inferior también empezó a convulsionar para darle rienda suelta al llanto que se estaba acumulando en su interior. Ryan la abrazó.

—Shhhh —susurró en tanto le hacía señas a Ellie para que explicara el episodio al Dr. Norton y le preguntara si podía tomar algún medicamento por algunos días para relajar los nervios en tanto se hacía a la idea de que se confundió de persona con alguien que seguramente se le parecía mucho al imbécil de Jonathan Rodríguez. Lo odiaba por todo el sufrimiento que le

seguía causando a su Leah después de tantos años.

Le dio un beso en la coronilla mientras la chica lloraba apoyada en su pecho.

Su Leah. Siempre la sintió suya y desde aquel día en que se besaron bajo el frondoso árbol en el jardín de su casa, mientras la luna era cómplice de aquel momento, desde ese instante en que sus labios conocieron los de ella, supo que Leah sería difícil de olvidar. La quería con él. Quería amarla, darle todo lo que se merecía. Protegerla, aunque ella misma se negara a recibir la protección.

Respetó su decisión de alejarse de Arlington y pensó que el momento en el que ella se marchara sería un punto de no retorno a la posibilidad de crear un lazo de amor con ella. Se resignó ante la idea de que ella tenía derecho a ser feliz en otro lado, con otro hombre, pero feliz.

Sin embargo, cuando Ellie le contó que Leah volvía a casa se llenó de esperanza. Una esperanza tan absoluta que le dio la fuerza necesaria para convencerse de que ya no la dejaría escapar más. Le enseñaría lo que es el verdadero amor. Le enseñaría a dejarse amar y por fin, podría cumplir su sueño de tener a Leah a su lado.

Su móvil vibró dentro del bolsillo de su chaqueta.

Leah se sobresaltó. Intentó alejarse y él no se lo permitió. La presionó de nuevo y con delicadeza contra su pecho. No quería que nada en el mundo le hiciera perder ese contacto tan maravilloso. La oportunidad de acariciarla y embriagarse con el delicado aroma de su pelo. Además, intuía que la que llamaba era Vanessa y no tenía ganas de hablar con su novia de hacía dos años. Primero estaba Leah. Después vería cómo ocuparse de Vanessa.

—Bueno, ya ¿no? —Ellie fue la que finalmente interrumpió el mágico momento de Ryan—. Leah necesita descansar y cuanto antes lleguemos a casa, mejor.

Ryan fulminó con la mirada a su hermanita. Que inoportuna.

Le dio otro beso en la coronilla a Leah y la guio hasta el coche.

Leah aun sollozaba cuando el coche salió del parking del hospital.

Vio hacia atrás con la esperanza de ver a Jonathan de nuevo, y enseñárselo a todos para que dejaran de tratarla con lastima.

Era él. Estaba convencida de eso.

Y lo comprobaría.



# Capítulo 3

Benjamin Walker se despidió de Nueva York con nostalgia. Le tenía especial cariño a esa ciudad porque fue la que lo liberó de un duro pasado mantenía a raya para no hundirse en la depresión por todo lo que tuvo que dejar atrás.

También fue la ciudad en la que conoció a Cristal y gracias a ella, tenía una serie de momentos grabados en su memoria que podían formar parte de un pasado no tan lejano al que siempre recordaría con ternura y gratitud.

Y su mayor bendición, su pequeña Alyssa, también se lo debía a Nueva York.

Su vida cambió de forma radical pero positiva cuando empezó a salir con Cristal. Consiguió revivir una parte del hombre que alguna vez había sido.

Se dejó conquistar por la dulzura de sus ojos y la gracia con la que llevaba la vida a pesar de haber recién librado una batalla contra el cáncer en la que, por fortuna, resultó ganadora. Se conocieron cuando ella acababa de salir de los tratamientos y tenía asegurada la vida de nuevo; accidentalmente se cayó y se hizo una fisura en un tobillo que la llevó a urgencias y unos días después, a su consulta.

Cuando Cristal apareció, la vida de Ben era un completo caos. Bebía para ahogar las penas del desamor, no comía bien y empezó a fumar cigarrillos para calmar la ansiedad de mandar todo al infierno y largarse a su lugar feliz.

No podía hacerlo, no porque no quisiera sino más bien, porque el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica se lo impedía.

Cristal llegó a su vida como un rayo de luz. Le ayudó a superar sus tristezas mientras él le ayudó a ella a recuperarse del todo y sin darse cuenta, establecieron una relación dependiente en la que no existía el amor y sí mucho cariño sumado a una atracción que les hacía sentir a gusto estando juntos. Decidieron casarse en una ceremonia sencilla y al poco tiempo nació su máximo logro en la vida: Alyssa.

Esa pequeña era la recompensa por tanto sufrimiento. El refugio lleno

de abrazos y amor para curar su malogrado corazón. La alegría que curaba cualquier tipo de tristeza en la vida.

No existía nada en el mundo con lo que pudiera comparar el amor que sentía hacia su pequeña.

Recordó a Cristal y lo felices que fueron aun cuando ella tuvo una recaída de cáncer a la cual, no sobrevivió. Sabía que Cristal se iba apagando con la angustia de dejarlos solos ante el mundo a su pequeña y a él. Exprimió la energía que le quedaba en el cuerpo para que Ben y su pequeña la recordaran para siempre. Benjamin la admiraba con todo su ser. Nunca lloró frente a él aunque sabía que las largas inmersiones en la bañera no eran para aliviar solo el dolor físico del tratamiento también descargaba la tristeza que la embargaba día tras día.

Fueron meses duros pero hermosos que Ben no olvidaría y se encargaría de mantener vivo su recuerdo porque era lo menos que podía hacer por una mujer tan maravillosa.

Amelia, la madre de Cristal, le sonrió en un momento en el que sus miradas se cruzaron mientras hacían el viaje en coche hacia su nuevo hogar. Alyssa iba atrás con todo lo necesario para soportar el viaje y la mudanza; un par de almohadas y algunos de sus mejores amigos: el señor Bob, un conejo que ya el pobre estaba a punto de necesitar una cirugía de cuello; el oso Tim, que era el más resistente de todos y Mandy, la última incorporación a la familia, una muñeca de tela que le hizo su abuela.

Amelia era un pilar importante en su vida. Sobre todo para Aly. Estando en Nueva York pasaba mucho tiempo con ella porque el trabajo de Ben así lo exigía. Era más el tiempo en el hospital que el que pasaba con su hija y no le hacía gracia que la niña creciera bajo la crianza de una niñera. Que las usaba, sin duda, pero nadie mejor que alguien cercano para enseñarle a tu hijo lo bueno y lo malo de la vida y Amelia era una excelente mujer. Discreta, tranquila y con una paciencia infinita. Enviudó muy joven, perdió a su hija para siempre y lo único que le quedaba era Alyssa, así que para ella era todo un gusto estar con su nieta.

Por su parte, los padres de Ben pasaban de vez en cuando a visitar porque su vida estaba en Miami y no podían ausentarse mucho de aquel lugar por diversos factores. Así que a Ben le tocaba enfrentar su paternidad en soledad, aunque no absoluta gracias a Amelia.

Cuando decidió dejar atrás Nueva York lo hizo motivado por varios factores, el más importante, pasar más tiempo junto a su hija y regresar a

Arlington-Massachusetts le llenaba de ilusión porque fue una ciudad que le dejó gratos e imborrables recuerdos.

Sabía que tenía que bajar el ritmo de trabajo para empezar a pasar más tiempo con su hija que crecía muy rápido y que reclamaba su presencia. El último cumpleaños de Aly fue un mal día para él porque todo estaba saliendo de maravilla tal como habían planeado que pasarían el día y de pronto surgió una urgencia que lo obligó a abandonar a su hija en el día más importante del año para ella, tuvo que salir corriendo a atender una operación que duró más de seis horas y muchos días de enfado por parte de Aly.

Esa vez fue la gota que colmó el vaso porque su hija, que siempre era tan bondadosa y entendía su trabajo mejor que nadie, le dijo que ella quería tener un padre. Que entendía que su madre no estuviese más porque debía convertirse en ángel, pero él sí estaba y no tenía tiempo para ella.

Su hija acababa de cumplir los siete años y en su vida había visto a una niña tan madura como la suya. Le dio una lección recordando el tiempo de calidad que Cristal les obsequió a ellos antes de morir. Además, la niña estuvo varios días sumergida en un silencio absoluto que solo dirigía a él porque con su abuela hablaba como si nada.

Entonces empezó los trámites para un traslado y por casualidades de la vida, el sistema arrojó una vacante para su especialidad en el hospital de Arlington. No se lo pensó más y aplicó obteniendo una respuesta positiva a los pocos meses.

En este nuevo empleo también trataría en urgencias, aunque Arlington era un poblado de aproximadamente 42.000 habitantes lo que reducía a gran escala las urgencias y le daba más oportunidad de establecerse en una consulta con un horario de trabajo decente para poder atender a su pequeña.

La niña lo tomó muy bien. Decía que extrañaría a sus amigas y no estaba tan lejos de Nueva York para verlas de vez en cuando. Amelia también estuvo contenta con el cambio. No conocía Arlington y a sus años, estaba cansada de la vida acelerada de la gran manzana. Deseaba instalarse en un lugar tranquilo para disfrutar de sus años dorados. Por supuesto, no había tomado la decisión de mudarse porque no quería abandonar a su nieta y su yerno a quien amaba como a un hijo.

Ese día, iban los tres en el coche, sonrientes y conversando cosas banales. Entonando canciones que la lista *Billboard* consideraba lo mejor de la música en ese momento y lo más importante que tenía cada uno en su interior, era la felicidad de saber que se tenían el uno al otro para afrontar los

cambios que el destino tenía preparado para ellos.

# Capítulo 4

Arlington, ubicado al noroeste de Boston, era un lugar con 350 años de historia, de la cual sus habitantes estaban muy orgullosos incluso tras haberse convertido en una moderna comunidad. Era un pequeño poblado que custodiaba la creencia popular de que el origen del «Tío Sam» les pertenecía desde que, en 1812, algunos soldados acuartelados al norte de Nueva York, iniciaran un juego de palabras con las iniciales de la marca de su proveedor de carne Samuel Wilson quien era un empresario nacido en Arlington-Massachusetts, y quien firmó un contrato para suministrar barriles llenos de carne que eran sellados con las iniciales U.S. (United States)

Así es como llegaron a llamarle *Uncle Sam* y más tarde, el senado votó para que el Congreso reconociera a *Uncle Sam Wilson* como un símbolo nacional.

Arlington era mucho más que eso, sobre todo para Leah. Toda su vida se desarrolló allí. Era un sitio que tenía un encanto especial donde se podía vivir tranquilo y a tan solo 25 minutos de Boston.

Boston también guardaba una serie de buenos recuerdos para Leah, en especial de esos que creó junto a Jonathan. Les encantaba perderse en la multitud de *Quincy Market* y ya cuando el ruido y la gente les agobiaban, regresaban al tranquilo Arlington para perderse entre el verde y la tranquilidad del *Spy Pond Park*. O quizá, daban un largo paseo por *Alewife Reservation*, un lugar lleno de historia, flora, fauna y tranquilidad.

Lugar en el que Jonathan le propuso matrimonio.

Leah sintió que la tristeza amenazaba con salir de nuevo. Pasaron varios días desde su llegada a Arlington, logrando superar la convivencia con sus padres después de tantos años. Para ellos, Leah seguiría siendo su pequeña niña y por ende, no le dejaron moverse el tiempo que estuvo bajo sus cuidados. Recordaba al Dr. Norton cuando le dijo que era agradable tener a gente que quiere cuidar de uno pero todo tenía su límite y ella empezaba a sentirse una completa inútil.

Por fortuna, su agente inmobiliaria la llamó para notificarle que el apartamento que negoció estando aun en Nueva York, ya estaba listo para entregar después de algunas mejoras que el propietario le hiciera. Fue un golpe de suerte encontrar ese lugar a un precio tan bajo. Sobre todo en ese momento de su vida en el que necesitaba ahorrar dinero hasta que el negocio de la decoración de fiestas infantiles que le propuso Ellie algunos meses atrás empezara a dejar buenas ganancias porque, por los momentos, no era de mucha ayuda.

Claro, Ellie no podía manejarse sola y menos a la escala que quería llevarlo. La idea era que la oficina central estuviese en Boston, en una calle muy transitable y que no fuese un lugar por el que tuvieran que pagar una fortuna. Una combinación complicada que parecía mantener ocupada a la agente de inmuebles que le arrendó el apartamento. La mujer respondió a su solicitud con un tono seguro «Yo puedo conseguirlo» Y después de algunas semanas, cumplió con su palabra.

El móvil de Leah sonó.

—Todavía estoy en casa —respondió sonriente a su mejor amiga que resopló en cuanto escuchó a Leah—. Cálmate, Ellie. En un momento estaré contigo en la ciudad. Si hubieses decidido quedarte aquí a vivir, pues ya habría pasado por ti.

Ellie bufó.

—Ni pensaaaaarlo —respondió alargando la palabra—. Con lo controladores que son mis padres, los tendría vigilándome a cada minuto. En cambio, la ciudad me da independencia absoluta.

Leah reconoció que su amiga tenía razón. Los padres de Ellie siempre fueron absorbentes y controladores con sus hijos.

—Bueno, si seguimos conversando no voy a poder conducir así que en unos 25 minutos paso por ti.

—No, Leah, mejor nos vemos en el sitio. Te envío la dirección. Sé que te va a encantar cuando lo veas y yo vivo bastante cerca así que puedo adelantarme para ir tomando algunas medidas. Ryan nos ayudará con la remodelación. Sabes que se le da muy bien la carpintería.

—Perfecto, porque necesito ahorrar dinero.

—Yo también, no quiero pedirle ni un centavo a mis padres porque eso supondría tenerlos casi de socios y...

—Ni pensarlo —Ambas soltaron una carcajada—. Adiós. Envíame la dirección.

Colgó la llamada, vio a su alrededor para buscar las llaves que no recordaba en dónde las dejó y se riñó a sí misma por aun tener el apartamento tan desordenado. Cajas sin destapar y algunas maletas llenas de ropa estaba esperando a ser vaciadas en el armario. Tenía que terminar de instalarse y lo haría al regresar de su nueva tienda.

Le diría a Ellie que le echara una mano. Quizá comprarían una botella de vino, colocarían un poco de música alegre y pedirían unas pizzas. Más que suficiente para, por fin, poder tener una noche de chicas y que Ellie la ayude a desembalar lo que tenía pendiente.

Consiguió las llaves, cogió el bolso y salió.

Al cerrar la puerta y caminar hacia el elevador, se llevó un susto al darse cuenta de que en el borde de la escalera, justo al lado del elevador, se encontraba un Beagle sentado cual estatua. Leah volvió la cabeza a ambos lados del corredor en busca del posible dueño del perro que parecía sediento.

No encontró a nadie y se acercó al animal que movió la cola de alegría con las caricias que la chica le hizo bajo el hocico.

—Hola, bonito —Le dio la vuelta al collar que estaba al rededor del cuello buscando una plaquita con la identificación—. Milo. Bonito nombre. ¿En dónde vives?

El perro ladró escalera abajo como si entendiera la pregunta de Leah. Ella lo siguió hasta que llegaron a la recepción del edificio y el perro hizo dos giros de alegría antes de ver hacia la calle.

Leah le sonrió y se acercó de nuevo a él.

—Lo siento, Milo, no puedo llevarte a la calle ahora. Tengo que irme antes de que Ellie venga por mí y me haga picadillo.

Se puso de pie y el perro aulló en protesta.

—No veremos otro día. Ahora, ve a casa —Leah le señaló las escaleras al perro y este subió a toda velocidad las mismas.

Negó con la cabeza. Extrañaba tener una mascota.

Quizá era el momento de adoptar una linda gata porque los perros eran hermosísimos pero daban mucho trabajo.

Las puertas del elevador se abrieron dándole el acceso al aparcamiento del edificio.

—Te dije que íbamos a perderlo, abuela.

—Que no, no lo hemos perdido, está en algún lugar del edificio.

—¿Están buscando a Milo? —les preguntó Leah a la mujer y su nieta.

—Sí —respondieron al unísono la mujer con cara de alivio y la niña

con cara de angustia.

Leah les sonrió alegre.

—Lo acabo de ver en las escaleras y me llevó hasta la puerta del edificio para salir a dar un paseo.

La niña corrió hacia Leah y la abrazó fuerte.

—Eres su protectora, ¿te puedo dar un beso? —Leah se sintió conmovida ante la espontaneidad de la pequeña. Se agachó a su altura y la niña le abrazó y besó en una mejilla—. Muchas gracias.

—No hay de qué, pequeña. Solo no lo dejes escapar de nuevo ¿vale?

—Prometido. Es que corrió muy deprisa cuando papi abrió la puerta para irse a su trabajo.

—Ya veo —comentó Leah acariciando la cabeza de la pequeña. Era hermosa. Ojos grandes color ámbar, rodeados de unas pestañas que por un momento envidió de lo largas y espesas que eran al natural. Tenía una bonita melena castaña y unas pecas graciosas decoraban su pequeña nariz. Leah no pudo evitar fijarse en la indumentaria de la niña y sonrió ampliamente. Llevaba las botas de lluvia, un *short*, camiseta de algodón y una capa atada al cuello. Nada de lo que llevaba combinaba ni en colores ni en texturas y los pies de esa niña de seguro se estaban asando metidos en esas botas de plástico.

—Bonito atuendo —Le guiñó un ojo a la abuela que no se mostró tan condescendiente. La niña le sonrió en grande.

—Me ha ayudado esta mañana mi papá. Dijo que si me ponía la capa, quizá podría ayudarle más tarde a salvar gente porque él es un súper héroe.

—Ohhhh, entiendo.

—Es médico, pero me gusta pensar que es como Batman o no, mejor como Thor. ¿Verdad que Thor es más fuerte?

Leah no pudo evitar recordar algunas escenas de Thor en las que Chris Hemsworth dejó a más de una fémica sin habla.

—A mí me gusta más Wolverine.

—Ohhhhhh a mí también —La niña la vio con emoción—. Mi papi y yo hemos visto un millón de veces la peli.

Leah vio el reloj que llevaba en la muñeca.

La abuela de la pequeña se acercó a ellas

—Cariño, deja de importunar a la chica y vamos de una vez a buscar a ese nuevo perro tuyo.

—Seguro que volveremos a vernos en cualquier momento —Leah



abrazó de nuevo a la niña—. Milo te espera y yo tengo que irme a trabajar. Que tenga buen día —Leah se dirigió a la abuela de la niña.

—Igual usted, gracias por el aviso de Milo y disculpe por robarle tanto tiempo —La abuela de la niña le sonrió con amabilidad—. Esta pequeña tiene el don de acaparar la atención de cualquier ser humano que tenga a su alrededor. Nos veremos en otra oportunidad. Hasta luego.

—Adiós —la niña le saludó de nuevo mientras corría hacia la puerta del elevador.

Leah sonrió feliz y su móvil sonó.

Ellie.

“¿Es que vienes desde Nueva York?”

“No” Respondió Leah poniendo el motor de su coche en marcha.

“Ya deberías estar aquí”

“En camino”

\*\*\*

El local era una locura. Un sueño hecho realidad. Amplio y de techo alto; con una excelente ubicación y con una fachada que lo hacía lucir un poco *vintage*. El precio no era tan maravilloso como todo el resto y según los cálculos que Leah hizo rápidamente mientras cerraban el trato con la agente de bienes raíces, necesitarían organizar más de cinco fiestas de presupuesto medio al mes para poder cubrir el costo del alquiler. Claro, Leah no era tonta y sabía que en la actualidad, Ellie contaba con esa cantidad de clientes más una buena lista de espera por no tener ni espacio ni apoyo de otro ser humano para cubrir dos eventos al mismo tiempo.

Así como ella era buena con los números, Ellie hacía magia con las decoraciones y sus fiestas infantiles cada vez daban más de qué hablar en la ciudad. Logró entrar en el círculo de la clase alta de Boston gracias a un chico con el que salió durante un tiempo. Fue perfeccionando su estilo, de modo que se hizo muy exclusiva, y las niñas soñaban con una fiesta organizada por Ellie Griffin.

Su amiga era muy exigente con los detalles y acabados de la decoración así como con la organización de cada fiesta. Todo debía salir según el plan elaborado. Por esa misma razón, iba al montaje de la decoración, al evento mientras se llevaba a cabo y luego, estaba presente en el desmontaje de todo para que no hubiera ningún fallo.

Para las madres esto era lo mejor. Lo único que debían hacer era poner la hija en el sitio y hora que Ellie indicaba y sacar el talonario de cheques para pagar al finalizar el evento. No tenían que preocuparse por nada más porque Ellie hacía todo por ellas.

Ellie también era un tanto desconfiada en cuanto a poner en manos de otra persona algunos de los eventos para la supervisión. Le producía un estrés enorme el hecho de no saber cómo estaba saliendo todo sin su presencia. Sí, era parte del control obsesivo que heredó de sus padres.

Así que Leah iba con un poco de temor en este negocio que emprendían juntas porque una cosa era ser amigas y otra muy diferente era ser socias y amigas. Tenía fe en que todo saldría bien. Ella se encargaría de la parte administrativa de la tienda y por supuesto, estaría involucrada en la supervisión de los eventos para poder ser capaces de cubrir dos eventos a la vez; o en tiempos de poco trabajo, trabajar por turnos y así poder tener un poco de descanso.

—Tenemos que conseguir un nombre porque ahora estaremos las dos en esto —Ellie la abrazó fuerte y la tomó por sorpresa. Recordó el abrazo de la niña de esa mañana y lamentó no haberle preguntado su nombre. Respondió al abrazo de Ellie.

—No. De ninguna manera vas a llamarlo de otra forma. Tú tienes tu marca desde hace unos años, Ellie, y no voy a permitir que la cambies. Además, lo más importante siempre vas a hacerlo tú porque eres la experta en el tema.

Ellie sonrió complacida. Leah supo que hizo lo correcto y no le molestaba que su nombre no figurara por ningún lado. Ella sería tan socia como Ellie aunque tenía muy claro que lo que favorecía al negocio era el nombre de su amiga y no el suyo.

—Bien. Gracias por eso —Ellie le sonrió de nuevo—. Entonces voy a llamar a la agencia de diseñadores que me hacen los trabajos gráficos de papelería para que nos hagan un bonito letrero.

Ya Leah se lo podía imaginar en combinación con la fachada. Un letrero blanco y redondo con una letra cursiva en negro “Ellie Griffin & Co.” Era perfecto.

—Tenemos tanto espacio aquí dentro que creo que voy a abrir un club nocturno —comentó Leah divertida—. Tú sabes más de esto que yo pero ¿no te parece que es un espacio enorme?

—Sí, es grande y tengo varios usos para este espacio —Sacó una hoja

en el que había hecho un plano—. Fíjate —empezó a decir mientras le señalaba a Leah ciertos puntos del papel—. Si aprovechamos bien la entrada, podríamos hacer en ella una recepción y aquí —Señaló al espacio vacío frente a ellas—, podríamos poner nuestras oficinas que me gustaría estuviesen al abierto para poder comunicarnos sin tener que levantarnos de las mesas.

—Estoy de acuerdo —respondió Leah—. ¿Y el resto? —preguntó abriendo los brazos intentando señalar hacia el fondo del local.

—El resto será depósito para almacenar todo lo que necesitemos para decorar. Vamos a reservar un espacio en el que pondremos una mesa grande de madera para hacer allí las cosas manuales de las decoraciones. Una especie de taller. Y hacia allá —Señaló hacia la última esquina—, vamos a cerrar ese espacio para hacer pequeñas fiestas para niñas un poco más grandes. Tenemos acceso al local por esa puerta desde el callejón de atrás, así que vamos a aprovecharla como una entrada independiente para hacer de este salón un reservado para niñas mayores.

—¿Tipo un *spa*? —preguntó Leah.

—Mmmm, no tanto. Estas niñas buscan algo como una habitación gigante con una pantalla de cine, butacas reclinables, vídeo juegos, música a todo volumen y sobre todo: privacidad. Entonces, mi idea es que los padres las dejen aquí bajo nuestra supervisión o que les esperen en la recepción — Señaló hacia el área destinada para ello—, mientras las chicas se la pasan en grande sin los ojos de los padres pegados a ellas.

—Suena bien.

—Vamos a hacer mucho dinero, ya verás.

Leah se sintió a gusto con esa idea y sabía que saldría todo muy bien.

El móvil de Ellie vibró sobre el muro en el que estaba apoyado.

—Ryan nos invita a comer para celebrar. ¿Qué dices?

—Solo si prometes no dejarme a solas con tu hermano.

—¿No crees que ya estás mayorcita para decirme eso? —preguntó Ellie con burla.

—Y tú estás mayorcita para actuar de cupido —Leah abrió los ojos divertida.

—Muy bien. Solo por el almuerzo. Luego, ya veremos.

—Luego, me iré a casa a ordenar el resto de mis cosas y tú, vendrás conmigo. Solo tú. Noche de chicas.

—Síiiii, lo siento por Ryan y sus planes pero... —Leah la vio con duda. Ellie respiró profundo y puso los ojos en blanco—, va a intentar

conquistarte, Leah. Yo no tengo nada que ver en esto. Hoy me pidió que le ayudara a dejarte a solas con él después de arreglar el asunto de la decoración del local. Tendrá que cambiar sus planes porque mi noche de chicas con mi mejor amiga después de miles de años, no me la pierdo por nada, ni por nadie. Ni siquiera mi hermano.

\*\*\*

Ellie recargó las copas de vino mientras Leah sacaba más pertenencias de la última caja llena que quedaba en casa. Después del almuerzo con Ryan, decidieron posponer todo para el siguiente día en el que Ryan empezaría sus vacaciones anuales en la transnacional para la cual trabajaba como gerente de Recursos Humanos. Decidió tomar sus vacaciones para poder ayudar a las chicas a tiempo completo y Leah sospechaba que también tenía otros planes que la involucraban a ella y no por trabajo precisamente.

No sabía cómo sentirse al respecto. La historia de ellos dos era agua pasada en su vida y no se sentía con ánimos de salir de nuevo con el chico que le dio su primer beso y además, le quitó la virginidad. En realidad no se sentía con ganas de salir con ningún hombre a menos que fuera su adorado Jonathan.

Moriría soltera, porque Jonathan parecía no querer regresar a ella. Recordó al médico de Nueva York y sintió cierta inquietud en su interior. Seguía manteniendo la idea de que ese era su ex prometido y no tenía forma de comprobarlo. Internet no le valió de nada y en ese momento de su vida no podía costearse de nuevo a un investigador privado.

La única forma de comprobar si era o no él, sería haciendo una guardia en el hospital durante algunos días y no contaba con una excusa lógica por la cual ausentarse durante varios días de Arlington y menos en ese momento que iniciaba un negocio y debía estar allí para sacarlo adelante.

Suspiró.

—No puedo creer que aún guardes esto, Leah.

Cuando se dio la vuelta, maldijo en voz baja por haber sido descuidada al dejar la caja de sus tesoros a un lado de su cama. Ellie la tenía apoyada sobre las piernas y empezó a sacar todo su contenido. Leah sintió un nudo en la garganta. Tal como le ocurrió la noche anterior, y la anterior y... todas las noches desde que Jonathan había desaparecido.

—Tienes que superar esto —Leah no pudo responder en su defensa. Sabía que Ellie tenía razón, aunque ella no se sentía preparada para dar ese

paso—. Deberías hablar con un psicólogo.

Leah sonrió irónica.

—Tengo uno en Nueva York, Ellie. Pierde cuidado. Todos estos años he estado en manos de un psicólogo y un gurú espiritual. Lo he intentado todo. Desde *kickboxing* hasta yoga y no encuentro la forma de arrancarme a Jonathan del corazón y de la cabeza.

Tomó un sorbo de vino para intentar disolver el nudo en su garganta.

No lo logró y se echó a llorar. Su amiga le dio un fuerte abrazo.

—Leah, es hora de que dejes atrás el pasado que tanto daño te hace. No tiene sentido que sigas pensando y amando a un hombre que te falló, amiga. Se burló de ti —Leah la vio con rabia—. Puedes verme con todo el odio del mundo. Sabes que lo que digo, es cierto. ¿Qué razón de fuerza mayor tiene un ser humano para abandonar, de la noche a la mañana, a otro y no dar una maldita señal de vida en más de diez años? Cobardía, es lo único que se me ocurre.

Leah negó con la cabeza.

—Mi Jonathan no fue un cobarde, Ellie, y tú lo sabes mejor que nadie —Se acabó el vino que le quedaba en la copa y se quedó observando fijamente el cristal—. Jonathan tuvo una razón muy poderosa para dejarme y no dudo que hasta haya sido para protegerme.

—Se fue con toda la familia, Leah. ¿No te parece eso sospechoso?

—Eso mismo es lo que me hace pensar que su desaparición, fue una obligación más que un deseo o un acto de cobardía.

Ellie la vio a los ojos. Sabía que su amiga tenía razón en cierto punto, pero es que odiaba que se siguiera sintiendo miserable por un hombre que desapareció de su vida sin dar ni siquiera un adiós. Jonathan Rodríguez fue una de las personas favoritas en la vida de Ellie. Jonathan logró ganarse un buen sitio en su corazón. En principio, porque amaba con devoción a Leah, le era fiel y no la obligó a cambiar su forma de pensar. También lo adoraba porque era un hombre que le gustaba escuchar y aconsejar solo cuando se lo pedían. Llegaron a ser grandes amigos y Ellie lo extrañaba.

—Estoy segura de que el médico que vi en el hospital de Nueva York era él, Ellie.

—Leah, no empieces con eso. Yo no lo reconocí y... —Ellie se interrumpió con brusquedad al ver la foto en la que aparecían su mejor amiga y Jonathan tan felices que podía abrir una brecha emocional hasta en el ser más insensible del planeta. Eran perfectos. Consideraba que Ryan era mucho

más guapo para Leah, sin embargo, no pudo negar en ese momento, que Jonathan fue el perfecto para su amiga que, en esa foto, se veía radiante y con la sonrisa que se le borró del rostro el mismo día en el que Jonathan la dejó.

—¿Y qué, Ellie?

Ellie parpadeó un par de veces y vio a su amiga directo a los ojos.

—Tienes que deshacerte de esto. No puedes continuar guardando estos recuerdos. Tienes que llevar esta caja al contenedor de la basura hoy mismo.

Leah sintió que le estaban jugando una broma. Todo su sistema encendió un alerta que le fue difícil controlar. Tenía una amenaza frente a ella y no iba a permitir que nadie, ni siquiera su madre, le obligara a deshacerse de la caja que ella guardaba con tanto cuidado. Era su vida lo que estaba allí.

Recordó a su psicólogo y respiró profundo intentando comportarse como una persona coherente.

Sin embargo, su sentido de la coherencia se iba al infierno en cuando le hablaban de Jonathan.

Le arrancó la caja a Ellie de las manos.

—Lo siento, Ellie. Puedo donarte un riñón y hasta los dos si te hicieran falta, pero no me voy a deshacer de esta caja.

Ellie suspiró abatida.

—Yo también lo extraño, Leah.

Ella la vio con confusión y le sonrió divertida.

—Sí, sí. Creo que Ryan y tu deberían estar juntos por la única razón egoísta que así los tendré a los dos en el mismo sitio. Cuando éramos niños, quería emparejarlos a toda costa porque sentía que estaban hechos el uno para el otro. Y después de verte con Jonathan sé que nunca sería lo mismo. Jonathan era tu complemento perfecto. Esta felicidad —Levantó el portarretrato con la fotografía—, no la volví a ver en tu rostro. Quiero que encuentres a alguien que te devuelva esa sonrisa. Esas ganas de vivir y de soñar que te hacían indetenible. Jonathan no va a volver —Leah rompió a llorar de nuevo—, y me parece injusto que sigas atada a un imposible. Déjate llevar por las emociones nuevas. Sal con chicos, diviértete. Sea con Ryan o con quien sea. Mi hermano te adora desde que le diste su primer beso, pero creo que aunque lo intenten, tú no eres la felicidad de él.

Leah soltó una carcajada con los ojos aun cargados de lágrimas.

—Es la verdad, amiga —continuó diciendo Ellie—. Yo seguiré insistiendo en que salgan juntos y planearé ocasiones para dejarlos a solas; lo hago porque soy una romántica empedernida y me encanta ser la cómplice de

cupido. Sin embargo, estoy dispuesta a actuar de la misma manera con cualquier otro que se te antoje.

—¿Y qué hacemos con Ryan?

—Mmm, le pondré mi hombro un par de meses y luego te pediré ayuda para buscarle una novia que no sea como la estúpida de Vanessa que lo único que quiere es el dinero que gana mi hermano y humillarlo cuando se aburre de él.

—Siguen juntos.

—Es una relación masoquista. Ryan pensaba que la quería hasta que anunciaste tu regreso a Arlington. Mi percepción es que Vanessa es con lo que se conforma para no tener que salir a la caza de un nuevo amor. Además, sabes que él no es el más aplicado en eso de las cacerías.

—No, esos genes te los robaste tú.

Ambas rieron y Ellie luego la tomó de las manos.

—En serio, Leah. Rompe con tu pasado y lánzate a vivir a plenitud tu futuro.

Leah apretó la caja con fuerza contra su pecho. Su amiga tenía razón más sentía un profundo pánico al solo pensar en romper con su pasado. Con ese pasado que la hizo muy feliz.

Y cruelmente desdichada también.

Recordó de nuevo a psicólogo, al gurú y a los años de sufrimiento. Ellie tenía razón y si no actuaba ahora que empezaba con una nueva etapa en su vida ¿Cuándo lo haría? Mientras más tiempo siguiera sola, con la esperanza de encontrar a Jonathan, más le costaría romper con todo lo que la hacía sufrir.

Respiró profundo un par de veces y se dejó llevar por el impulso que la abordó sin aviso.

—Tienes razón.

Ellie se sorprendió ante su respuesta. Pensó que le costaría más trabajo convencerla y se alegró de que su amiga por fin se diera la oportunidad de ser feliz con o sin un hombre a su lado. Rompería con los recuerdos de un pasado que la hacía infeliz, contaminaba su presente y su futuro con la más pura tristeza que pueda sentir un ser humano.

Leah guardó todo en la caja en orden. Las manos le temblaban. No creía que le daría la razón a Ellie y ahora sentía que empezaba a arrepentirse.

—Amiga, si no quieres hacerlo ahora —Ellie no quiso aumentar la presión que dominaba a Leah haciéndole perder el control de sus nervios—. Podemos conversarlo de nuevo en unos días y te apoyaré en lo que decidas.

Leah negó con la cabeza.

—Acabemos con esto de una maldita vez.

Cogió la caja, abrió la puerta y vio a Ellie.

—¿Me acompañas?

Ellie asintió nerviosa.

Salieron del edificio, fueron hasta los contenedores de basura y Leah abrió la tapa de uno de estos. La mantuvo abierta por algunos segundos. No se sentía capaz de tirar ese objeto preciado en el contenedor en el que todo el mundo tiraba sus desperdicios.

—Lo puedes dejar aquí —Ellie señaló una esquina detrás del contenedor.

Leah lo hizo insegura. Algo en su interior le indicó que dentro de toda la locura que podía parecer aquella acción, estaba haciendo lo correcto. Soltó la caja y corrió hacia el edificio sintiendo que estaba dejando allí un pedazo de su alma.



# Capítulo 5

Eran las 4 a.m. y Leah no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos lo único que se reproducía en su memoria una y otra vez era el momento en el que dejaba la caja de sus tesoros en el suelo detrás del contenedor de basura.

La dominaba el miedo a olvidar algún día la cara de Jonathan. Si eso ocurría, sería como admitir que él nunca perteneció a su vida y ese pensamiento le parecía una monstruosidad.

Los nervios la iban a enloquecer. Casi cuando el reloj iba a marcar las 5 a.m. decidió ponerle fin a su angustia de una maldita vez y buscar la caja de nuevo. En poco tiempo pasaría el camión recolector de la basura y después de eso, no tendría la más remota oportunidad de recuperar la caja. Se puso las pantuflas, el albornoz de algodón y salió.

Quien estuviese asomado al balcón a esas horas de la madrugada, pensaría que era una pobre loca que iba a rebuscar en la basura antes de que se la llevaran. Sintió alivio al descubrir la caja en el mismo lugar donde la dejó. La cogió en sus brazos como si fuera un recién nacido y levantó la tapa.

La imagen de Jonathan sonriendo la calmó por completo. No tenía el valor suficiente para soltar y liberar su pasado. Prefería una vida en soledad con sus más preciados recuerdos. Entendió que ciertas cosas le pertenecían solo a ella y que más nadie podía enterarse de aquello. Escondería su caja de nuevo tal como lo hizo todos esos años y se olvidaría del asunto de apartar a Jonathan de su vida.

Intentaría seguir adelante como hasta ese momento, sin importarle un cuerno lo que pensarán y le aconsejarán los demás.

Entró de nuevo al apartamento y puso la cafetera. Ahora sí parecía un hogar. Frío y distante como todas sus viviendas anteriores y aunque así le gustaba, Ellie la logró convencer para ir a una tienda de artículos de decoración exclusivos que le encantarían y le darían calidez a su hogar.

Leah sabía que el problema no eran los artículos de decoración, el problema era su negativa a habilitar recuerdos en ese lugar. Sin darse cuenta

empezó a hacerlo la noche anterior conversando con Ellie y tomando malas decisiones con respecto a Jonathan.

Se metió en la ducha y estuvo un buen rato bajo el agua.

Cerró los ojos y se dejó llevar por su mente a un lugar seguro en el que le encantaba refugiarse. Los brazos del hombre que amó y que aun amaba más que a nada en el mundo.

La calidez de sus abrazos, la solidez de su pecho y el agradable sonido de su corazón, eran el mejor refugio para Leah. Toda la anatomía de ese hombre era perfecta para ella, sin embargo, tenía sus sitios favoritos a los que recordaba como si los tuviese aun frente a ella. Las manos de Jonathan y la forma en las que las movía, sus labios carnosos, su nariz imperfecta y las pecas que llenaban toda la extensión de su espalda.

Mientras el agua seguía corriendo, la mente de Leah se regodeó en los recuerdos más tiernos que tuvo junto a Jonathan y entonces, de pronto, uno de esos recuerdos le llevó a abrir los ojos de golpe por la impresión que tuvo al darse cuenta de que una de esas imágenes, era exacta en movimientos y ángulo de vista al momento vivido días atrás en el hospital con el médico que ella aseguraba que era Jonathan.

Era el mismo, lo sabía en su interior. Tenía que volver y encontrarlo.

Se vistió a toda prisa, metió en su bolso una muda de ropa limpia, cogió el móvil y salió de su casa convencida de que ese día se enfrentaría de una vez y por todas a su pasado.

\*\*\*

Leah aparcó el coche dentro del estacionamiento del hospital, en un puesto muy cercano a la entrada y salida de urgencias del edificio. Allí estaba cuando lo vio, así que debía ser un médico de urgencias. Y ahí esperaría todo lo que fuera necesario hasta encontrar a Jonathan. Compró algo de comida por el camino y llamaría por teléfono en caso de necesitar más.

No estaba acompañada ni iba a una cita con alguien, así que le daba igual tomar o no una ducha en 48 horas que era -aproximadamente- el tiempo que estaría allí. Y para ir al baño, pues, ya vería lo que se inventaría para no tener que ir a menos que fuera muy necesario.

Su móvil sonó.

—¿Sí?

—¿Te has quedado dormida o qué demonios? Estoy esperándote desde

hace veinte minutos.

Recordó su cita con Ellie para ir de compras y luego pasar por el nuevo local con Ryan.

Cerró los ojos al caer en cuenta en el aprieto que estaba metida y lo irresponsable que estaba siendo. Ya no había nada qué hacer. Estaba a más de cuatro horas en coche y aunque se regresara en ese mismo momento, aplazarían todo para el día siguiente, que al ser domingo, se complicaría porque Ryan y Ellie debían asistir a los almuerzos familiares sin falta.

—Lo siento, Ellie —no abandonaría su misión—. No podremos hacer nada ni hoy, ni mañana. Ya veremos pasado mañana.

Colgó la llamada.

Ellie llamó de nuevo, Leah ignoró esa y las siete llamadas que siguieron.

Se reclinó un poco en el asiento y empezó a observar a todos los médicos que entraban y salían.

Jonathan se graduó unos meses antes que ella, traumatología era su especialidad y recordaba como si hubiese sido ayer que el mundo se paralizaba cuando surgía una urgencia. Amaba su carrera. Era de esos médicos que nacieron con la vocación para serlo. Le dedicaba especial atención a cada paciente por muy pequeña que hubiese sido su herida o aflicción. Se preocupaba por ellos de la misma manera en la que se podía preocupar por un pajarito o por una hormiga que solo caminaba por la cocina mientras que, su madre, espantada, iba matándolas a todas por invadir la propiedad privada.

Sonrió al recordar aquellos momentos. Siempre sonreía al recordar los momentos vividos junto a él.

Así se le pasó el día entre recuerdos y poca concentración de espía para observar a los que entraban y salían del hospital que ella vigilaba desde hacía muchas horas.

Bostezó. Su espalda protestó por haber estado en la misma postura, durante tantas horas, dentro del coche. Vio a su alrededor. La noche estaba tranquila. Algunos médicos estaban conversando y fumando un cigarrillo alejados de las puertas de acceso. De pronto Leah sintió los párpados muy pesados y pensó que sería buena idea cerrarlos por algunos minutos.

Para cuando volvió a abrirlos, el día destellaba con un sol maravilloso y un dolor de cuello infernal para ella.

Tenía la boca seca y pastosa. Los labios como un condenado cartón gracias a la falta de líquido que no ingirió por no provocar idas continuas al

baño. Y, sin embargo, su vejiga estaba a punto de reventar.

Salió del coche como pudo. Sus músculos entumecidos parecían crujir con cada movimiento que hacía. Caminó con pesadez hacia el baño del hospital. Se aseó como pudo.

Cuando salió, se topó de frente con el Dr. Norton, el mismo que la atendió tras el corte en la frente el día que estaba mudándose de Nueva York a Arlington.

El hombre dudó si la conocía o no y ella agachó la cabeza y aceleró el paso. Agradeció la falta de memoria del médico para que no le truncara sus planes de seguir allí todo ese día y la noche del mismo hasta encontrar a Jonathan. En cualquier momento tendría que cubrir alguna guardia y entonces ella lo vería.

Las horas pasaron con una lentitud mortal. Pidió comida dos veces, comiendo una vez con absoluta normalidad y la segunda vez, lo hizo masticando cada bocado 33 veces para ocupar su tiempo en algo. Decidió cantar cada canción que salía aleatoriamente de su iPod. Vio entrar y salir a un montón de gente del hospital. Contó la cantidad de rubias y morenas que entraron al recinto. La cantidad de hombres y mujeres. Estuvo a punto de darse cabezazos contra el volante del aburrimiento logró superar la tentación quedándose dormida un poco después de medianoche.

A la mañana siguiente, un par de golpes en el vidrio la despertaron.

El interior de la boca estaba más seco y pastoso que el día anterior. Sus labios ya estaban agrietados y empezaba a desprender un mal olor de su cuerpo.

Después de frotarse los ojos y que sus pupilas se habituaran a la luz, vio al Dr. Norton frente a ella.

Le hizo señas de que bajara la ventanilla. Aún somnolienta, obedeció.

—Srta. Simmons ¿Cierto?

—Ujum —respondió.

—¿Me puede decir por qué está usted durmiendo en el coche y por qué se pasó ayer todo el día frente al hospital?

—Estaba esperando a que Jonathan Rodríguez entrara o saliera de aquí.

El hombre la vio con compasión.

—Mire, si usted no se retira ahora mismo de las instalaciones llamaré a la policía para que la obliguen. No puede pasarse el día o los días, porque no sé cuánto tiempo lleva aquí haciendo lo mismo, esperando a que ese tal

Jonathan aparezca cuando ya le dijimos que no trabaja aquí.

Leah sintió un nudo en la garganta.

—Tiene que marcharse —Le extendió el café que llevaba en las manos—. Bébaselo en el camino de regreso a casa. Descanse. Tome una ducha y deje de buscar a esa persona aquí. Es más, por la forma en la que le afecta, le recomiendo que busque ayuda y se olvide de ese hombre. Es una chica guapa, inteligente y si es capaz de buscar -hasta debajo de las piedras- a un hombre que al parecer, no la merece, estoy seguro que podrá conseguir a uno que sí la valore. Use su tiempo con sabiduría. Una de las cosas que he aprendido aquí dentro —Señaló al interior de la sala de urgencias—, es que la vida se va en un respiro y luego, no podemos recuperar el tiempo perdido haciendo estupideces. Vaya a casa. Por favor.

Leah empezaba a sentir que no podía respirar. En ese momento sonó su móvil.

—Lo haré, gracias.

Puso el motor en marcha mientras algunas lágrimas empezaban a desbordarse de sus ojos.

—¿Sí? —respondió con el manos libres.

—Leah, ¡Por el amor de Dios! Me tenías muy preocupado. Ellie está hecha un manojo de nervios por no saber nada de ti ¿En dónde rayos estás?

—Acabando con mi peor pesadilla, Ryan —Lloraba desesperada.

—Voy por ti ¿En dónde estás? No soporto escucharte llorar de esa manera, quiero estar a tu lado y ayudarte a superarlo todo.

—No. Necesito estar sola. Regresaré a Arlington pronto.

Hubo un silencio.

—¿Podemos hablar en cuanto llegues? —Leah accedió. Fue la primera vez en que sintió la verdadera necesidad de romper con su pasado de una vez.

\*\*\*

Lloró, como no lo hizo en diez años. Lloró con desespero durante todo el regreso a casa. Sintió que el mundo se paralizaba ante ella para que sacara de su interior todo el dolor que llevaba desde la partida de Jonathan. No aguantaba más esa pesada carga y por un momento, después de tantos años, empezó a entender con claridad cada sesión de terapia con su psicólogo, cada meditación con su gurú y hasta entendió lo que le quiso decir el Dr. Norton cuando la sorprendió en su misión de espía.

La vida continuaba, ella lo sabía. El problema era que ella no se dio cuenta de que, Leah Simmons, la mujer, se quedó suspendida en el tiempo amando un imposible.

Se vio en el espejo del baño.

Parecía un jugador de boxeo recién salido de una pelea. Los párpados los tenía tan hinchados que casi no podía abrirlos a pesar de haber estado en la tina por más de una hora con compresas de agua fría en los ojos, la inflamación apenas si bajó.

No podía salir así.

Cogió su móvil y llamó a Ryan.

—No me digas que no vamos a cenar, Leah, porque así tenga que echar tu puerta abajo, hoy vamos a vernos.

Leah sonrió. Ryan siempre exageraba las cosas.

—No estoy en condiciones de salir. Si quieres, puedes venir a mi casa.

—¿Fettuccine Alfredo? —preguntó divertido.

—Y mucho vino, por favor.

—En un rato estaré allí contigo.

Colgaron.

Leah fue de nuevo a su habitación y se cambió de ropa. Camisa y pantalón corto de algodón, se recogió el cabello en una diminuta cola en lo alto de la cabeza y fue de nuevo a la cocina cuando escuchó un ladrido en su puerta.

Sonrió recordando a Milo.

Abrió la puerta y ahí estaba el Beagle jadeando y sentado como si fuera su perro custodio.

—Hola, bonito —Leah se agachó a jugar con él que le respondió con un cariñoso lametón en el rostro—. ¿En dónde está tu dueña? Ve a casa, vamos.

El perro se quedó en donde estaba. Ladró dos veces.

—Escucha, no puedes quedarte conmigo. Tú tienes una casa, ¿Entiendes? Vamos, te acompaño a tu casa.

Dos ladridos más y el perro echó a correr. Leah cogió las llaves y lo siguió.

Bajaron a la planta baja y Leah sonrió.

—Eres un sinvergüenza. Vamos —Corrió con el perro tras ella y salieron los dos del edificio. Recordó que no estaba en condiciones de salir cuando dos personas pasaron a su lado sin despegar la vista de sus inflamados

ojos.

Milo solo quiso dar un corto paseo.

—Ahora sí. A casa —le ordenó y el perro subió corriendo por las escaleras tal como en el primer encuentro que tuvieron.

Negó con la cabeza mientras sonreía. Necesitaba con urgencia una mascota.

Entró de nuevo en casa y a los pocos minutos escuchó jadeos y ladridos en su puerta.

Abrió. Salió al corredor.

—Milo, escucha, podemos ser amigos pero tienes que irte a casa. ¿Entiendes?

El perro subió un piso y Leah lo siguió. Se detuvieron ante la puerta del apartamento que estaba justo encima del que habitaba Leah.

—¿Esta es tu casa?

El perro ladró dos veces e hizo un giro gracioso.

Leah tocó el timbre. Nadie abrió.

—¿Te quedaste afuera de nuevo?

Ladridos confirmando su sospecha.

Entonces llamó a la siguiente puerta.

Una mujer con blanca cabellera le abrió.

—Buenas tardes, señora. Disculpe que la interrumpa. Es que este dulce animalito se ha quedado fuera de casa y al parecer no están. ¿Los conoce? ¿Sabe usted a qué hora volverán?

La mujer la vio con cara de pocos amigos y su mirada hacia el perro fue de completa repulsión.

Milo gruñó a la anciana en respuesta a su mirada.

—¿Tengo cara de saber la vida de los demás? Si es por mí, los echaba a ellos y al condenado perro.

Le cerró la puerta en la cara. La actitud hostil de la señora le recordó a la famosa Cruella de Vil.

—Ok, Milo —Se agachó a acariciar al animal—. Te quedarás conmigo hasta que lleguen tus dueños.

El perro la lamió en aceptación a su propuesta.

Cuando regresó a casa, se encontró a Ryan esperándole.

Sonrió al verla.

—Pensé que me estabas evitando.

La abrazó en cuanto la tuvo frente a él. Olía a fresco, a rocío.

Leah respondió al abrazo de Ryan. Se sintió bien al hacerlo. Y le agradeció que no hiciera ninguna mención sobre el estado de sus ojos.

—Entremos.

—¿Y esto? —Ryan señaló al perro.

—¡Oh! Es de una nena que vive en el piso de arriba y al parecer suele escaparse a cada momento. Ahora no se encuentran y no puedo dejarlo en la calle.

Ryan estornudo un par de veces.

—Me dan alergia.

Leah sonrió.

—No voy a dejarlo afuera, Ryan. Lo siento.

Ryan protestó un par de veces en voz baja. *Murphy* siempre le hacía recordar su ley cuando se trataba de Leah.

Sirvieron la cena en los platos, Ryan abrió la botella de vino y sirvió las copas.

Se sentaron a comer mientras Milo los observaba atento.

—Creo que tiene hambre —Ryan estornudó por quinta vez—. ¿Qué te parece si vamos a comprarle comida después de cenar? Así caminamos un poco y respiro aire puro.

Leah puso los ojos en blanco.

—Siempre fuiste un quisquilloso con las mascotas.

—No me gustan, Leah.

Leah bufó. No podía entender a la gente que no le gustaban las mascotas.

—¿Cómo te sientes? —Ryan la tomó de la mano y le besó el dorso de la misma.

Ella sintió ganas de retirarla por puro impulso, mas no lo hizo.

—Mejor —respondió nerviosa. Ryan notó el ligero temblor en su voz.

—No voy a presionarte —la veía a los ojos con ternura—. Voy a conseguir que lo olvides y me des la oportunidad que tanto sueño desde que éramos niños.

Ella sonrió con vergüenza. No sabía si podrían llegar allí, sin embargo, parecía querer intentarlo.

—No más lágrimas en tu vida, cariño —Ryan continuó—. Solo risas y alegrías.

Ella suspiró profundo. Cuánto temor le producían esas palabras. Risas y alegrías. Había olvidado lo que se sentía ser feliz y temía que no le gustara



sentirlo de nuevo junto a otra persona.

Recordó la conversación con Ellie.

—¿Y qué hay de ti, Ryan? Creo que no puedes prometerme risas y alegrías en los términos que te gustarían porque estás junto a alguien.

—Ellie podría mantenerse alejada de mis asuntos.

—Es mi mejor amiga, no lo olvides. Y las mejores amigas tenemos la sana costumbre de contarnos todo.

—Debes llamarla y explicarle lo que hiciste —indicó Ryan intentando cambiar la conversación—. A mí también me gustaría saberlo. Ellie estuvo preocupada por ti.

—No me cambies la conversación, Ryan. Te acabo de preguntar por tu vida —hizo una pausa—: yo fui a Nueva York para encontrarme con Jonathan en el hospital.

Ryan abrió los ojos por la sorpresa y sintió angustia en su interior.

—¿Lo encontraste? —preguntó sin poder disimular la inquietud que lo abordó de pronto.

Leah negó con la cabeza.

—¿No te dijeron que no trabajaba allí?

—Sí, pero quería confirmarlo por mí misma. Es la última vez que voy a nombrar a Jonathan en mi vida. Ahora quiero que me hables de ti.

Ryan sonrió. Una de las cosas que más le gustaban de Leah era la determinación con la que buscaba respuestas hasta sentirse conforme. Por eso estaba convencido de que su obsesión con Jonathan se debía a la simple razón de que en todos esos años no encontrara una respuesta a sus preguntas sobre el abandono repentino a tan poco tiempo de contraer matrimonio. Ryan creía que en el momento en el que ella consiguiera dichas respuestas, se olvidaría de Jonathan dándose cuenta de que su «amor» hacia él no era más que una obsesión.

Quería que le hablara de él y su relación con Vanessa. Suspiró profundo intentando buscar una respuesta clara que ni él mismo sabía porque su vida, en la parte sentimental, era un completo caos.

—Mi relación con Vanessa es complicada, Leah. Ella sigue enganchada a mi porque es una mujer dependiente en la parte emocional y en cierto modo eso me permitía estar en una zona de confort que yo pensaba que estaba bien. Me ahoga —dijo y tomó un sorbo de su copa—. Es absorbente y manipuladora.

—¿Cómo es que acabaste saliendo con ella?

—No lo sé. Me atrapó su físico y cuando me quité la venda de los ojos ya era muy tarde. He intentado dejarla, siempre me manipula de alguna manera y hasta ahora no tenía opciones que realmente me importaran para actuar de forma definitiva —Leah bajó la mirada—. Decidiste regresar y... —Le sonrió de esa forma especial en la que lo hacía desde que eran adolescentes, con esa mezcla de alegría y timidez en la mirada—, y ahora nada me importa más que tú —Le besó de nuevo la mano—. Ayer le dije a Vanessa que lo nuestro se acababa. Ya no más, Leah. Quiero respirar de nuevo y deseo hacerlo junto a ti. Te amo desde que éramos pequeños.

Leah abrió los ojos ante tal declaración.

—Olvida lo que acabo de decir —Ryan se retractó porque sabía que fue una confesión apresurada, sintió que no podía callarlo más—. No he debido hacerlo. Entiendo que es muy pronto aunque lo siento con mucha intensidad aquí —Llevó la mano de ella hasta su corazón. Leah lo sintió palpar acelerado.

El de ella se aceleró también.

Qué confundida estaba y las cosas que ocurrían a su alrededor no le estaban ayudando en nada. Todo ocurría muy de prisa.

—Vamos con calma —Él le sonrió de nuevo—. Lo llevaremos poco a poco ¿qué me dices?

Había dado el paso de no llorar de nuevo por Jonathan.

Quería intentar ser feliz, la soledad no la ayudó y deseaba convencerse de que no le ayudaría en nada. Dudaba que Ryan fuese su absoluta felicidad. Tal como aseguró Ellie, ella tampoco creía que fueran compatibles, pero debía intentarlo.

Lo haría.

—Con mucha calma llevaremos todo, Ryan.

Por primera vez en más de una década, pudo deshacer el nudo que siempre se le atoraba en la garganta con una sincera sonrisa que le dedicó a Ryan.

# Capítulo 6

Al llegar a Arlington e instalarse, Benjamin se presentó en su nuevo puesto de trabajo tal como se lo indicaran por teléfono y recibió la buena noticia de que tendría que esperar cerca de quince días para iniciar con sus actividades porque hubo un error al introducir en el sistema su traslado y no podía incorporarse hasta que todo estuviese solucionado. Burocracia que no siempre funcionaba como le gustaba.

Decidió tomarse unos días de vacaciones con su pequeña que le caerían muy bien a ambos, e incluso a la buena Amelia, la envió en un crucero con todo pago en agradecimiento a toda la ayuda que le daba con su hija.

Las vacaciones empezaron adoptando una mascota. Alyssa se moría de ganas de tener un perro y a Benjamin le pareció apropiado el momento aunque no estaba muy de acuerdo en tenerlo en un espacio tan pequeño como el apartamento en el que ahora residían.

Decidió alquilar aquel apartamento en un edificio moderno que acababan de construir y que estaba en una zona cercana al hospital, al colegio de la pequeña y a la casa nueva de Amelia; pero su plan era estar allí solo una temporada mientras el banco decidía si otorgarle o no un crédito hipotecario para remodelar por completo una casa que siempre les perteneció a él y a su familia y que por fin consiguió que el gobierno se las devolviera.

Tuvo las citas pertinentes en el banco y ahora estudiaban su caso. Tenía un buen presentimiento y si todo salía bien, después de que la casa estuviera lista, entonces se dedicaría a cerrar un ciclo que dejó abierto hacía mucho y que aún le dolía profundamente.

Preparó algunas cosas y se fue con su pequeña a Miami que les recibió tan calurosa como siempre, con sus playas de aguas claras y su entusiasmo latino por doquier. La pasaron muy bien en casa de sus padres.

A Ben y Mary Walker siempre les caía genial la visita de Alyssa. Para ellos, era una bendición estar cerca de la pequeña y de su hijo. Su padre no dejaba de agradecerle de corazón, todo lo que Ben hizo por ellos en el pasado.

Significaba mucho para ellos porque les permitió mantenerse con vida y unidos.

Ben estaba cansado de decirle a su padre que dejara de darle las gracias. Lo haría de nuevo si fuera necesario porque ya sabía que su sacrificio valdría la pena en el futuro como era el caso cuando veía a Alyssa correr junto con su abuelo, que el pobre siempre iba con la lengua afuera a pesar de lo mucho que todavía se ejercitaba y de lo bien que se mantenía para su edad.

Su padre todavía conservaba esa disciplina que era característica de los policías dedicados a su profesión incluso estando retirado desde hacía un montón de años. Seguía ejercitándose casi con la misma intensidad, solo que ahora lo hacía para mantenerse en forma, ya no había «malos» a los cuales debía perseguir. Ahora dedicaba su tiempo a dar asesorías a los más jóvenes de la academia en el campo en el que siempre se especializó mientras estuvo en el cuerpo policial.

—Papi, en cuanto lleguemos a casa tenemos que buscar a Milo —Su pequeña lo sacó de sus pensamientos.

—Lo haremos, cielo.

—¿Y si no lo encontramos?

—Estoy seguro de que estará con algún vecino.

—No podemos dejar que se siga escapando así, papi.

Tenía razón la niña. El perro tenía la extraña costumbre de escaparse en cuanto se le presentaba una oportunidad. Dejaron a una chica a cargo para cuidarle ya que el viaje a Miami fue de improviso y en casa de su madre no podía tenerlo porque la mujer no era amiga de las mascotas. De ningún animal en general. Desde muy temprana edad, Ben tuvo la prohibición de meter cualquier animal en casa.

Así que no hubo forma de llevarlo con ellos, ni porque Aly se lo suplicara a su abuela. Solicitó el servicio de una niñera de caninos que estaba muy avergonzada por el descuido que tuvo al dejar de forma inconsciente la puerta de su casa abierta durante dos segundos, en los cuales, Milo aprovechó para huir y no se le volvió a ver.

Alyssa lo tomó muy mal al principio y Ben se juró así mismo no repetir la historia en el futuro. Milo formaba parte de la familia y si él no podía viajar, tampoco ellos lo harían. No volverían a dejarlo atrás.

Ciertas decisiones cambiaban la vida de las personas y como él lo sabía mejor que nadie, mientras más rápido asumiera su nueva condición, más rápida sería la adaptación.

No soportaba era ver triste a su pequeña.

Entraron en casa y desempacaron las cosas.

Al siguiente día tendrían que ir al nuevo colegio de Alyssa para hacer efectivo el cambio que le permitiría iniciar sin problema el nuevo curso y también tendría que pasar por el hospital para verificar que todo estuviese en orden y poder empezar a trabajar en los siguientes días.

Estaba ansioso por ello. Le encantaba estar con su pequeña pero ser médico era parte de su vida. El poder ayudar a otras personas a sanar era su vocación y a lo que se dedicaría hasta que el cuerpo no se lo permitiera más.

Ben se rehusaba a pensar en una jubilación en soledad en una casa que estaría llena de recuerdos que si bien lo hicieron más que feliz, también se convirtieron en motivo de sus tristezas. Dudaba que pudiera empezar una relación con alguien ahora o en el futuro. No era lo que buscaba y se sentía a gusto como estaba. Su felicidad máxima en aquel momento era su hija y luego, la medicina. Sabía que llegaría el momento en el que solo le quedaría la medicina y no pensaba abandonarla.

Duchó a la niña con rapidez, le colocó el pijama y se metió en la ducha.

Escuchó el timbre sonar.

—No olvides preguntar quién es antes de abrir —le dijo en voz alta a la pequeña mientras terminaba de ducharse con rapidez. Confiaba en su hija, sin embargo, no estaba de más vigilar a quién le abría la puerta.

La escuchó gritar de emoción y se sobresaltó.

Casi se resbala al meterse con prisa dentro del albornoz para salir del baño con el corazón en la boca y darse cuenta de que los milagros sí ocurrían.

Milo regresó a casa.

\*\*\*

Leah suspiró mientras observaba a Ryan que a su vez, tenía toda su atención en el partido de fútbol que transmitían en la TV.

Escuchó las uñas de Milo en el piso superior. Sonrió recordando la buena compañía del canino. Unos días antes, mientras le daba un paseo en la calle, una chica los interceptó verificando el nombre del animal en el collar que llevaba puesto. Casi llora de la alegría al darse cuenta de que era el mismo Milo que se le perdió a ella y se puso feliz al darse cuenta de que había estado en buenas manos. Con mucho pesar, Leah se despidió en ese momento

de la chica y del perro, tomando nota de los datos de ella en caso de que el animal se escapara de nuevo. La chica le explicó que sus dueños estaban en Miami por unos días y que casualmente ese mismo día regresarían a casa.

Llevaba casi quince días «saliendo» con Ryan. Le gustaba su compañía y no podía negar que se sentía atraída físicamente hacia él. En realidad cualquier mujer en su sano juicio, lo haría. Ryan se mantenía en las mejores condiciones provocando que las miradas de las féminas recayeran justo en sus abdominales, glúteos o espalda. Sin embargo, ella no sentía más que eso, atracción física. No tenía algún sentimiento de amor o si quiera de ilusión hacia él como hombre. Como amigo, era otra cosa.

Pero esa cercanía entre ellos le ayudó a no pensar tanto en Jonathan. No era que lo había olvidado, dudaba poder hacerlo algún día, pero sí consiguió dejar de pensar en él con tanta insistencia.

Estaba empezando a ejercitarse un poco en el gimnasio del edificio y la tienda estaba quedando preciosa.

Pronto la inaugurarían y abrirían al público.

Se retrasaron un poco con la apertura por organizar dos fiestas importantes que dieron una buena base económica para terminar algunos detalles importantes en el local.

—¿Quieres algo de tomar?

—Una cerveza —le dijo Ryan acercándose a ella—. Y quiero que vengas a ver el partido conmigo, ahora que estamos solos.

—Siempre hemos estado solos —replicó ella.

—No. El perro por fin me deja respirar y no siento su mirada clavada en la mía como si estuviera vigilando mis movimientos.

Leah soltó una carcajada.

—Acostúmbrate al asunto de las mascotas porque mañana voy a buscar una gata.

Ryan volvió los ojos al cielo.

—¡Qué insistencia con eso de los animales! Al menos los gatos están en lo suyo y nos dejarán en paz.

Ryan la tomó con suavidad por el brazo.

—¿Qué piensas? —preguntó acercándose a ella y haciéndole sentir que el paso de aire quedaba bloqueado entre ellos.

—En que estamos demasiado cerca.

Ryan sonrió divertido.

—Me gusta ponerte nerviosa, aunque no es del tipo de nervios que más

me gustaría.

Ella sonrió con vergüenza.

—Eres demasiado bueno y paciente conmigo —Destapó ambas cervezas y se sentaron en el sofá. Leah intentaba poner de su parte y darle una oportunidad a Ryan pero entre lo poco que tenían en común y la ausencia de sentimientos «especiales» cuando el hombre la acariciaba o intentaba besarla, sabía que esa oportunidad no iba a llegar.

—¿Ryan, te has dado cuenta de que soy honesta contigo en cuanto a mis sentimientos hacia ti y que me da mucha pena que malgastes tu tiempo conmigo?

Ryan bufó.

—¿Qué te hace pensar que yo estoy perdiendo mi tiempo contigo?

Ella lo vio con duda.

—Yo estoy invirtiendo mi tiempo en conquistarte. Y todo lo bueno se consigue con mucho esfuerzo y dedicación.

Chocó su cerveza con la de ella al tiempo que le hizo un guiño de ojo. Luego concentró su atención de nuevo en el partido de fútbol.

Leah lo vio con una media sonrisa, pensó que era admirable su constancia. Tal vez ella debía esforzarse un poco más en dejarse llevar por las cosas positivas que tenía el hombre ante ella y quizá eso le ayudaría a verlo con otros ojos.

Debía seguir intentándolo.

# Capítulo 7

El mes de julio avanzaba con rapidez para Leah y Ellie. El trabajo las absorbía por completo dejando poco tiempo para que ambas pudieran considerar tener un poco de descanso y alguna distracción.

Pronto estarían de cara al mes de agosto y para entonces, estarían arrastrándose porque ya no tendrían energía ni siquiera para caminar. Entre la ajustada agenda que tenían programada y los más de 35 grados de calor que azotaba a Arlington ese verano, Leah estaba convencida de que era cuestión de tiempo antes de que alguna de las dos -o las dos- fueran recibidas con urgencia en el *spa* más famoso de la ciudad para darles un cuidado intensivo hasta hacerlas revivir.

Tres kilos menos, un par de noches sin dormir y unos cuantos cortes en las manos fue el saldo contabilizado por Leah después de organizar diez fiestas en tiempo récord y con mucho éxito. La cuenta bancaria engordaba tan rápido, que Leah empezaba a visualizar aquella estancia en el *spa* como un requisito obligatorio que la compañía debía pagarles mensualmente como recompensa por ser tan eficientes y responsables.

A ese ritmo, podría irse en navidad a hacer un recorrido por Europa tal como lo soñó desde adolescente. Tal como lo planearon ella y Jonathan para la luna de miel.

Parecía que empezaba a cambiar con respecto a su pasado porque aquel pensamiento hacia Jonathan no le ocasionó la tristeza que siempre acompañaba dichos recuerdos. No sabía qué era lo que estaba cambiando en ella, ni pretendía averiguarlo. Se conformaba con saber que, de pronto, se animaba a hacer algo que siempre soñó.

Ánimos.

De eso sabía bastante en los últimos días. Siempre estaba animada para salir a divertirse, inclusive con Ryan. Reía más, y más a menudo porque Ellie era una payasa natural y además, porque le parecía que reír le sentaba genial a la piel de su rostro. «Todo sea por la belleza y la juventud» pensaba.



Aunque Leah no era una esclava de la moda o de la belleza, hacía lo posible por verse bien y mantenerse saludable. Un poco de ejercicios tres veces por semana, una visita al salón de belleza de vez en cuando, comida saludable la mayor parte del tiempo y hacer una que otra compra para incorporar alguna prenda a su armario eran hábitos que Leah no pensaba abandonar.

Es por eso que aquella tarde decidió darse un par de horas libres e ir a dar un paseo por el centro comercial.

Le vendría bien.

Recorrió sus tiendas favoritas en la búsqueda de un par de zapatos que combinaran con un bonito y fresco vestido que consiguió en oferta la semana anterior. Fue una de esas ofertas irresistibles que «tienes» que llevar porque tu estrógeno te obliga a hacerlo. De esas ofertas que dos días después empiezas a notarle los defectos.

Este vestido tenía solo un punto en negativo: los zapatos para acompañarlo. No podían ser ni muy casuales ni muy formales; ni tan altos ni tan bajos; ni tan sexis ni tan conservadores. Sería todo un reto encontrar los perfectos pero Leah no tenía prisa y si no era ese día, seguiría buscando hasta encontrarlos.

Se detuvo en el *Starbucks* para comprar un té refrescante y al salir del local su móvil empezó a sonar. Introdujo la mano que tenía disponible dentro de su bolso mientras fijaba su mirada en el interior del mismo y seguía su camino sin ver a su alrededor.

Lo que la llevó a colisionar catastróficamente contra otra persona.

La bebida rojo intenso se derramó encima de la camisa azul pálido del hombre en cuestión que quedó paralizado ante la presencia de Leah.

—¡Ay, por Dios, cuánto lo siento! —Leah rebuscó unas servilletas en su bolso y empezó a secar al hombre—. De verdad no era mi intención, venía distraída y... —dejó de hablar en el momento en el que el extraño le sujetó ambas muñecas con toda la delicadeza que era posible. Aquel contacto la hizo estremecer.

Levantó la mirada y por poco muere de la impresión.

—Jonathan —fue todo lo que alcanzó a decir antes de perder el conocimiento.

Varios minutos después, despertó dentro del *Starbucks*.

Una amable dependienta le sonreía preocupada.

Se colocó una mano en la cabeza porque se sentía aturdida. Recordó el momento antes de desmayarse y se levantó de golpe haciendo que todo a su

alrededor girara como si estuviese en un carrusel de esos a los que se subió miles de veces cuando era pequeña.

—Tranquila —le dijo la chica ante ella—. No deberías levantarte tan pronto. Ten esto —le dio una botella de agua y un *muffin* de chocolate—. El hombre con el que chocaste nos dijo que te diéramos esto para que te recuperaras.

—¿En dónde está?

—Tuvo que marcharse.

Leah notó que algo no iba bien en su interior. No pudo hacer nada para detener la ira repentina que crecía en su pecho.

Dejó todo tal cual como la chica se lo puso en la mesa y salió del local dispuesta a recorrer cada milímetro del centro comercial para encontrar de una maldita vez a Jonathan y ajustar cuentas con él.

Sin darse cuenta, estaba entrando en la fase en la que, una vez al año, sentía un profundo odio por Jonathan y aquel encuentro lo que hizo fue empeorar el sentimiento.

\*\*\*

—Pero bueno, ¿no era eso lo que tú querías? ¿Encontrarlo? —Ellie estaba sentada frente a ella en la mesa del amplio taller que dispusieron para trabajar en las decoraciones personalizadas de las fiestas.

Leah no respondió.

—¿En qué fase estas Leah?

—¿No es bastante obvio? —preguntó ella irónica. Ambas conocían muy bien el círculo vicioso en el que Leah estaba sumergida desde hacía años.

Ellie respiró profundo.

—A veces quisiera que lo odiaras con toda tu alma de verdad y para siempre —Leah la vio a los ojos con seriedad. Aunque Ellie no era la candidata ideal a un premio Nobel de la Paz, tampoco podía decirse que estaba de acuerdo con el odio y otros sentimientos negativos. Sabía que eran necesarios de vez en cuando, mas no le parecía bien cuando se usaban de forma extrema. Era de esas mujeres a las que les gustaba ignorar más que odiar. Olvidar, vivir y dejar vivir—. ¿Qué? —le preguntó como si nada después de que Leah se quedara viéndola fijamente por varios segundos.

—Tú no eres de hablar de odios.

—Hasta que te veo sufrir por Jonathan un año más —Negó con la

cabeza haciendo a un lado la cartulina rosa que tenía en las manos—. Leah, es muy injusto que sigas sufriendo por Jonathan. ¿Hasta cuándo? Puedo notar que has estado haciendo un esfuerzo para no recaer en tu tristeza y sin duda, es un gran avance en ti. Pero no es suficiente. Creo que lo correcto sería afrontar el problema de una vez y luego pasar la página. Como hiciste hace unas semanas cuando dejamos la caja con los recuerdos de tu relación con Jonathan en el contenedor de la basura.

Leah se removió inquieta en la silla recordando que la caja estaba de nuevo en su armario.

Ellie dejó todo lo que estaba haciendo y Leah supo que aquella mirada que la atravesaba en ese momento solo indicaba que Ellie la había descubierto.

Negó con la cabeza mientras servía un poco de café para ambas.

—Esta obsesión con Jonathan se tiene que acabar, Leah. ¿Sigues con la caja en casa, cierto? —Leah asintió avergonzada—. Tienes que hablar con él y cerrar el ciclo. Ya ni siquiera veo prudente que puedan retomar lo que una vez quedó suspendido entre ustedes.

Leah sintió un nudo familiar en la garganta.

—¿Cómo diablos lo voy a hacer si el muy imbécil parece la reencarnación de Houdini? —Estaba a la defensiva y Ellie no la culpaba por ello; conocía a su amiga, y en ese estado en el que se encontraba, lo más probable era que actuara dominada por la rabia y el rencor que tenía guardado para su amado Jonathan. Era normal que lo sintiera así después de haber quedado a la deriva.

Ellie rio.

—Houdini era un escapista —Entrecerró sus dulces ojos mientras pensaba—. Jonathan es más como Copperfield o Chris Angel.

Leah no sonreía.

Ellie respiró profundo y después tomó un poco de su café.

—Estoy segura de que vas a encontrarlo de nuevo y cuando lo hagas, deja de desmayarte y de comportarte como Julieta cuando veía a Romeo y enfrenta la realidad. Somételo a un maldito interrogatorio y si es necesario, tortúralo hasta que te sientas libre.

—Sabes que sería incapaz de hacerle daño —le dijo Leah a regañadientes.

—Entonces me llamarás a mí y verás todo lo que le tengo preparado por haberte hecho sufrir. Ahora, vamos a concentrarnos en el trabajo que

tenemos mucho por hacer.

\*\*\*

Cuando Leah se disponía a acostarse a dormir, su móvil sonó.

Era un número desconocido. Decidió no responder porque no le apetecía hablar con alguna operadora que se empeñaba en venderle algo que ella ni siquiera necesitaba.

Le quitó el volumen al móvil y se metió en la cama.

Recordó el episodio ocurrido con Jonathan en el centro comercial. Recordó las palabras de Ellie y le dio la razón en cada una de ellas. Tenía que parar con aquel sufrimiento de una vez. ¿Hasta cuándo viviría así? Tenía que armarse de valor para enfrentar a Jonathan la próxima vez que lo viera.

Sin gritos, sin lágrimas y -muy importante- sin desmayos. Tenía que dejar a un lado su amor por él y escuchar con atención su explicación. Aunque en el fondo, tras el encuentro de ese día, Leah no sabía si merecía la pena darle la oportunidad de aclarar las cosas porque por primera vez vio todo ese asunto desde otra perspectiva. Siempre se imaginó un encuentro idílico y perfecto en el que Jonathan se explicaba, ella lo entendía y luego retomaban su amor.

Ese día no percibía ese reencuentro de la misma manera. Suponiendo que sus razones fuesen mil por ciento válidas y comprensibles, ¿qué ocurriría a continuación? Se preguntaba Leah, «¿Ser amigos?» porque debía ser sincera con ella misma y la realidad era que, después de tantos años, lo más probable es que él tuviese su propia familia y estuviese feliz.

Ese pensamiento le dolió a Leah. Pensar en que él la hubiese dejado a un lado y hubiese podido amar a otra mujer le dolía profundamente. No por considerarlo traición, si no por haber sido tan tonta de esperar a alguien que se había largado y que no sabía si algún día volvería a ella.

Que ilusa. Se revolvió en la cama molesta.

Estaba segura de que se encontraría con algo así porque si no, por qué Jonathan se fue corriendo del sitio sin siquiera esperar a que ella estuviese bien. Ya no la amaba, no existía otra explicación. Él continuó con su vida sin importarle el dolor que le causó a ella.

Leah cayó en la cuenta de todo el tiempo que perdió amando a un hombre que no sintió nada hacia ella.

Se llenó de resentimiento y pensó en que tal vez era mejor dejar las

cosas como estaban.

En la mañana bajaría al contenedor de basura y dejaría la caja de los recuerdos allí para empezar a limpiar su presente del pasado tan tormentoso que lo único que le dejó fue una tristeza eterna.

# Capítulo 8

Como cada mañana, Leah despertó antes de que el sol empezara a cubrir cada rincón de la ciudad con su luz. Fue a la cocina, sirvió un poco de cereal en un *bowl*, leche, miel y se sentó a desayunar. Luego recogió la cocina, se tomó un café; fue al baño para asearse y vestirse con la ropa de deporte porque, como cada mañana, bajaba al gimnasio del edificio para ejercitarse un poco.

Cogió el móvil y se percató de que titilaba la luz que indicaba que tenía un mensaje de voz. Le pareció extraño porque la única llamada que recordaba haber recibido y no responder fue la que recibió con número desconocido.

Su curiosidad necesitaba calmarse. Además pensó, que podía tratarse de alguna emergencia con sus padres, Ellie o Ryan.

—Usted tiene un mensaje de voz —la operadora siempre le causaba irritación por la lentitud con la que hablaba. Después de alguna explicación y que sonara el *bip*, Leah se preparó para recibir el mensaje.

Silencio.

Después de algunos segundos escuchó aquella voz que tanto extrañó por más de diez años.

—Leah... yo... yo... —Una pausa y una fuerte inspiración—. Lo siento.

Colgó.

Leah volvió a escuchar el mensaje unas diez veces antes de dejarse dominar por la furia.

¿Eso era lo único que tenía para decir Jonathan Rodríguez después de una década de haberla abandonado sin decir adiós y a tan solo unos meses de contraer matrimonio?

Cogió las llaves de casa y salió dando un portazo.

Sentía que las aletas de la nariz se le expandían de la rabia que tenía encima.

Quería drenar aquella furia.

Entrenaría con el saco de boxeo. Sí. Descargaría allí toda su rabia.

Negó con la cabeza mientras subía al ascensor.

No podía creer la cobardía de ese hombre. En qué demonios pensó cuando decidió pedir disculpas por teléfono.

Es que ni siquiera sabía qué decirle porque dudó varias veces antes de hablar.

Le dio el primer puñetazo al saco y no se sintió mejor. Más bien, ocurrió lo contrario, quería golpearlo más y con más fuerza.

Segundo puñetazo. Sintió los nudillos arder.

Lanzó una patada.

«¡Lo siento!»

«¡Lo siento!»

«¡Lo siento!»

Las lágrimas resbalaban por su mejilla y entonces le dio el tercer puñetazo al saco.

El dolor la hizo detenerse de inmediato y lanzar un grito ahogado.

La mano se le inflamó enseguida y maldijo por haber sido tan imprudente. Tendría que ir al médico.

Si seguía así, acabarían asignándole un número directo en el 911.

—911 ¿cuál es su emergencia?

—Buenos días, estaba entrenando con el saco de boxeo y ahora no soporto el dolor de la mano.

—Enseguida le enviamos una unidad.

Los paramédicos no tardaron en llegar y en concluir que debían llevarla a urgencias porque necesitaban verificar si algún hueso estaba roto. Debido a las características del dolor que tenía en ese momento, todo podía apuntar a fractura.

«¡Qué maravilla!» pensó con gran ironía. Justo en el momento en el que más trabajo tienen en el negocio y todo por culpa de Jonathan. De no haber sido por él y su estúpido mensaje, Leah habría entrenado como lo hacía cada mañana, bastante alejada del saco de boxeo.

Se negó a que la transportaran en una camilla al hospital. Tenía dolor en la mano, no en los pies.

Pero después de que las puertas de urgencias se abrieran y sus ojos vieran a Jonathan recibéndola, deseó con todas sus fuerzas no haber sido tan necia una vez en su vida y permitirles a los paramédicos llevarla en la camilla. O por lo menos en una silla de ruedas así, el impacto por

desvanecimiento no habría sido tan fuerte.

Sí, se desmayó una vez más.

\*\*\*

Cuando volvió en sí la lámpara del techo le obligó a entrecerrar los ojos para que sus pupilas fueran adaptándose al raudal de luz blanca que alumbraba la habitación.

Vio a su alrededor. Estaba sola.

Intentó sentarse con la ayuda de su mano derecha y al hacerlo, se quejó por el dolor. Empezaba a recordar lo que ocurrió. Los golpes al saco, el dolor, la llamada al 911, la ambulancia y la llegada a urgencias.

Jonathan.

Parecía que se repetía esa película una vez más en su vida. Fue capaz de comparar ese momento con el ocurrido en Nueva York cuando visitó urgencias con la herida en la frente y lo vio allí.

Cuando estaba por poner los pies en el suelo, Jonathan entró en la habitación.

Ahí estaba, ante ella. Después de lo que a Leah le pareció una eternidad, y también ahí estaba esa extraña sensación que le ahorcaba la boca del estómago haciéndole sentir vértigo y ganas de desvanecerse de nuevo.

Respiró profundo.

Parecía que sus sospechas de que ese reencuentro no sería idílico como ella lo imaginó miles de veces, estaba ocurriendo.

¿Por qué sentía que estaba ante un perfecto desconocido? ¿Qué era lo que sentía por él en ese momento?

—¿Cómo te sientes? —Jonathan le preguntó con delicadeza y viéndola directo a los ojos—. Aquí traigo tus análisis de sangre —Le entregó una carpeta—. Estás perfecta.

Ella lo veía atónita.

¿Eso era todo lo que él tenía que decirle? ¿De verdad?

¿No había nada que explicar, nada más para comentar?

Que tal un: «Oye Leah cuando me largué, hace miles de años, lo hice porque: -inserte aquí un motivo válido para no morir asesinado por una mujer con síndrome del desamor perpetuo-»

El la observaba con atención y por su expresión, parecía que podía leerle el pensamiento.



—Leah... yo... yo...

Y ahí estaba otra vez titubeando. ¿Qué había sido del Jonathan que una vez amó? No se parecía en nada a ese completo idiota que tenía frente a ella.

—No eran necesario los análisis de sangre. De todas maneras, gracias.

—Bueno, es cierto. Pero tus dos desmayos, tan seguidos, hicieron que mi preocupación saltara.

Ella lo vio con duda.

—¿Preocupación? ¿Por unos desmayos? ¿Qué tal preocuparse por abandonar a la mujer con la que te vas a casar de un día para otro y aparecer con un simple LO SIENTO más de diez años después? ¿Por eso es que has debido preocuparte!

Jonathan la veía a los ojos sin pestañeo.

—Puedo explicarte todo lo que ocurrió cuando quieras.

—Tengo casi doce años esperando por tus explicaciones, Jonathan. Y ¿sabes qué? Hoy descubro que no me interesan.

Él frunció el entrecejo y ella no supo cómo interpretar esa reacción. ¿Le había dolido? Pues bien merecido que se lo tenía si hirió su ego. Bastante que sufrió ella por su culpa.

Hasta una mano rota tenía.

Cogió las llaves de su casa y su móvil, tal como salió de casa con la ambulancia.

—Adiós, Jonathan.

Salió de la habitación directo a la recepción del hospital a firmar lo que fuera necesario con tal de que le dejaran ir a casa en ese mismo instante.

No tardó más de cinco minutos en finiquitar los trámites administrativos. Salió del hospital e intentó relajarse.

Parecía estar bien a pesar de su encuentro con Jonathan, y del dolor de la mano.

Suspiró profundo.

Los calmantes le aliviarían el dolor físico y en cuanto al dolor emocional... Bueno... no entendía muy bien qué estaba ocurriendo en su interior pero en ese preciso momento no quería averiguarlo.

Caminó hasta su casa tratando de despejar su mente. Pasó cerca del colegio al cual asistió cuando era pequeña y vio a los niños divirtiéndose en grande, en los mismos columpios que ella usó hacía muchos años.

Se detuvo a observarlos. La inocencia de los niños era un don maravilloso y era una lástima que la vida quemara esa inocencia con

experiencias desagradables que nadie se merecía vivir. Pero de eso se trataba ¿no? Su padre vivía repitiéndole que los errores y las malas experiencias eran las que mayor aprendizaje aportaban en la vida.

Sonrió de lado al pensar en esa ironía. Si eso era así, ¿Cuál era el aprendizaje para ella?

No encontró una respuesta y tampoco se esforzó en buscarla.

Entró en el apartamento con prisa. Marcó el número de Ellie.

—Por Dios, ¿Estás bien? Te he llamado veinte veces, ya iba a mandar a Ryan a buscarte.

—Estoy bien amiga, gracias. Bueno, un poco lastimada.

—¿Qué te ocurrió?

—Te cuento en un rato. Tardaré en llegar porque el accidente que tuve me obligará a usar transporte público por un tiempo.

—¡Oh! A mí no me dejes así, ¿Qué diablos te ocurrió?

Entonces Leah procedió a contarle lo ocurrido desde que escuchara el mensaje de voz de Jonathan.

—Y me fracturé la mano gracias al golpe que le di al saco. Acabé en el hospital y adivina quién me recibió en urgencias.

—No me digas que Jonathan.

—Exacto. Es como un maldito juego macabro del destino ¿No?

—Sí, amiga, aunque esto se convirtió en tragedia hace rato. ¿Y? ¿Qué explicación te dio?

Leah suspiró.

—No lo dejé explicarse, Ellie. ¿Sabes? En realidad en ese momento no me interesó saber nada de él ni del pasado que alguna vez dejamos de compartir.

Ellie se mantuvo en silencio. Esa reacción no la esperaba en lo absoluto.

—Te dejé sorprendida —Leah trató de sonar graciosa pero Ellie no podía dejar de preocuparse. Sospechaba que todo tenía que ver con la fase de la rabia.

—Sí, es decir, respeto tu decisión pero ¿No has pensado en mí? — Leah no entendió la pregunta y se mantuvo en silencio—. Tengo casi doce años viéndote sufrir por él y por saber por qué diablos se largó y ahora ¿me vas a dejar así, sin saberlo? Esto es como esperar el desenlace de una telenovela y que, a última hora, sea suspendida y sacada del aire —Leah sonrió, Ellie la imitó al otro lado del teléfono—. Hablando en serio creo que deberías exigir

una explicación si de verdad esperas cerrar ese círculo vicioso.

Hubo un silencio.

—Por favor, vamos a colgar que ya quiero ocupar mi mente con trabajo.

Ellie sabía cuándo su amiga no quería hablar más de un tema y siempre respetaba sus decisiones. Ya hablarían cuando ella así lo quisiera.

—No vengas a la ciudad. Recuerda que hoy tenemos una fiesta allí, en Arlington y por cierto, debería ir subiendo todo al coche para ponerme en marcha porque si no, no nos dará tiempo de arreglar todo. ¿Te paso buscando?

—Muy bien. Te espero entonces.

\*\*\*

La Sra. Jones las recibió con una agradable sonrisa.

—¡Oh querida! ¿Qué ocurrió? —preguntó la Sra. Jones al ver la mano escayolada de Leah.

—Un mal golpe al saco de boxeo —respondió Leah avergonzada.

—¡Oh! ¡Cuánto lo lamento! Una vez me ocurrió lo mismo, solo que yo golpeé a mi ex marido por haberme puesto los cuernos.

—Los hombres siempre causando desgracias en nosotras —acotó Ellie divertida antes de que Leah pudiera decir algo con respecto a Jonathan—. Pero bueno, hoy no es el momento de hablar de ellos. Vamos a ponernos a trabajar que hay mucho por hacer y poco tiempo.

—Perfecto.

La Sra. Jones las guio hasta el sitio en el que se celebraría la fiesta. La propiedad era grande, con un jardín que doblaba el espacio de construcción. Leah calculó que aquella casa debía valer un par de millones de dólares. La Sra. Jones la mantenía en perfecto estado y tenía esa deliciosa combinación entre lo antiguo y lo moderno.

El jardín, era digno de retratar. Allí estaban los encargados del *catering* organizando las estaciones de comida. Esta compañía era especial y a las chicas les encantaba trabajar con ellos porque eran cuidadosos con los detalles y adaptaban sus estaciones a los gustos infantiles teniendo así carritos de *hotdogs*; estaciones de mini hamburguesas y patatas fritas; estaciones de *cupcakes* y *donuts*; fuentes de chocolate con *marshmallows* y la mesa especial con la tarta decorada según la petición del cliente. Leah y Ellie supervisaban que todo estuviera en su sitio, limpio y perfectamente protegido; con personal

a cargo de servir cada alimento cumpliendo con las normas básicas de higiene y vigilar que nadie metiera la mano en la comida antes de tiempo.

Ellas, por su parte, hacían lucir cada espacio como si de un cuento de hadas se tratase. En esa ocasión, la hija de la Sra. Jones quería una fiesta con castillos medievales, disfraces de la época y que sus amigos hablaran hasta el siguiente año de su fiesta. Era una niña un tanto exigente y un poco caprichosa para el gusto de Leah, así que esperaban poder cumplir con sus expectativas porque de esa fiesta dependían algunas otras buenas clientas que contaban con la capacidad económica de alquilar Marte si los hijos se los pedían para sus fiestas de cumpleaños.

No podían darse el lujo de perder clientas con tanto potencial económico.

Fueron montando toda la parafernalia de decoración sin pausa pero sin prisa porque sabían perfectamente que un error podría dañar de forma irreparable algún adorno y la decoración se vería seriamente afectada.

Para esta ocasión trabajaron a ojo y confiando en las medidas de espacio disponible que la Sra. Jones les facilitó. Esta fiesta fue programada con muy poca antelación y no tuvieron tiempo de pasar por aquella casa antes para verificar -en físico- las medidas y diseño decorativos elegidos por la niña y su madre.

Después de varias horas de trabajo y a tan solo media hora de empezar el evento, todo se veía estupendo. Leah se permitió descansar un par de minutos para poder beber agua y tomarse las pastillas para el dolor de la mano que empezaba a manifestarse.

—¿Cómo te sientes?

—Me molesta un poco, en un rato pasará el dolor con las pastillas.

—¿Quieres irte a casa? —Le preguntó Ellie—. Puedo llevarte y me regreso.

—De ninguna manera. Estaremos el tiempo que estipula en el contrato y luego me dejas en casa.

Ellie asintió con duda pero sin entrar en discusiones.

Leah lo agradeció. No quería irse a casa todavía porque acabaría pensando y pensando. Cosa que hasta el momento no hizo por mantenerse distraída con el trabajo. Y eso le sentaba bien. Así que se tomaría todas las pastillas necesarias para retrasar el regreso a casa.

Los invitados empezaron a llegar y no dejaban de alabar el estupendo trabajo que hicieron. Los niños alucinaban con la decoración que les permitía

lucir trajes maravillosos diseñados por ellas mismas.

La verdad era que contaban con un buen equipo externo de trabajo. El fotógrafo era de los mejores de la ciudad; la florista, una mujer llena de experiencia con las flores y las plantas. El chico que les ayudaba con los vestuarios, un genio de la costura. El DJ hacía unas mezclas exclusivas adaptadas a los gustos y edades de los presentes sin dejar pasar por alto las canciones más sonadas, por supuesto. Y también, contaban con otras personas que podían facilitarles objetos o animales difíciles de conseguir en tiempo récord y a un precio razonable. Como era el caso, que en la fiesta, habían tres armaduras de hierro hechas a medidas de los niños y además, cuatro ponis que las chicas esperaban sobrevivieran a esa fiesta porque parecían querer escapar de las garras de los niños en cuanto tuvieran una oportunidad.

Leah sonrió satisfecha después de recibir otro armonioso comentario sobre su trabajo.

—¡Tú eres mi vecina! —Leah reconoció la dulce voz enseguida. La niña estaba ante ella con su contagiosa sonrisa. Llevaba puesto una de las armaduras de hierro.

—¡Hola, pequeña!

La niña la vio con perspicacia.

—Sabes que me he dado cuenta de que hemos sido bastante mal educadas cuando nos hemos tropezado porque ninguna de las dos se ha presentado formalmente.

Leah soltó una carcajada y la niña le estiró la mano.

Ella respondió al saludo como era debido.

—Yo soy Leah y ¿tú?

—Alyssa. Tienes un nombre precioso. Como de una época pasada. Me gusta leer, por eso sé de los viejos tiempos.

Leah rio de nuevo ante la soltura de la niña para comunicarse con ella. Se recordó a si misma a esa edad y le pareció que no fue ni la mitad de madura que esa pequeña ante ella.

—¿Eres amiga de Sonia? —se refería a la cumpleañera caprichosa. Alyssa abrió los ojos de golpe y su mirada era de horror. Negó con la cabeza. Leah sonrió—. Ya puedo entenderte.

—Su abuela es amiga de mi abuela y por eso hemos venido. Mi abuela sabe que Sonia y yo no nos llevamos muy bien. Ya sabes, ella enloquece con el rosa y yo no. Lloro por todo y es muy mandona.

Leah no salía de su asombro ante la forma tan clara en la que la niña se

expresaba y la sinceridad con la que hablaba.

—Puedo darme cuenta de que no te gusta lo rosa —dijo dándole un toque con los nudillos en el casco de la armadura.

La niña sonrió con amplitud.

—Me encantó encontrarme con esto. Es como el libro que estoy leyendo del guerrero y el dragón. ¿Lo conoces? Están muy de moda.

—Sé cuáles son, pero no los he leído.

—Deberías, seguro que te encantan —Ellie se unió a ellas y la niña la miraba con ojos soñadores—. ¿Tú eres la que organizó todo esto? ¿Ellie Griffin, verdad?

Ellie la vio con una mezcla de confusión y diversión en el rostro. La niña parecía que estaba viendo a su ídolo.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Ellie a lo que Leah hizo las presentaciones correspondientes.

—Eres fabulosa organizando fiestas.

—Gracias —respondió Ellie—. Pero el crédito no es solo mío, Leah tiene mucho que ver en esto.

La niña la vio con duda.

—Es mi socia —le dijo a la pequeña.

Los ojos de Alyssa ganaron un brillo especial.

—El destino nos está uniendo Leah, tú eres la que me va a ayudar a resolver el problema que tengo —La abrazó repentinamente, luego hizo lo mismo con Ellie y se dirigió de nuevo a Leah—: me voy antes de que mi abuela venga a buscarme. ¿El día que llevaste a Milo de regreso a casa me dijiste que vives justo encima de nosotros? —Leah asintió sonriendo—. Pronto te haré una visita. Las dos son estupendas —dijo antes de guiñarles el ojo a ambas y salir corriendo hacia en donde estaban los demás niños para unirse a los juegos.

Ellie miró a Leah.

—Es encantadora.

—Totalmente —replicó Leah fascinada viendo a la pequeña jugar a la lucha con espadas al fondo del jardín.

# Capítulo 9

Una semana pasó desde que Leah se fracturó la mano.

Una semana que parecía una eternidad porque no estaba siendo nada agradable llevar el yeso con el calor del infierno que azotaba a la ciudad ese verano.

Desde hacía una semana intentaba salir a la calle decentemente arreglada pero podía dar fe de que con su mano izquierda era una completa inútil. Menos mal que tenía el cabello corto, fácil de arreglar; y bueno, en cuanto al maquillaje, no había nada que unas gafas inmensas de sol al mejor estilo de Jackie O. no pudieran tapar hasta llegar al local en donde Ellie o Lauren -la chica que contrataron para ayudarles-, le ayudaban a terminar de arreglar su desajustada imagen.

Por esos días el ritmo de trabajo bajó un poco. Suponían que era por las vacaciones de verano. En todo nuevo negocio se debe estipular un tiempo para estudiar los altos y los bajos, determinar patrones y establecer cuáles son las épocas más productivas del año.

A pesar de eso, las chicas no paraban. Durante ese tiempo libre, Ellie, les estaba indicando cuáles eran los temas más de moda para fiestas infantiles y juveniles. Recopilaron información de nuevos personajes de moda, planificaron nuevas decoraciones dependiendo de los temas que eligieran los clientes y empezaron a fabricar los elementos decorativos que tanto las hacía destacar del resto de los organizadores de fiestas de ese tipo.

Así que ahí estaban, las tres, sentadas en el taller; Leah ayudaba como podía o según lo que le permitía su mano inútil, cuando sonó su móvil.

Vio la llamada y lo dejó sonar.

Ellie la vio con mirada inquisitiva.

—No le voy responder —dijo Leah sin importancia. Ellie prefirió mantenerse callada porque sabía que esa era la manera más efectiva de hacer hablar por cuenta propia a su mejor amiga—. ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—¿Y no tienes nada que decir?

Ellie levantó los hombros.

—Mi opinión, ya la sabes. Mereces saber por qué te dejó.

Esta vez fue Leah la que permaneció en silencio.

El móvil sonó de nuevo.

Leah envió la llamada directo al buzón.

Cuando el pitido de un nuevo mensaje sonó, Leah accionó la clave y puso el altavoz para escuchar el mensaje.

—Leah, solo quiero que hablemos. Entiendo que no quieras perdonarme. Por favor, no me juzgues sin antes conocer por qué me vi obligado a huir de la forma en la que lo hi... —el mensaje fue interrumpido porque se agotó el tiempo de grabación.

Leah se quedó un rato viendo el móvil. No se esperaba esa declaración. Pensaba encontrarse de nuevo con un «Lo siento» como los tres anteriores que le dejó en días anteriores y que le hicieron hervir la sangre cada vez que los escuchaba.

—¿Te sorprendió no?

—¿Tú qué crees? —Respondió a la defensiva—. De todas maneras no merece ni un segundo más de mi tiempo. No quiero saber nada de él.

Ellie negó con la cabeza.

—¿Y si luego te arrepientes?

—¿De qué lado estás? —Ante la subida del tono de voz de Leah, Lauren decidió salir en silencio de la habitación para dejarlas a solas.

—De tu lado, Leah. Estoy de tu lado. Por eso mismo es que insisto en que hables con él. No te estoy diciendo que vuelvas con él o que le digas que aún lo amas como una loca.

—No lo amo.

Ellie bufó.

—¡Por favor! ¡Claro que lo amas! Y no vas a dejar de hacerlo en toda tu vida. Ese amor que ustedes tenían es difícil de encontrar y una vez se tiene, es muy complicado poderlo olvidar, aunque te enamores de otra persona.

Leah sintió un halo de tristeza en la voz de Ellie.

—¿Qué te ocurre?

—Que estoy cansada de estar sola. Y que quiero que la vida de una de las dos se arregle de una maldita vez a ver si así no morimos como un par de viejecitas amargadas y solteras rodeadas de dos millones de gatos —Dejó lo que estaba haciendo y suspiró—. Entiendo tu rabia, Leah. Y por eso es que me



preocupo, porque esto en tu vida es un ciclo que dura hasta el otoño y luego ¿qué? Cuando se te pase tu rabia ¿Qué vas a hacer? ¿Llamarlo? Tu orgullo no te lo va a permitir. ¿Entonces qué? ¿Vas a empezar un nuevo círculo vicioso que esté dominado por la culpa y el arrepentimiento por no aclarar las cosas con Jonathan cuando tuviste la oportunidad de hacerlo? ¿De verdad no tienes curiosidad por saber de qué huía?

«Cuántas preguntas» pensó Leah y qué acertadas cada una de ellas. Aunque se negaba a admitirlo en voz alta. Sabía que cada palabra de Ellie estaba llena de razón, sin embargo, en ese momento todo era tan diferente a lo que ella se imaginó que no se sentía capaz de afrontar una realidad que no le gustaba en lo absoluto.

—Nada es como te lo imaginaste, ¿cierto? —Leah se desinfló en su silla. Ellie la conocía demasiado bien—. Necesitas solucionar este enredo en tu vida. Empieza respondiendo a sus llamadas. Familiarízate con la situación real y con cómo van ocurriendo las cosas; y cuando lo creas oportuno, aclara las cosas con él. De verdad, cariño, quiero que seas inmensamente feliz con o sin él y si no cierras su capítulo en tu vida, no vas a alcanzar la felicidad.

\*\*\*

Las llamadas continuaron y Leah siguió rechazando cada una de ellas. Dejó de escuchar los mensajes de voz que le dejaba Jonathan en su buzón de mensajes y también, dejó de borrarlos, así llegaría el punto en el que no podría dejar más mensajes, se cansaría y la dejaría en paz.

Sentía que eso era lo que quería, que desapareciera de nuevo y ella pudiera volver a su vida de desconciertos y miles de preguntas sin respuestas. Ellie tenía razón. Leah no quería enfrentarse a una realidad que no le gustaba y por ello prefería dejar todo como estaba desde hacía casi doce años.

Era domingo, llovía a cántaros y no había mucho qué hacer con un clima semejante, así que no puso muchas objeciones cuando su cuerpo la llevó directo al congelador y le exigió devorar los dos litros de helado de vainilla y macadamias que reposaba allí para casos de emergencia. Decidió pasar el día en pijama, tirada en el sofá, comiendo helado y viendo todas las películas románticas que le vinieran a la cabeza. Sus favoritas eran: *P.S. I Love You*, *Letters to Juliet*, *The Notebook*, *If Only*, *Serendipity* y *Leap Year*. Como no sabía por cuál empezar, decidió echarlo a suerte. Escribió los nombres en pequeños papeles y cuando se disponía a sacar uno del *bowl* sonó el timbre.

Alyssa la iluminó con su hermosa sonrisa.

—Hola —La niña saludó con su mano—. Ella es mi niñera hoy — Señaló a una linda chica de cabello cobrizo y ojos grandes marrones—. Se llama Carol.

Leah saludó a Carol con la mano que tenía disponible.

—Me disculpas que te salude así, es que no tengo muchas opciones — Levantó su mano derecha con el yeso blanco que la recubría.

—No te he preguntado, ¿Qué te ocurrió? —Alyssa interrogó a Leah.

—Nada grave. Un mal movimiento mientras me ejercitaba y este es el resultado.

—Deberías ir a la consulta de mi papi. Es médico de los huesos.

«¿Otro médico?» pensó Leah, «Y de los huesos. Ni hablar»

Con el que encontró para supervisar el trabajo hecho por Jonathan en su mano afectada era más que suficiente. No quería acercarse a más médicos durante un buen tiempo.

—Ya tengo uno, cariño. De todas maneras, tendré en cuenta tu oferta en caso de necesitarlo —guiñó un ojo a la pequeña—. No creo que hayas venido a conversar de mi brazo.

—Eres una chica inteligente, Leah —le dijo la niña haciendo reír a ambas adultas.

—Me pidió que la trajera aprovechando que su abuela no está cuidándola para...

—Hablar de la fiesta —completó Leah mientras la niña expandía su hermosa sonrisa—. Ya veo. Pues, adelante.

—¿Segura? Es domingo y si estás descansando...

—No pasa nada. No tengo planes y con esta lluvia que azota la ciudad, dudo que vaya a moverme de aquí. Además, estaba necesitando una mano inocente para esto —Leah entró en la cocina y sacó el *bowl* con los papeles en los que escribió los nombres de las películas que quería ver ese día—. Ven, Alyssa, ayúdame a elegir la primera película del día.

Carol y Alyssa entraron en la casa cerrando la puerta tras ellas. La niña acercó su mano al *bowl* y extrajo un papel.

—Léela por mí, así me enseñas que tan bien lees.

La niña abrió el papel y la vio con ojos soñadores.

—Es una de mis películas favoritas: *Letters to Juliet*.

Leah y Carol sonrieron.

—Entonces no se diga más —declaró Leah—. Es día de chicas en esta

casa y tenemos helado suficiente para las tres.

Sacó una cuchara de postre para cada una, abrió el envase de helado y se sentaron en el suelo para disfrutar de una película inmensamente romántica y una buena dosis de helado.

Casi tres horas después, seguían comiendo, esta vez unos bocadillos que prepararon Leah y Carol; aunque seguían sentadas en el suelo, ya no estaban al pendiente del televisor. Ahora hacían bosquejos de lo que a Alyssa le gustaría para su cumpleaños que sería el mes siguiente.

Milo, que se había quedado en casa, empezó a corretear por el apartamento haciéndolas volver la vista hacia el techo por el ruido que producían sus uñas contra la madera.

—¿Por qué no has traído a Milo?

—Es que no estaba convencida ni siquiera de traerla a ella, si te soy sincera. Me parecía que molestarte un domingo en casa...

—No pasa nada, Carol. Me caen súper bien Milo, Alyssa, su abuela y ahora tú. Pueden venir cuando quieran. Siempre estoy sola.

—Te dije que mi vecina era especial, Carol —afirmó Alyssa haciéndolas reír de nuevo—. ¿Eres divorciada?

—¡Alyssa! —Carol la reprendió y Leah prefirió no intervenir para no restarle autoridad a Carol.

—No —Pensaba satisfacer la curiosidad de la pequeña—. Ni siquiera estoy casada.

—¿Novio?

—Hizo lo mismo conmigo en cuanto me conoció —protestó Carol.

—No, cariño, tampoco.

—Pero alguna vez te vi por la ventana con un chico.

—¡Alyssa! —Carol la reprendía de nuevo.

Leah soltó una carcajada.

—Es el hermano de mi mejor amiga, salgo con él algunas veces y solo somos amigos. ¿Tú tienes novio?

La niña hizo una mueca de asco.

—Estoy bien con mi papi por los momentos. También tengo a la abuela, a Milo y ahora a ustedes. No me hace falta un novio. Pero a mi papi sí, le hace falta una novia, claro está. A papi le gustan las chicas aunque no es como el papi de Marcy mi vieja amiga de Nueva York, que no permite que se hable de los chicos que salen juntos.

Leah y Carol estaban asombradas por la madurez en la explicación de

la pequeña Alyssa.

—Mi papi sí los acepta —sonrió—. Lo que no acepta, es el consejo de mi abuela de que se consiga una novia. Los escuché el otro día. La abuela le decía a papá que saliera a divertirse con la gente del trabajo; que tuviera un romance con alguien porque merecía ser feliz y no vivir atado al recuerdo de mi mami. Mi papá cambió el tema de inmediato y la abuela no insistió. Yo no pierdo la esperanza. Nos vendría bien una mujer en la familia.

—¿Cuántos años me dijiste que tienes?

—Siete. La abuela y mi papá dicen que soy muy madura para mi edad.

—¡Qué si lo eres! —murmuró Carol abriendo los ojos como platos y viendo a Leah divertida.

—¡Eres un encanto! —Leah le tocó la punta de la nariz con un dedo—. Ahora tenemos que idear un plan para que tu abuela acepte cedernos su puesto de decoradora oficial de tus fiestas de cumpleaños.

# Capítulo 10

A Leah le gustaba mantener ciertas costumbres y cada vez que podía, iba a almorzar o cenar a casa de sus padres. No lo hacía por obligación como era el caso de Ellie y Ryan, ni por compromiso. No. Ella lo hacía con mucho gusto de compartir con dos de las personas que más amaba en el mundo y que eran parte fundamental de su vida.

Sus padres estaban juntos desde que ambos tenían uso de razón. Eran amigos de la infancia y desde entonces, cupido los flechó. Incluso siendo unos pequeños que apenas balbuceaban palabras, ya daban síntomas de un amor profundo entre ambos.

Tal como ocurría antes, las parejas se casaban muy jóvenes; la mujer teniendo como mayor ambición en la vida ser una ama de casa ejemplar destacándose con un perfecto sobresaliente en las áreas de esposa dedicada y madre ante todo lo demás; y los hombres, se ocupaban de sus trabajos y sus familias. Así había sido la vida de sus padres. Ella siempre en casa cuidando que la vida de todos estuviese bien, y él curtiendo sus manos con heridas y callos gracias a las construcciones en las que trabajó toda su vida.

Querían tener una inmensa familia pero la vida no tenía los mismos planes para ellos. Tuvieron muchos problemas para concebir. Su madre tuvo varias pérdidas antes de que, por fin, ella decidiera aferrarse a su útero hasta completar lo que su madre llamaba «un embarazo muy delicado». Y en cierto modo lo fue, al punto de que tuvo un sangrado incontrolable durante el parto y tuvieron que extirparle el útero lo que convirtió a Leah en hija única y, por supuesto, la niña de los ojos de su padre y su madre.

Los amaba y por ello era que siempre que podía, compartía momentos con ellos. Como ese día, que quedó para almorzar y llegaba con un poco de retraso porque Ellie decidió acompañarla para que no tuviera que usar el transporte público.

Estaban conversando sobre lo bien que saldría todo en la fiesta de Alyssa cuando Ellie ahogó una exclamación.

Leah siguió la mirada de su amiga que ralentizó la marcha del coche hasta detenerse por completo frente a la casa de los padres de Leah.

—No esperaba esto. Lo siento.

Leah estaba muda, viendo a Jonathan tomado de la mano de Rita, la latina exuberante que vivía aun frente a la casa de sus padres y que seguía tan enamorada de Jonathan como cuando ellos iban a casarse.

Sintió que la sangre le hervía.

Bajó del coche y lanzó la puerta.

—Leah, no vayas a hacer una estupidez —comentó Ellie al tiempo que ocurrían varias cosas.

Jonathan quiso darse la vuelta al escuchar la voz de Ellie llamando a Leah pero no pudo lograr mucho porque Rita lo interceptó en el movimiento guindándose a su cuello, girando su cabeza y dándole un beso que hizo paralizar a Leah en el momento.

La puerta de la casa de la familia Simmons se abrió de repente dejando salir a un Isaac enfurecido ante tal escena, viendo como su niña se quedaba paralizada del dolor y como las lágrimas una vez más, se le resbalaban sin control por las mejillas.

Para cuando Leah reaccionó ya era muy tarde para frenarlo, por fortuna, Ellie si cumplió su función de muro de contención e hizo hasta lo imposible por meter dentro de casa a Isaac hecho una fiera.

Para cuando Jonathan logró zafarse de encima a Rita, Leah ya estaba entrando en casa de sus padres decepcionada.

—No es lo que crees, Leah. Por favor. Déjame conversar contigo.

Leah se dio la vuelta y sintió como el odio se le salía por los poros.

—No tenemos nada que conversar. Te lo dije antes y lo repito de nuevo. Sigue con tu vida, tal como yo he seguido con la mía.

Cerró la puerta de un portazo, respiró profundo y se mentalizó para sobrevivir al único tema de conversación que tendrían aquella tarde con sus padres: Jonathan y Rita.

\*\*\*

El busto de Rita siempre fue difícil de acomodar dentro de lo que era un escote decente y siempre fue el causante de que más de un hombre desviara su mirada hacia el escote y se perdiera entre este y sus deseos más primitivos.

Fueron vecinas desde siempre. Se conocían desde niñas. Mientras

Leah era diminuta, delicada, dulce e inteligente; Rita era exuberante, de belleza salvaje, extrovertida en extremo y según parecía, con la inteligencia de un rábano.

Nadie apostó por su futuro cuando eran adolescentes porque su mundo giraba en torno a los mejores amigos de su hermano que estaba involucrado en cualquier cosa que fuera ilegal, por lo cual, se suponía que Rita acabaría de muy mala manera. La gente opinó mucho al respecto. Estaba el grupo de vecinos que creía que acabaría siendo la mujer de alguno de esos amigos de su hermano; otros opinaban que sería madre soltera y tendría un hijo por cada hombre con el que se acostara para poder retener a alguno a su lado. Muchos decían que se convertiría en prostituta o *stripper*. También estaba el grupo que aseguraba que Rita acabaría en la cárcel y unos pocos pensaban que tal vez, no llegaría a los treinta años.

A pesar de las habladurías de los vecinos y de la poca atención que tuvieron ella y su hermano en casa, su futuro fue mucho más de lo que se esperaba. A su hermano sí lo encerrándolo en prisión por drogas; su padre, que no conocía nada más que el alcohol, murió a causa de un coma etílico cuando ellos eran aun adolescentes; y su madre, no hacía otra cosa más que trabajar como una mula todo el día y, algunas veces, toda la noche para poder sacar a su familia adelante.

Nadie sabe qué fue lo que hizo que la vida de Rita cambiara para que ella tomara consciencia de lo que era bueno y lo que no para su futuro. Empezó a estudiar -de verdad-, entró en la universidad y se graduó con éxito. Seguía viviendo con su madre que ya era una anciana llena de dolores y achaques por tanto trabajo. A pesar de que tuvo una mejoría notable en su futuro, mantenía sus viejas costumbres que involucraban a los hombres. Se le solía ver a menudo con un hombre diferente. Y estaba claro que a ella le importaba muy poco lo que pensarán o no de ella y de su vida.

Cuando Leah y Jonathan se conocieron y empezaron a salir, Rita empezó a meterse entre ellos después de ver a Jonathan en casa de Leah un par de veces. Estaba más que claro, que Jonathan le gustaba en serio. Hizo todo lo que estuvo a su alcance para seducirlo sin alcanzar la meta. Ella y Leah siempre mantuvieron una relación cordial de vecinas hasta que Jonathan le confesó a Leah que su vecina intentaba seducirlo cada vez que lo encontraba solo.

Así fue como las relaciones diplomáticas entre ambas se acabaron, y empeoraron cuando Jonathan se marchó y Rita se mostró tan destrozada como

Leah.

Como de costumbre, Leah pensaba en su pasado, esa vez, de camino a la consulta con su médico.

Leah aún no podía borrarse de la cabeza la desagradable imagen de Jonathan besándose con la estúpida de Rita. Aquel episodio que presencié hacía casi dos semanas, no hizo más que levantar la su furia y la de todos sus seres queridos.

Su padre juró que si lo veía de nuevo le cortaría la cabeza; su madre aseguró que le llevaría a Rita uno de sus famosos postres caseros con una buena dosis de laxantes; y Ellie, se dedicó a consolarla murmurando cosas del tipo: «Lo odio con toda mi alma» «Es un imbécil» «Cretino» «No podía ser más básico», y también, juró hacerle la vida de cuadritos a ambos.

El caso era que Leah, en aquel punto, descubrió que lo odiaba y lo amaba a partes iguales.

Él seguía insistiendo en verla y ella seguía evitándolo al punto que estaba pensando en cambiar el número del móvil.

Suspiró mientras esperaba su turno en la consulta de su traumatólogo. Si todo iba bien, ese día le darían el alta y le quitarían el molesto yeso.

Y todo parecía estar saliendo como lo planificó. Lo que no se esperó fue el encuentro frente a frente con Rita dentro del consultorio de su médico porque ella era la enfermera encargada de prepararla para retirar el yeso. La muy hipócrita la saludó como si hubiesen sido las mejores amigas de toda la vida y empezó a hacer lo que ella mejor sabía: ser una víbora.

—Estás muy bien desde la última vez que nos vimos —comentó la mujer de larga melena negra—. Me gustaría que habláramos de eso porque yo...

—No tenemos nada de qué hablar, Rita. Cada quien con su vida.

Rita la abrazó haciendo que el cuerpo de Leah se pusiera más rígido que el palo de la escoba.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte decir eso. Es que pensaba que habías tomado a mal lo que hay entre Jonathan y yo —Rita hablaba con total naturalidad mientras hacía sus cosas—. No lo ha pasado bien en todo este tiempo pero el destino lo trajo de regreso y fue una agradable sorpresa encontrarlo en mi mismo sitio de trabajo. La verdad es que conectamos de inmediato después de tantos años distanciados —Rita hablaba con sinceridad y Leah empezaba a sentir una punzada de dolor en el pecho—. ¿Sabes lo que te digo? Esa chispa que salta de pronto y bueno... —Sonrió ilusionada después



de una pausa— quizá ahora sí podamos ser felices.

Leah no era consciente de que sus ojos se enrojecían con rapidez.

—¿Estás bien? —la vio con duda, Leah no respondía—. Leah, no quiero que haya rencores entre nosotras, sé que antes hice las cosas mal sin embargo, he cambiado y creeme, ahora estoy jugando limpio.

La puerta se abrió interrumpiendo a Rita que se despidió con la misma emoción con la que la recibió y salió del consultorio dejando a Leah decepcionada de ella misma por haber sido tan ingenua durante todo ese tiempo en el que mantuvo intacto su amor por Jonathan.

\*\*\*

—¿Puedes creerlo, Ellie? —Leah intentaba calmarse mas no lo estaba logrando como era debido—. Me dijo en mi cara que estaban saliendo. Habló de una chispa entre ellos y de lo felices que eran.

—Yo todavía no lo puedo creer. Es que no concibo la idea de que salga con ella en plan «serio». No es su tipo.

—Y sí te parece bien que se revuelquen.

—¡No! ¡Por Dios! Pero es hombre y ellos son básicos nos guste o no. Hay muchas cosas de su actitud que no logro entender y que quizá tú no quieras aclarar, aunque yo daría mi vida por sentarme con él e interrogarlo.

Leah la vio con seriedad.

—No te preocupes que no pienso contactarlo a tus espaldas. Te lo prometo.

El móvil de Leah sonó.

—Es Ryan. Me invita a cenar esta noche.

—Deberías ir.

Leah no lo pensó dos veces y aceptó la invitación. Para cuando el mensaje se envió Ellie se estaba deteniendo frente a la casa de la abuela de Alyssa.

—¿Estás segura que quieres trabajar hoy? Puedo llamarlas y decirles que venimos otro día.

—¡Leah! —Alyssa salió corriendo a recibir las.

—Muy tarde para arrepentimientos, además, no puedo seguir permitiendo que Jonathan Rodríguez siga dominando mi vida. Eso, se acabó.

Bajó del coche y saludó a Alyssa y a Amelia con un caluroso abrazo.

—Veo que estás mejorando del brazo —comentó Amelia feliz.

—Sí, ya solo me queda este vendaje y unos días de rehabilitación para volver a la normalidad.

—Me alegra —respondió la mujer después de saludar a Ellie.

Alyssa las tomó de la mano a ambas y las guio hasta el jardín en el que estaba todo dispuesto para sentarse a conversar y merendar.

La casa de Amelia era un refugio encantador. Cálida, relajante, con una armonía especial.

Tenía una mano estupenda para las plantas. El jardín era precioso. A pesar del calor reinante estaba verde brillante, frondoso, las flores se exhibían en todo su esplendor mientras que adornaban de forma coqueta algunos de los árboles que de la propiedad. A Leah le gustó aquel sitio y ya podía imaginarse todo lo que planificaron durante esas semanas para la celebración del cumpleaños de Alyssa.

Después de que la niña la visitara por primera vez en compañía de Carol, su niñera, acordaron hacer una reunión oficial en la oficina de las chicas y la niña debía ir acompañada de su abuela que era la que se encargaba de las decoraciones de los cumpleaños de Alyssa.

Amelia tomó la decisión de su nieta con total normalidad e incluso se ofreció a ayudar en todo lo que hiciera falta. Cuando conversaron sobre el lugar en el que llevaría a cabo la celebración, si tomó una actitud un poco más exigente y a Leah le pareció normal después de escuchar por qué tomaba esa postura. Eran niñas de siete y ocho años, la mayoría vendría desde Nueva York, lugar en el que habían vivido hasta hacía poco y motivo por el cual, Leah sintió más empatía con la niña debido a la casualidad de haber vivido ambas en el mismo lugar.

Amelia también les rogó para que una de ellas o ambas, permanecieran en el lugar ayudándola con todo durante a fiesta porque si bien era cierto que se consideraba una mujer muy activa para su edad, tener diez niñas en casa correteando y gritando por cualquier lado, la agotaría al máximo.

Amelia les explicó que Benjamin, el padre de Alyssa, estaría presente pero que debido a su profesión, siempre podía surgir una urgencia que le haría ausentarse de inmediato por tiempo indefinido. Y ella no quería encontrarse de repente sola con las niñas.

Leah y Ellie aceptaron gustosas el trato, de hecho, era parte del contrato permanecer en el sitio del evento por algunas horas, pero accedieron a pasar la noche completa allí porque no tenían más trabajos pautados ese día y porque les daba mucho pesar que Alyssa no pudiera compartir este proceso

con su fallecida madre y tampoco con su padre, aunque la niña ya parecía acostumbrada a este hecho.

—¿Cuántos *teepees* vamos a necesitar? —preguntó Ellie.

—¿Han confirmado ya los invitados? —Leah vio a Amelia.

—Sí, todas las niñas asistirán tal como lo hemos planeado. Esta va a ser una súper fiesta.

Alyssa se sentó en las piernas de su abuela sonriente y feliz.

—¿A mamá le gustaría la idea de los *teepees*, abuela?

—Por supuesto, aunque de seguro, tu madre habría colocado a nativos americanos de verdad para aprender de su cultura. Quizá pediría que nos enseñaran los juegos que suelen jugar sus niños en las tribus —Amelia sonrió con nostalgia—. Siempre encontraba un motivo para reír y divertirse.

Leah sintió un nudo en la garganta y a Ellie se le enrojecieron los ojos.

—Todo va a salir maravilloso, cariño, ya verás —le dijo Leah tomándola de la mano.

—¿Quieren ver una fotografía de mi mami? —le preguntó a Leah.

—Nos encantaría.

La niña fue a buscar un portarretrato en el que estaban ella cuando era mucho más pequeña y su madre.

La mujer en cuestión sonreía feliz mientras la niña cruzaba los bracitos alrededor de su cuello y le correspondía a la sonrisa, a la felicidad que sentían en ese momento.

Llevaba un pañuelo en su cabeza muy colorido y estaban marcados claramente los signos de su lucha contra esa terrible enfermedad que la consumió poco a poco.

Ellie y Leah pudieron entender las recientes palabras de Amelia con solo ver la mirada brillante y sincera de la madre de Alyssa y cómo la felicidad la envolvía por completo. Leah sintió admiración por la mujer que ya no estaba. Tuvo que ser muy duro saber que dejaría sola a su pequeña hija y sin embargo, siguió manteniendo la felicidad que parecía caracterizarla para que la niña, en sus recuerdos, la mantuviera viva como le gustó estar siempre: feliz.

Eso era digno de admirar.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Cristal —respondió Alyssa acariciando su imagen.

Ellie, que estaba a punto de echarse a llorar desconsoladamente, se excusó para ir al baño a desligarse de ese sentimiento de tristeza que la

dominó en aquel momento.

—Tengo una idea estupenda —comentó Leah—, conozco alguien que puede hacernos una ampliación de esta foto y si estás de acuerdo, podríamos colocarla en un sitio especial ese día de la celebración, así podrías sentir que tu madre está presente.

La niña no pudo evitar echarse a llorar y se acercó a Leah para abrazarla.

—Gracias. Me encantaría y nunca se me había ocurrido hacerle a mamá un rincón especial en mis celebraciones, de ahora en adelante, será una tradición abuela, ¿qué me dices?

Amelia se secaba las lágrimas que no pudo contener.

—Que hemos sido unos tontos hasta ahora al no hacerlo, y por supuesto que estoy de acuerdo.

La niña sonrió y se secó las lágrimas.

Ellie regresó del baño con mejor cara aunque su nariz roja indicaba que estuvo llorando.

—Eres especial, muchacha —comentó Amelia viendo a Leah.

—Es muy especial —afirmó Alyssa viendo los dibujos de la disposición de los *teepees* y el resto de la decoración—. Lo supe desde que se encontró con Milo. Deberías conocer a mi papi. No tiene novia y tú serías una buena novia para él.

—Me gusta tu idea pequeña —la animó Ellie y Leah la vio con mala cara—. ¿Qué? Es cierto todo lo que ella acaba de decir. Además, necesitas salir con gente nueva. Ya lo hemos conversado.

Amelia las vio con picardía.

—La verdad es que tú encajarías perfecto con mi yerno. Ya lo verás el sábado.

Leah no supo qué responder a sus celestinas.

Prefirió dejar que sus emociones se expresaran por ella porque a pesar de que no tenía palabras y de no estar convencida en eso de ser «perfecta» para nadie en ese momento de su vida, no pudo evitar sonrojarse y sentir un pequeño revoloteo en el estómago.

Fue entonces cuando pensó que si aún era capaz de sentir eso por una posible cita a ciegas, tendría que darse la oportunidad tal como lo sugerían las dos mujeres y la niña que tenían en frente.

Sonrió divertida.

—Ya veremos —Todas sonrieron felices—. Ahora sigamos hablando

de lo que nos interesa, que solo nos queda una semana para organizarlo todo.

\*\*\*

Leah llegó a casa agotada, la reunión con Alyssa y su abuela salió estupenda. La energía y madurez de la niña la dejó sin fuerzas y sin palabras. Ellie y ella se mantuvieron en absoluto silencio en el camino hacia su casa porque parecían haber consumido la dosis de palabras diaria que es capaz de decir una mujer.

Sin embargo, Ellie no dejó de aconsejarle que sin importar cuán cansada estuviese, saliera con Ryan.

Leah tomó el consejo así que se dio una ducha reconfortante, se maquilló ligeramente, y se vistió con un lindo y veraniego vestido rojo que resaltaba la blancura de su piel. Era impensable que saliera en sandalias planas junto a Ryan y su más de metro ochenta de estatura. Estaba tan agotada que quería sentirse cómoda, y esa fue su opción definitiva para no suspender la cena con su mejor amigo.

Como era de esperarse, Ryan la llenó de elogios desde que se subió al coche.

Ella evadió sus comentarios más le permitió que la tomara de la mano en todo momento, cosa que aunque era un tanto normal entre ellos, sorprendió a Ryan porque Leah no intentó zafarse en ningún momento, ni siquiera cuando se bajaron del coche.

Decidieron ir a un restaurante tranquilo de Arlington y que ambos conocían bien porque era un antiguo negocio familiar.

A penas entraron, Leah sintió como la mano de Ryan se tensaba alrededor de la suya y su cuerpo se tensaba en un segundo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella preocupada intentando verle a la cara. Ella estaba un paso por detrás de él y Ryan aun no acababa de cruzar al entero la puerta así que entre su baja estatura y la amplitud de la espalda de Ryan, Leah no veía qué demonios ocurría dentro del establecimiento.

No necesitó mucho más tiempo porque Ryan se hizo a un lado y entonces ella entendió todo.

Al fondo, estaba sentado Jonathan con Rita y otra pareja.

Una doble cita.

Leah quiso convertirse en algo como *Hulk* y empezar a estrellar mesas contra la pared.

Hizo todo lo contrario, cogió a Ryan con más fuerza de la mano y casi lo arrastró hasta donde estaban Jonathan y los demás.

Su ex prometido se puso de pie de inmediato y su mirada saltaba de Leah a Ryan intentando definir qué había entre ellos.

—¡Qué agradable sorpresa! —comentó Leah en su mejor tono sarcástico—. Encontrarnos dos veces el mismo día es demasiada casualidad ¿No? —vio a Rita a quien los nervios asaltaron de inmediato mientras Jonathan la veía con confusión.

—Sí. Es mucha casualidad.

—Ryan —le saludó Jonathan viéndolo con rabia. Tal como se veían los antiguos pistoleros del lejano oeste antes de retarse a un duelo.

Ryan solo asintió con la cabeza. Consideraba que era lo único que merecía ese hombre al que odiaba por haber lastimado a Leah.

Leah abrazó a Ryan y él ni tonto que fuera, respondió a su abrazo porque le gustaba sentirla cerca pero, también, porque quería hacerle ver al imbécil de Jonathan Rodríguez que Leah tenía a un verdadero hombre a su lado que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella.

—Me alegra mucho que estén saliendo, se lo comenté esta mañana a Rita en la consulta. ¿Lo recuerdas?

Rita asintió con una falsa sonrisa y mirando a Jonathan llena de nervios.

Jonathan la veía confundido.

—Se me olvidó comentártelo —agregó la mujer que se puso de pie y tomó de la mano a Jonathan—. Leah me comentó que cada quien hacía con su vida lo que quería. Por eso no me pareció relevante contártelo antes —le hizo un guiño de ojo que no surtió ningún efecto en Jonathan y que solo logró avivar la rabia de Leah—. No sabía que ustedes estaban saliendo.

—No tenías por qué saberlo —dijo Leah irónica—, no somos personas de levantar chismes en Arlington —Rita por poco fulmina a Leah con la mirada—. En todo caso y antes de que te enteres por otra persona, sí estamos saliendo y pensando en casarnos —aunque el cuerpo de Ryan se tensó más, fue incapaz de soltar a Leah.

Cuando la mirada de Jonathan se cruzó con la de ella y descubrió la sorpresa de él sumada al dolor que le produjo la noticia, Leah se recriminó ser tan impulsiva en ese momento. Sobre todo por Ryan, le daba igual el sufrimiento de Jonathan. Además, se lo merecía, aunque todavía lo amaba y en ese momento tuvo la impresión, por su reacción a la noticia, de que él también

sentía algo por ella.

No podía lastimar a Ryan con ese arrebatado de celos que tuvo ante Rita y Jonathan.

Ryan no era su juguete y debía arreglar ese enredo cuanto antes.

Jonathan no dijo nada más, solo se sentó en la mesa y les dio la espalda a ambos.

—¡Qué alegría! Tal vez podamos celebrar una boda doble.

Leah sintió ganas de partirle la cara a la estúpida.

—Sí, tal vez. Ahora vamos a cenar. Que pasen feliz noche —Leah parecía decidida y normal por fuera pero por dentro estaba combatiendo una tormenta que amenazaba con llevarse a todo y a todos por delante.

Se sentaron en una mesa a espaldas de Jonathan y Rita.

—Gracias por seguirme la corriente —dijo Leah en un susurro y con un apretón de mano a Ryan justo después de que el mesero tomara su orden.

Ryan suspiró profundo y la vio con total complicidad a los ojos.

—Haría cualquier cosa por ti, Leah. Y sabes que nada me haría más feliz que saber que todo lo que dijiste antes es cierto. No hablemos más de eso aquí —dijo viendo con discreción hacia la mesa en la que Jonathan y Rita seguían sentados—. Debemos seguir aparentando —le hizo un guiño de ojo.

Se acercó a ella y le dio un sutil beso en los labios.

Leah pensó que aquello no estaba nada bien. Sin embargo, tampoco hizo nada por impedir el beso de Ryan. Que se repitió más de lo que a ella le habría gustado, incluso siguió repitiéndose cuando Jonathan y Rita pasaron cerca de ellos despidiéndose rápidamente. Rita, porque Jonathan ni siquiera se detuvo, aunque sí le dedicó una última mirada a Leah antes de continuar su camino hacia la salida del restaurante. Leah sintió como si le hubiesen atravesado el pecho con una daga en ese instante. Algo se rompió en su interior llevándola directo al valle de los lamentos y del arrepentimiento.

Aguantó las intensas ganas de echarse a llorar allí mismo.

Ella y Ryan conversaron de muchas cosas, como solían hacer cuando estaban juntos y la cena se extendió más de lo planeado porque Leah no quería llegar a casa ya que sabía que empezaría a llorar como una desesperada porque esa mirada que Jonathan le obsequió antes de marcharse del restaurante le dijo muchas cosas. Muchas. Entre ellas, que aun la amaba y que le dolía verla junto a otro hombre. Era una mirada de decepción, arrepentimiento y desdicha. También tenía una pizca de resignación. Y ella se sintió tan identificada con todos esos sentimientos que no supo cómo controlar

sus emociones en su interior.

Por eso la culpa, las ganas de llorar para librarse de las emociones que no querían abandonarla nunca más. Lo engañó y encima, estaba jugando con Ryan al papel de «No me doy cuenta de que aun te aprovechas de mis mentiras y sigues besándome». Quería parar todo eso. La forma más sensata era largándose a casa y no estaba muy segura de querer estar sola en su hogar.

No ese día.

Motivó a Ryan a pedir más vino, más vino y cuando quisieron darse cuenta, el mesero les llamó a un taxi para que viniera por ellos porque no estaban en condiciones de salir conduciendo de allí.

Se rieron por las medidas extremas del restaurante. Consideraron que estaban perfectos hasta que ambos llegaron al taxi tambaleándose.

La verdad era que estaban borrachos.

Se subieron al auto y en un arrebató clásico de adolescentes, Ryan atrajo a Leah hacia su cuerpo y la besó como si no hubiese mañana. Leah le permitió la entrada a su boca. No entendía qué demonios pasaba con ella ese día pero su cuerpo le pedía lujuria y diversión.

Así fue como entre besos y gemidos ahogados llegaron a casa de Leah y en cuanto la puerta de casa se cerró tras ellos, la ropa de ambos empezó a saltar por los aires.

Llegaron a la habitación dando tumbos entre besos y risas.

—Tengo sed y necesito ir al baño —comentó Ryan intentando hablar bien, su lengua no reproducía las palabras como era debido—. Ya vengo.

Leah lo vio salir de la habitación. Tenía buen cuerpo. Iba sin camisa aunque todavía llevaba puesto los pantalones.

«Buen trasero y una espalda fuerte y bien formada» pensó Leah mientras lo veía alejarse.

Bostezó. Se vio acostada en su cama con la ropa interior cubriendo todavía sus partes íntimas.

Ryan seguía en la cocina.

Bostezó de nuevo y sintió un poco de frío ya que el aire acondicionado empezaba a hacer su trabajo.

Se tapó con la sábana y cerró los ojos.

Bostezó por última vez y se dejó llevar por la pesadez que sentía en todo el cuerpo.

\*\*\*



Leah abrió un ojo cuando sintió un movimiento en su cama.

¿Había alguien con ella?

Otro movimiento y de pronto sintió que se apretujaban contra ella.

La luz del día alumbraba con timidez la habitación. La cabeza le retumbó dos veces antes de dejarle sentir una buena punzada.

—Ouch —se quejó de dolor y quien se antes se apretujó contra ella, esta vez la atrapó en un fuerte abrazo.

Cerró los ojos de nuevo e intentó recordar lo sucedido la noche anterior.

No le gustaba lo que recordaba porque involucraba a Jonathan y a Ryan.

Ryan.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la mano que descansaba a la altura de su barriga y que, de pronto, sin consultar, empezó a explorar zonas bastante erógenas para Leah.

—¿Ryan? —murmuró ella y entonces él le respondió con un camino de besos que empezaban en su cuello e iban bajando por su espalda.

La piel se le erizó y no precisamente de miedo.

Leah estaba intentando luchar en contra del deseo que sentía, el dolor de cabeza y el debate en su interior sobre lo que era correcto o no hacer.

Se separó de Ryan.

—Es mejor que paremos antes de que demos el siguiente paso.

Él resopló.

—Leah —la vio a los ojos—. ¿Por qué tenemos que parar?

—Esto no está bien —Se sentó en la cama tapándose un poco con la sábana—. No dejemos que llegue a más.

Ryan rio divertido.

—Puedo ir a comprar más alcohol. Me gusta la Leah que se divierte — después hizo una pausa y la tomó de la mano besando el dorso de la misma—. Te dije que lo haríamos a tu manera y que estoy dispuesto a hacer lo que sea por ti. Me vas a dejar muy irritado por las ganas que tenía de sentirte temblar de placer mil veces gracias a mis besos y mis caricias, porque por encima de todo, respeto tu decisiones y lo haremos a tu modo.

Leah sonrió complacida.

—Mereces encontrar a alguien que de verdad te adore Ryan. Lo que hiciste anoche por mí fue muy especial de tu parte.

—Me gustó creer que era verdad lo que decías. Y me encantó la forma en la que me abrazaste. Podemos repetirlo cuando quieras.

Ella evadió la mirada.

Ryan entendió que la Leah que solo tenía ojos para Jonathan estaba ahí de regreso y que él tenía que volver a apartarse, esperaría por ella. Esa noche le encantó todo lo que ocurrió entre ellos. Sentir a Leah tan cerca de él fue un regalo que no se esperaba menos todavía esperó encontrar a su boca desesperada por ser besada y su cuerpo febril de deseo.

Seguiría esperando por ella el tiempo que fuera necesario.

# Capítulo 11

Leah pasó una semana bastante agitada. Lo agradeció en lo más profundo de su alma porque estuvo tan ocupada, tan cansada, que poco tiempo tuvo para pensar en Jonathan y eso le hacía sentirse bien.

Tres fiestas fuera del local y dos en el reservado fue lo acumulado en cansancio hasta ese día en el que ultimaban los detalles de la fiesta de Alyssa.

—¿Cómo vas con la rehabilitación? —Le preguntó Ellie mientras trabajaban en los adornos—. No te he preguntado en toda la semana.

—Bien, bien —respondió Leah—. He mejorado mucho. Ya solo faltan unas pocas sesiones y volveré a la vida normal

Hubo un corto silencio antes de que Ellie lanzara la siguiente pregunta.

—No me has contado todavía lo que ocurrió hace unos días en el restaurante al que fuiste con mi hermano.

Leah pensó cómo evadir el tema una vez más y al final, se rindió. Sabía que Ellie seguiría insistiendo hasta conseguir sacarle la información. Así que dejó a un lado lo que hacía, sirvió dos tazas de café y se sentó frente a su amiga para contarle todo lo ocurrido aquella noche.

No omitió nada. Ni siquiera la proximidad entre ella y Ryan.

—Demasiado para una sola noche —comentó Ellie después de escucharlo todo con atención.

—No he halado con Ryan desde entonces, ¿Sabes cómo se encuentra?

Ellie sonrió con ternura.

—Bien. No te preocupes por él. No dudo que Ryan te adore pero a veces creo que eres un reto para él y que confunde lo que realmente siente por ti con esa historia de que eres la mujer de su vida.

—Ojalá sea así, Ellie, porque no quiero lastimarlo y me he dado cuenta de que no siento amor por él. Atracción y deseo sí.

—Desde que eran adolescentes sienten eso el uno por el otro —cementó Ellie sarcástica y ambas rieron.

—Es verdad —afirmó Leah—. He madurado y no debo dejar que mis

instintos sexuales me dominen.

—Bueno, deberías hacerlo. A ver si de una vez te liberas de todo ese dolor y esa amargura que tienes dentro.

—No con tu hermano. Tenemos demasiada historia para seguir agregando capítulos nuevos —Leah suspiró—. He decidido darme la oportunidad de avanzar en mi vida sentimental. No he olvidado a Jonathan y no sé si alguna vez lo haré pero no puedo -ni quiero- seguir pensando en él. Creo que por fin me decido a dejar de ser esclava de mis emociones hacia él y quiero renovarme. Conocer a alguien, tener una aventura. Con eso empezaría. Sin compromisos, una aventura y ya luego se va viendo cómo avanzan las cosas.

Ellie sonrió.

—Pues mañana tienes una buena oportunidad para eso —Leah la vio con confusión—. Quizá a ti se te olvidó, a mí no. El padre de Alyssa.

—¿Qué? ¡No! Ni pensarlo. Le tengo gran cariño a esa niña y no me gustaría lastimarla.

—Mañana vas a conocer a un hombre que es viudo, que tiene una niña y suegra encantadoras y que tú les pareces perfecta para él. Así que, por favor, no lo echas a perder con tus tonterías de hacerle daño a la niña. Mañana se conocen y luego, se enredan en privado. Sin que nadie se entere. Una aventura, recuerda tu palabra.

Leah sonrió y por un momento le hizo ilusión pensar en salir con un desconocido.

\*\*\*

Al día siguiente, Ellie pasó por Leah a media tarde para ir a casa de Amelia y montar toda la decoración para la fiesta. No sería mucho trabajo porque los *teepees* eran muy fáciles de armar y el resto era colocar cojines y boas de plumas por el suelo, pequeñas luces enredadas entre las plantas cercanas para dar un aire romántico al evento y las flores de papel que colgarían de algunos puntos.

Amelia las recibió en compañía de otras dos madres invitadas al evento con sus hijas y entre todas dejaron todo listo antes de tiempo. Ellie y Leah dejaron en claro que no necesitarían ayuda, sin embargo, las mujeres se negaron y echaron una mano en todo lo que pudieron. Las niñas se mantuvieron alejadas eligiendo los juegos y la indumentaria para el evento.

Antes de que empezaran a llegar los invitados, todas estaban vestidas con sus pijamas y terminando de arreglar la mesa pequeña que la que colocaron la tarta y otros alimentos.

Alyssa veía todo con ilusión.

—Estoy tan feliz —abrazó a Ellie y a Leah—. Gracias por todo.

—No hay de qué, cariño. Hemos trabajado muy a gusto contigo y queremos que hoy te lo pases en grande.

—La verdad es que les ha quedado maravilloso —comentó la madre de Marcy que ya les solicitó una tarjeta de visita y anticipó que estaría encantada de contratarlas para planificar el cumpleaños de su hija en Nueva York.

Las chicas no pensaban en una expansión todavía aunque no debían descartarse las posibilidades.

Las niñas empezaron a llegar y enloquecían al ver todas los *teepees* alineados, llenos de mullidos cojines; las flores y el resto de cosas que las hacía soltar los bolsos que traían en el medio del salón y correr hacia el jardín en donde las recibían las demás niñas con pequeños saltos y gritos de emoción.

Leah y Ellie mantenían todo organizado y una vez que llegaron todas las niñas, empezaron con la ronda de juegos y a divertirse con las pequeñas.

Cada media hora hacían un sorteo entre las niñas de algún objeto de interés para ellas. Sortearon un *set* de manicura para niñas de su edad a quien adivinara un animal que se le ocurrió a Ellie. Más tarde, sortearon otro *set* para quien adivinara un color que pensó Amelia.

Estaban llevando a cabo tercer sorteo, las niñas intentaban adivinar el número pensado por Leah para sortear un joyero moderno cuando Ellie perdió el color del rostro.

Leah estaba de espaldas a la puerta y vio de inmediato que la mirada de Ellie estaba clavada en un punto detrás de ella.

—¡Veintidós! —exclamó Alyssa feliz.

—¡Siiiiii! —respondió Leah.

—¡Yeyyyyyy! ¡Gracias, papi! —Alyssa pasó corriendo junto a Leah que se daba la vuelta para entender el porqué de la expresión en el rostro de su amiga.

—Hola, Leah —Ahí estaba, ante ella, el hombre dueño de todo su ser. Jonathan Rodríguez le miraba con esos ojos ámbar que la descomponían. Las piernas empezaron a temblarle y a amenazar con dejar de sostenerle.

—¿Se conocen? —preguntó la niña a su padre—. ¡Abuela! ¡Leah y papá se conocen!

—Sí, pequeña, Leah y yo nos conocemos. Te acuerdas de esa chica de la que una vez te hablé a la que quise mucho antes de conocer a tu mami —la niña asintió con una linda sonrisa—. Pues, esa es Leah —Jonathan la vio a los ojos y ella no pudo soportarlo más.

—Tengo que sentarme —dijo con voz temblorosa.

—Vamos a la cocina, Leah —agregó Ellie viendo a Jonathan—. Has podido avisar que tú eras el padre de Alyssa —le dijo en voz baja.

—No sabía que ustedes organizaban esto. Lo siento.

—¿Ocurre algo? —Amelia interrumpió la escena.

—No, Amelia, todo está bien —le dijo Jonathan dándole un cariñoso beso en la mejilla—. Más que bien.

—Es solo cansancio, Amelia —Ellie agregó para restarle importancia al mal aspecto de Leah—. Vamos a la cocina y que descanse un poco.

—Pueden tomarse el tiempo que sea necesario —después se dirigió a su yerno—. ¿Te ocupas de atenderlas en la cocina, por favor? Yo me sigo encargando de las niñas.

Ellie entendió que Amelia se percató de que el repentino mal estado de Leah se debía a la sorpresa de encontrarse a Jonathan allí. Por eso le mandó con ellas a la cocina.

Leah se sentó en una silla mientras Jonathan se mantenía en silencio sacando unos vasos y sirviendo un poco de agua en ellos.

—Es necesario que hablemos, Leah.

Ella lo vio a los ojos.

—No tenemos nada de qué hablar, Jonathan. De verdad. Nada. Además, estoy trabajando y...

—Y yo te cubro, ustedes tienen que aclarar esto hoy —acotó Ellie molesta—. Ya basta de juegos y de tonterías.

Leah los vio a los dos a los ojos, los suyos se llenaron de lágrimas.

—No quiero saber nada más de nuestro pasado. ¡Estoy tan cansada de esto, Jonathan! Quiero continuar mi vida y quiero ser una nueva Leah —negó con la cabeza mientras tomaba su bolso que estaba en la mesa de la cocina—. Me voy Ellie, lo siento. No puedo con todo esto.

Ellie asintió y quería dejarlo todo por ir a consolar a su amiga. Podía intuir hacia donde iría ella y estaría bien. Estaban cerca de la casa de sus padres, un refugio seguro para Leah.

—No te vayas —le suplicó Jonathan tomándola de la mano y Leah sintió que su alma se partía en pedazos con ese contacto. Lo seguía amando como siempre—. Por favor, no te marches sin antes escucharme.

Leah sonrió de lado.

—Cada uno de nosotros siguió con su vida, Jonathan. Tienes una hija maravillosa y sales con Rita. No tienes nada qué explicarme.

—Sí lo tengo, Leah. La noche que me marché yo no... —Leah lo interrumpió colocándose de puntillas y poniéndole el dedo índice sobre los labios.

—Es el pasado. Ya nada importa de ese pasado.

Se dio media vuelta y salió de la casa.

Ellie podía escuchar los sollozos de su amiga y sintió mucha rabia de no poder estar con ella.

—Quizá ella no quiera escucharte pero yo sí y tenemos toda la noche para hablar, porque creeme, Jonathan Rodríguez, tú y yo, vamos a hablar.

\*\*\*

Ellie le explicó a Alyssa que Leah tuvo que marcharse por un problema familiar, la niña no era tonta y por ende, era difícil de engañar.

Y aunque se veía claramente que quedó decepcionada porque Leah se marchara, la presencia de su padre parecía llenarla de alegría.

Como era lógico, pensaba Ellie mientras sacaba la torta al sitio ideal para cantar cumpleaños.

Era tarde y las niñas ya estaban sin energía, cantarían cumpleaños y se acostarían a dormir, entonces ella aprovecharía la ocasión para conversar con Jonathan.

—¡Vamos chicas! ¡Llegó la hora de la torta!

Las niñas revolotearon alrededor de Ellie que le hizo un hueco a Alyssa justo frente a la tarta. Encendió la vela y le dijo al oído:

—No te olvides de pedir tu deseo antes de soplar la vela.

La niña le hizo un guiño de ojo respondiendo:

—Lo haré, como todos los años.

Cerró los ojos y mientras los demás cantaban cumpleaños, la niña se imaginó a su mami a su lado dándole un beso y se llevó una agradable sorpresa cuando en su pensamiento, su madre le dijo:

—Pídelo con todo tu corazón este año porque estoy segura de que ese

deseo, pronto va a cumplirse.

Le dio otro beso y Alyssa se sintió preparada para soplar la vela después de pedir una novia para su papi. Tal como lo hacía cada año.

Pensó en Leah y sonrió.

Su padre la abrazó muy fuerte y le dijo cuánto la amaba.

Ellie se separó un poco de la escena porque quería observar a Jonathan desde otro ángulo. Había cambiado mucho físicamente. Ahora se veía más delgado y atlético, esas gafas de pasta negra le daban un aire intelectual y ser padre se le daba muy bien. Se notaba a leguas que adoraba a su hija.

Ayudó a Amelia a servir la torta a las niñas y luego entre ella y Jonathan, las acostaron a todas en los respectivos *teepes*; recogieron todo el desastre de comida, juguetes y demás que dejaron las niñas antes de irse a la cama.

La actividad la llevaron a cabo en completo silencio porque Amelia iba y venía ayudándoles a llevar algunas cosas a la cocina.

—Esto es un detalle hermoso para la fiesta —le dijo Jonathan viendo el portarretrato con la foto de su hija y su fallecida esposa en la mesa de la celebración—. Pensé en hacerlo el año pasado...

—Necesitaba tiempo para su hija —interrumpió Amelia—. Porque siempre tenía una emergencia que atender, por eso decidió regresar a Arlington —Le dio una palmada cariñosa a su yerno en una mejilla—. Es un buen hombre —vio a Ellie—. Es una pena que Leah no haya podido quedarse.

Ambos se vieron a los ojos y Jonathan abrazó a Amelia. Ella pareció entenderle como si se tratara de su madre.

—¡Oh! ¿Es ella? ¿Leah es la chica de la que me hablaste hace tiempo? —Jonathan asintió con la cabeza—. Espero que pueda entender tu posición.

—Yo también —respondió Jonathan viendo a Ellie—. Ellie y yo debemos hablar, ¿te importaría si nos instalamos en la cocina?

—Por favor, no faltaba más. Estás en tu casa, cariño —le dijo a él y luego se dirigió a Ellie—. De haber sabido que Leah era la chica de la que Benjamin me habló, lo habría anunciado antes y no habría motivado a mi nieta para que Leah conociera a Ben en plan de amor... ya sabes.

Jonathan se frotó los ojos y Ellie sonrió

—Lo sé, no te preocupes. Y se lo diré a Leah también.

—Gracias por eso y por todo. La fiesta ha sido estupenda.

Se dieron un abrazo y luego los dejó a solas.

Jonathan tomó la foto y se quedó observándola.



—Cristal era una gran mujer. Llegamos a compenetrarnos por nuestras tristezas. Su enfermedad, mis problemas emocionales... —vio a Ellie y dejó el portarretrato en su lugar—. Teníamos una conexión muy extraña y nos sentíamos a gusto con eso. Yo creo que ella si llegó a amarme en profundidad —Jonathan vio a Ellie a los ojos—. Yo no. Por lo menos no como amé —se corrigió de inmediato—, como amo a Leah.

Ellie negó con la cabeza.

—Lo siento. Lo de Cristal.

—Yo también. Se merecía estar junto a su hija y verla crecer.

—Tu hija es maravillosa.

—Lo sé —sonrió con orgullo—. Siento que mi suegra y ella planificaran una cita a ciego con nosotros.

Ellie sonrió divertida.

—Yo también participé en eso. Así que no te disculpes. De haber sabido que eras tú el padre de Alyssa puedes estar seguro que habría hecho una cita en una fosa del cementerio porque tengo unas ganas profundas de matarte. Eso sí, después de que me expliques por qué demonios abandonaste a mi mejor amiga haciéndola sufrir no te imaginas cuánto y también quiero saber qué tontería es esa de que ahora te llamas Benjamin Walker.

\*\*\*

Ellie miraba fijamente a Jonathan.

Jonathan le dio un largo sorbo a su cerveza y luego suspiró.

No sabía por dónde empezar, aunque la lógica apuntaba a la peor noche de su vida. Empezó a narrar todo tal como ocurrió.

Cada ciudad en la que vivió, cada nueva identidad, cada angustia por saber que su familia corría peligro y también, le contó cada lágrima que derramó por no poder contactar a Leah en todo ese tiempo.

Cómo mejoró su vida junto a Cristal y cómo cambió cuando le pusieron en los brazos por primera vez, a ese pedacito de carne al que llamaron Alyssa.

—¿Por qué regresaste a Arlington?

—Porque nunca quise irme de aquí, Ellie —hizo una pausa—. Tenía que salir de Nueva York por el bien de mi hija a la cual casi ni veía por estar siempre entre una urgencia y otra, eso me motivó a dar el paso de regresar a Arlington. Es el lugar en el que tengo los mejores recuerdos de mi vida.

Quiero recuperar la casa de mis padres —bufó—. ¿Sabes que fue allí en donde le di el primer beso a Leah? —Ellie asintió con la cabeza—. Después de una cena en la que mi madre quedó tan enamorada de Leah como lo estaba yo. Ella también sufrió de solo pensar el mal que le ocasionamos a Leah y de ver como ahogaba mi tristeza en el alcohol. Quien la pasó peor, fue mi padre. Todavía se culpa de mi desdicha amorosa —hizo una pausa y bebió un sorbo de su cerveza—. Sopesé mucho la idea de regresar a Arlington porque sabía las consecuencias que podía traer consigo mi traslado —suspiró—. Regresar y encontrarme con Leah no iba a ser fácil, sin embargo, debía afrontar la realidad y aprovechar a ser feliz con lo único que tengo para serlo: mi hija. No puedo negar que también quería verla de nuevo y saber de ella. Vigilar por la felicidad que yo no pude darle.

—¿No se te ocurrió ponerte en contacto con ella? ¿Explicarle las cosas? ¿O pensabas dejarlo pasar y esperar a encontrarla en la calle tal como les pasó?

—La llamé a casa de sus padres antes de venir a Arlington. Me negaron el acceso a ella y no los culpo. Dijeron que Leah había superado todo y que era innecesario remover un pasado de mucho dolor para ella —sonrió de lado—. También me dijeron unos insultos que encajaban bastante bien dentro de la situación.

—Estoy segura que aun Leah no sabe nada de esa llamada y no está nada bien que se lo hayan ocultado.

—Ya da igual, ellos tienen razón. Si Leah es feliz y superó el mal que le causé ¿para qué revivirlo? —Lo que Jonathan no sabía era que para nadie era un secreto que Leah aun sufría por él y no era feliz con ningún otro hombre. Ellie prefirió no darle más detalles a Jonathan de eso. Le correspondía solo a Leah hablar de sus verdaderos sentimientos—. Para mí nada de esto fue fácil, Ellie, me pusieron entre la espada y la pared y los agentes de seguridad fueron totalmente honestos conmigo. Si me quedaba, no solo mi familia corría peligro, Leah también si la seguía manteniendo a mi lado —Sus ojos enrojecieron—. ¿Crees que me hace feliz saber que me odia? ¿Crees que quería largarme como lo habría hecho un maldito cobarde? ¡Con un demonio, Ellie! Tú y yo fuimos buenos amigos y me conoces, sabes que no soy esa clase de hombre.

Ellie asintió.

—Lo sé. Y siempre mantuve la esperanza de que tuvieras una explicación para tu actitud y la de toda tu familia. Todo fue demasiado extraño

y no llegamos a imaginarnos que podía deberse al trabajo de tu padre.

—No la lastimé porque quise. Me encontré de pronto entre la espada y la pared y tuve que sacrificar nuestra felicidad. Sé que mi regreso la ha hecho seguir sufriendo. Pero soportaba estar más en un sitio al que no pertenecía. No te imaginas, Ellie, la rabia de pensar en que Leah continuara con su vida y me la encontrara en el supermercado haciendo la compra para su marido y algunos hijos. Marido que ni era yo, ni eran mis hijos. Esa mujer es la dueña de cada célula de mi organismo, da igual si pasan mil años, si cada uno hace su vida como le da la gana, nunca voy a poder sacarla de mi cabeza y menos de mi corazón.

Ellie no pudo evitar el sarcasmo.

—¿Y qué me dices de Rita?

Jonathan volvió los ojos al cielo.

—Ya no sé cómo diablos explicarle que no somos nada. Que ella está confundiéndolo todo. Nos encontramos trabajando en el mismo hospital, cosa que no me imaginé de Rita, si te soy sincero —Ellie entendió a lo que se refería porque con el pasado de la chica, ella tampoco habría imaginado que acabaría siendo enfermera—. Y bueno, ver una cara familiar, después de tantos años, me hizo bien. Salimos un par de veces y en la tercera cita, fue cuando la dejé en su casa y me besó.

—Yo no te vi nada disgustado con su gesto.

Él sonrió con picardía.

—Tú no cambias, Ellie —negó con la cabeza—. Me zafé de ella como pude y para cuando lo hice, fue muy tarde.

—Dale gracias a tu ángel de la guarda de que te salvé de la paliza de Isaac porque en realidad sigo pensando que te la merecías.

—Sí que me la merezco, de todas maneras, ningún golpe físico podría compararse con el dolor de saber que Leah siguió con su vida —suspiró abatido—. Aunque no lo parezca, me alegro por eso. Sé que seguirá llena de dudas sobre lo que ocurrió y respeto su decisión de no hablar más conmigo. En su lugar, yo actuaría igual. Lo único que quiero es que sea feliz y tengo entendido que tu hermano es quien se está encargando de hacerla muy feliz. Prefiero eso a saber que la pobre haya parado toda su existencia hasta que yo regresara.

Ellie lo vio con dureza a los ojos.

—De verdad que ustedes los hombres son unos cretinos —levantó un poco la voz y tuvo que respirar profundo para calmarse—. ¿No te das cuenta?

Leah no tiene ojos para otro hombre que no seas tú, idiota. Desde que te fuiste no ha salido con nadie más y la historia de que es feliz con mi hermano es pura historia. Sí, mi hermano intenta conquistarla, Leah no lo va a aceptar ni a él ni a ningún otro porque te ama a ti. El problema es que Leah está hundida en un ciclo desde que tú te largaste —Le explicó cómo funcionaba dicho ciclo—. Ahora está en la etapa de la rabia y más, después de haberte visto con Rita —Ellie negó con la cabeza—. Va a ser muy difícil que te deje conversar con ella en persona. Y si la conozco bien, debes estar pensando en mudarse de nuevo.

Jonathan la vio sin entender lo que decía.

—¿Alyssa no te ha hablado de la vecina a la que Milo visita con frecuencia?

Jonathan abrió los ojos por la sorpresa.

—Exacto, la vida es tan cruel, que los trajo de nuevo a Arlington y los puso a vivir en el mismo edificio. Uno encima del otro —bufó y se frotó los ojos mientras veía divertida la expresión de sorpresa pintada en el rostro de su viejo amigo—. Yo digo que es cruel, pero no puede estar más claro que ustedes tienen que estar juntos porque es su destino —Ellie suspiró—. Así que vamos a idear un buen plan para que Leah te deje explicar todo lo ocurrido.

\*\*\*

Leah no pudo conciliar el sueño en toda la noche. No dejaba de aparecer en su cabeza la imagen de Jonathan detrás de ella anunciando el número que pensó para el sorteo que realizaba con las niñas.

El 22 fue el día en el que se conocieron y el día en el que Jonathan le pidió matrimonio.

La presión en el pecho no la abandonaba. Salió de casa de Amelia directo a casa de sus padres que vivían en la misma urbanización.

Sus padres se sorprendieron al verla entrar en casa y además, en pijama. Ella no tardó en acurrucarse en los brazos de su padre y contar todo lo que ocurrió. No sabía cómo diablos sentirse y eso la ponía peor.

Era una lucha interior que la estaba matando. Quería darle la oportunidad de hablar a Jonathan, por otro lado, su orgullo no se lo permitía.

Sí era cierto, que quería acabar con aquel infierno de una vez y estaba decidida a hacerlo. El primer paso sería una nueva mudanza. No soportaba saber que en el apartamento encima al de ella vivía él. «Que coincidencia tan abominable por parte del destino» pensó su mitad orgullosa y su contra parte,

pensó en que la coincidencia era una señal de que ellos estaban destinados el uno para el otro.

Estaba cansada de llorar. Un tercio de su vida lo pasó entre lágrimas y empezaba a sentir que era hora de cambiar la situación. Salió del baño y fue a la cocina para preparar café. Luego salió a recoger la correspondencia, prepararía el desayuno y aunque no tenía apetito, comería algo para después llamar a Ellie y regresar a casa de Amelia. Ayudaría a recoger las cosas de la fiesta. Sin importar que Jonathan estuviese allí o no. Era el momento de enfrentar que vivían en el mismo sitio de nuevo y que cada uno llevaba una vida diferente.

Tenía que adaptarse a esa idea.

Al abrir el buzón se sorprendió al ver un único sobre blanco con su nombre escrito encima. Esa letra la reconocería toda la vida.

Las manos empezaron a temblarle. Vio a los lados, la calle estaba desierta a esa hora en la que el sol apenas se asomaba en el horizonte.

Cogió el sobre y entró en casa.

Se sirvió una taza de café y se sentó frente al sobre.

Si quería empezar a cambiar su futuro debía abrirlo, dejar que Jonathan se explique y luego intentar continuar con su vida dejando a un lado las tristezas y las lágrimas.

*Leah:*

*Ayer cuando entré en casa de Amelia y te vi jugando con mi hija y sus amigas no supe cómo diablos sentirme. Por un momento sentí que entraba en una dimensión que me imaginé miles de veces en las que yo llegaba a casa cansado del trabajo y te encontraba jugando con nuestros hijos.*

*El 22. ¿Todavía significa una fecha importante para ti? Para mí sí. Ellie y yo hemos estado conversando toda la noche. No pienses que es una traidora. Es la mejor amiga que podemos tener.*

*Ahora me odias, lo sé, y no te culpo por ello, yo también me odio a mí mismo por haberte abandonado, no tuve muchas opciones.*

*Mi padre estaba trabajando de infiltrado junto con un agente federal al cual descubrieron y lo asesinaron. Antes de que le ocurriera lo mismo a mi padre, su jefe y el equipo de federales que trabajaban en conjunto, lo sacaron de la misión agregándolo a él y toda su familia en el sistema de protección de testigos.*

*Dejamos de existir como la familia Rodríguez para convertirnos en*

*los Walker.*

*Todavía recuerdo aquella noche cómo entré en pánico al descubrir, ya cuando estábamos muy lejos de casa, que no podría volver a verte hasta que cogieran al jefe de la mafia que perseguían.*

*Suponían que todo acabaría en un año o un poco más y mientras tanto, fuimos reubicados en la costa oeste del país. Quise hacer todo lo posible por llegar a ti sin que mi familia se viera afectada por ello, pero cualquier camino que tomaba, me llevaba al mismo punto en el que debía dejarlo todo, para proteger a mi padre, al resto de la familia e incluso a ti. Si nos descubrían podían usarte como carnada y hacerte cosas terribles para atraer a mi padre. No podía permitir que nada te ocurriera. Y aunque la vida sin ti era un infierno, me consolaba saber que estabas viva y que te sobrepondrías pronto a mi abandono y continuarías tu vida.*

*Me preguntaba cada día si valía la pena todo lo que hacíamos por salvar nuestras vidas.*

*No pudimos volver a ser la misma familia alegre y feliz que fuimos en Arlington. Los años pasaron y nuestra vida, la verdadera, se mantuvo congelada por mucho tiempo. Era horrible la incertidumbre del futuro familiar. Peor aún era ese dolor que me taladraba en el pecho todas las noches cuando la oscuridad cubría nuestra casa y debía cerrar los ojos para concebir un sueño que tardó muchos años en llegar. Solo podía ver tu rostro que me reconfortaba y al mismo tiempo, me rompía el alma porque eso fue lo único que me quedó de ti: tu recuerdo.*

*Momentos que no olvidaré a tu lado, como el último beso que nos dimos aquel domingo antes de mi repentina partida. ¿Lo recuerdas? Estábamos solos en el parque, tumbados en el césped, disfrutando de su frescura con el clima que empezaba a hacerse cada vez más pesado y no aguantamos la tentación de besarnos ahí. Puedo sentirlo todavía vibrar en mis labios porque fue un beso dulce. Un beso que parecía augurar una despedida.*

*Qué ironía de la vida ¿no?*

*Cuánto lamenté nuestra separación. Cuánto dolor sentí ahogándome día tras día. Me mantenía a flote la esperanza de que al cabo de dos años pudiera tenerte entre mis brazos; el tiempo siguió pasando y cada vez te veía más lejos de mí.*

*Cuando pasó el tiempo suficiente para entender que tal vez me habías olvidado, solicité una reubicación en Nueva York. Vivíamos en Miami*

*entonces, y allí todavía siguen mis padres. No pude acostumbrarme a la otra mitad del país y aunque en el sur nos fue mucho mejor, no me sentía completo.*

*Pensaba que era un asunto de lugares. No me daba cuenta de que no me sentiría completo en ningún lado porque simplemente no te tenía a ti. Ninguna ciudad en el mundo podría hacerme sentir seguro y feliz porque eso solo lo tenía en tus brazos y aunque no podía volver a Arlington -el gobierno aún no lo permitía-, Nueva York era lo más que me podía acercar a ti. Me consolaba de alguna manera el pensar que estábamos cerca aunque inalcanzables.*

*Antes de mi mudanza de Nueva York a Arlington llamé a casa de tus padres porque quería explicar todo lo sucedido. Sobre todo, a ti. Tu madre me negó el acceso explicándome que eras una mujer feliz y que lo único que haría mi aparición sería remover un pasado que te causó más dolor del que yo podía imaginar. Entendí a tu madre, te protegía tal como hizo mi padre con su familia.*

*No los juzgues aunque sé que ahora estarás muy molesta con ellos. Ellie me aconsejó escribirte esta carta y ella misma se encargaría de hacerte saber que te la dejé en el buzón de tus padres en donde asegura que te quedaste anoche.*

*Entiendo si no quieres perdonarme por el dolor que te causé, yo solo quería explicar por qué actué como actué.*

*Ellie también me explicó que entre Ryan y tú no hay nada. Que sentiste celos de Rita.*

*Mi Leah, mi hermosa Leah, entre Rita y yo solo hay mucha confusión por su parte.*

*Mi corazón solo te pertenece a ti.*

*Para mí, siempre serás mi Leah. Esa encantadora mujer que me descompuso con su sonrisa el día que chocamos en la universidad. No pretendo que ahora, después de tantos años, regreses a mí como si nada. Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para ganarme tu confianza de nuevo.*

*Eres lo único que me hace falta en la vida para ser completamente feliz.*

*Concédeme una cena, por favor.*

*Te sigo amando como el primer día.*

*J.*

\*\*\*

A Leah le temblaban las manos.

—¿Qué pasa, hija?

Stella Simmons que acababa de entrar en la cocina seguida de su marido veía a Leah con total angustia.

—¿Esto es verdad, mamá? ¿Jonathan llamó alguna vez y habló contigo? Stella perdió el color del rostro.

Isaac, el padre de Leah, se apoyó en el umbral de la puerta con cara de arrepentimiento.

Leah lo vio sorprendida. Ambos lo sabían. No tenía la menor idea de cómo diablos sentirse porque tenía demasiado en su interior. Era como si hubiesen despertado a una tormenta. No cualquier tormenta, no. La peor tormenta de la historia de la humanidad se estaba empezando a crear en el interior de Leah.

—¿Le dijiste que era feliz? —Leah le preguntó a su madre con duda—. ¿Te parecía que yo era feliz, mamá?

—Lo hice por protegerte, Leah. Qué sé yo con qué intenciones venía Jonathan después de lo que te hizo. ¿Tienes idea de lo que sentimos nosotros al verte cada vez peor por la tristeza que te consumía?

Leah empezó a negar con la cabeza de forma frenética.

—Cariño, no lo hicimos por mal. Eres y siempre serás nuestra niña y has sufrido mucho por el abandono de Jonathan. ¿Para qué aparecía después de tantos años? ¿Para decirte que iba a tener una relación con Rita? —interrumpió a su padre con la mano.

—Ya, papá. No digas más. No hay justificación alguna para esto que han hecho.

—Tienes razón —afirmó el hombre—. No hemos debido pero somos tus padres y estamos en la obligación de protegerte —suspiró derrotado—. Hija, si crees que tu felicidad es a su lado y todavía están a tiempo de ser felices, por favor, no esperes más. Ya has sufrido demasiado y si bien es cierto que quiero darle un par de puñetazos a Jonathan para descargar mi rabia por hacerte sufrir, también debo reconocer que ambos siguen amándose. Me lo ratificaste ayer con todo lo que nos contaste sobre las veces que te ha llamado para explicarte sus motivos de haberse largado en la forma en la que lo hizo; los celos que dices haber visto en sus ojos cuando le dijiste que ibas a casarte con Ryan. El simple hecho de recordar una fecha tan importante para ambos y



suponer que ese era el número que estabas sorteando. Hija, ¿es que no lo ves? Dale la oportunidad de explicarse en persona y sobre todo, date la oportunidad a ti misma de saber si quieres volver a él o no porque tal vez, solo tienes la necesidad de una confesión y luego tu amor por él se esfuma. Hay veces que con solo conocer la verdad de un hecho que nos atormenta nuestros sentimientos se calman o cambian sorprendiéndonos y haciéndonos ver que estábamos equivocados.

Leah se negó a aceptar esa reflexión.

Aceptó el abrazo de sus padres a pesar de estar muy molesta con ambos y salió de ahí decidida a enfrentarse a todo lo que Jonathan tenía que decirle.

# Capítulo 12

“¿Estas todavía en casa de Amelia?” Leah le escribió un mensaje de texto a Ellie.

“Sí. Tenemos café y tortitas dulces. Las niñas ya se fueron felices, yo estoy agotada y si te interesa saber Jonathan se fue a casa, solo. Alyssa está aquí y seguirá estándolo durante el fin de semana.”

Leah cambió de dirección. Iría a su casa, se cambiaría y subiría a hablar con Jonathan.

“¿Quieres un consejo?” preguntó Ellie.

“No” respondió ella.

“Yo te lo voy a dar igual: Dale una oportunidad. ¡Deja de huir de él! Y ve a su casa.”

“Estoy en camino” respondió sonriendo imaginándose la respuesta de Ellie que no se hizo esperar.

Aparecieron varios emoticones con corazones en vez de ojos.

Leah pensó mucho durante el camino, los nervios iban a acabar con ella en cualquier momento.

Quería caminar más de prisa de lo que sus piernas le permitían, y a la vez, pensar en cómo actuaría una vez que estuviera ante Jonathan decidida a no huir de su presencia. Ni a desmayarse tampoco.

Respiró profundo, sentía que de los nervios, el aire no abastecía a sus pulmones.

El trayecto a su casa no era largo y al paso que ella decidió ir redujo el tiempo a la mitad, con suerte, no le ocurrió ningún accidente las dos veces que cruzó la calle estando el semáforo en rojo para ella. Se enteró de que se estaba saltando la señal de tránsito cuando un coche sonó la bocina justo a su lado y el conductor soltó varios improperios refiriéndose a ella. Intentó poner más atención en la vía mientras caminaba pero le resultaba imposible concentrarse.

¿Qué iba a decirle a Jonathan?

¿Qué iba a ponerse para visitarle en su casa? ¿La estaría esperando?  
¿No tendría que avisarle antes de ir?

Mejor le mandaba un mensaje diciéndole que sí, que irían a cenar y así no se presentaba en su casa sin avisar.

Leah pensó tanto que ni cuenta se dio de cuando llegó a casa, se metió en la ducha, salió, se vistió con lo primero que encontró y solo cuando pulsó el timbre de la casa de Jonathan y escuchó a Milo ladrar como loco, fue cuando cayó en la cuenta de todo lo que hizo sin estar consciente.

Nadie abrió la puerta y Milo parecía querer desgarrarla por el otro lado.

—Tranquilo bonito, soy yo.

La puerta se abrió y las piernas empezaron a temblarle. Ante ella estaba Jonathan viéndola con ojos risueños y una sonrisa de felicidad pintada en el rostro.

La abrazó levantándola como una pluma del suelo y ella se aferró a su cuello como si su vida dependiera de ello.

Ambos se dejaron llevar por sus sentimientos.

Leah, su Leah estaba ahí, entre sus brazos y no pensaba dejarla ir, pensaba Jonathan.

Hundió su rostro en el cuello de ella e hizo una fuerte inspiración. Ese olor que tanto lo enloquecía seguía allí, esperando para cautivarlo, para seducirlo.

Sintió las lágrimas de ella mojar su cuello, la sintió tan frágil, tan indefensa que la pegó más a él como si intentara protegerla de algún mal. Ya el mal no existía entre ellos. Se estaban reencontrando y solo podían llorar de felicidad, pensó.

Intentó separarse de ella un poco y solo consiguió que Leah le rodeara la cintura con sus piernas. Sonrió con dulzura y recordó la forma en la que el cuerpo de esa mujer se adaptaba con tanta facilidad al suyo. Podía dejar de sostenerle con sus brazos porque ella se aferraba a él tan fuerte que era imposible que se cayera al suelo.

Empezó a reír con una mezcla de nervios y felicidad que hizo que Leah lo imitara. Fue entonces cuando ella se apartó un poco y él aprovechó para sentarse en el sofá con ella a horcajadas.

Estaban ahí, frente a frente, después de tantos años.

Le acarició una mejilla y le apartó un poco el cabello del rostro. Seguía tan hermosa como la había dejado. Más mujer, con el cabello corto,

con un poco más de peso y tan hermosa como siempre.

Milo meneaba la cola de alegría al verlos. Fue incapaz de moverse del lado de Leah.

Ella lo vio a los ojos, sus hermosos labios no paraban de temblar por el llanto que fluía sin control desde su interior. Le tocó el rostro y ese contacto hizo que Jonathan se acercara a ella hasta rozar sus labios y sentir esa corriente que le atravesaba el cuerpo cada vez que se daban un beso.

Ella cerró los ojos para sentirlo.

Estaba ahí, no era una ilusión ni un sueño producto de sus tristezas. No. Era su Jonathan, sus labios, sus besos.

—Lo siento tanto, cariño —dijo después de darle un beso tímido en los labios y la llenó de besos en el cuello. Reconoció a su Leah en esos ojos café intenso que lo seguían viendo como si se tratara de una aparición. Reconoció sus sentimientos. No le hacía falta palabras para entenderla. Leah todavía lo amaba. Su corazón dio un vuelco al pensar en eso—. Lo siento, Leah. Lo siento —Rompió a llorar como un niño mientras ella se aferraba a él para no dejarlo escapar otra vez.

Leah lloraba sin control también.

—No llores más, por favor. No más, Leah —le dijo entre sollozos y con esperanza—. Tenemos todo el tiempo del mundo por delante para reencontrarnos; explicarte todo lo que quieras saber —hizo una pausa mientras le secaba las lágrimas a su adorada Leah—, quiero decirte tantas cosas, Leah. Voy a compensar todo ese tiempo que te lastimé, lo prometo.

—Shhh —ella se recostó en su hombro y él hizo silencio—. Vamos a disfrutar primero de este momento.

Milo se echó junto a ellos y así permanecieron durante un buen rato.

\*\*\*

La sensación era indescriptible.

Leah por fin podía sentirse tranquila. Estaba en los brazos del hombre que amaba. Sus brazos eran el lugar más seguro del mundo para ella y por fin dejó de sentir ese extraño vacío que la perseguía a todos lados.

Ahora su vida parecía proyectarse de otra manera. Jonathan estaba allí, con ella, y no tenía intenciones de huir a ningún lado. No tenía intenciones de dejarla. Podía escuchar los latidos de su corazón, se acomodó un poco mejor para que su cabeza estuviera a la altura del pecho de él y así poder sentir el

latir de ese corazón que aun la amaba.

—Deberíamos enviarle nuestra historia a una escritora de romance. Estoy seguro que sería todo un *bestseller* —comentó Leah divertida. Se sentía tan bien hacer un chiste sobre el amor.

Una carcajada salió de la boca de Jonathan y se acomodó para que su cabeza y la de ella quedaran a la misma altura.

Era tan hermosa.

Tan dulce, tan suya. Acarició su rostro y ella copió sus movimientos.

Cuánto extrañó aquel rostro, sus caricias y esos ojos que la veían como si fuera la diosa del amor y la sensualidad. Se preguntó cómo pudo sobrevivir sin él.

Él se hizo la misma pregunta porque no acababa de entender cómo continuó su vida sin tenerla a su lado.

Le besó la punta de la nariz como solía hacerlo hacía tanto tiempo. Ella lo seguía recordando como el gesto más tierno del universo.

—Te extrañé tanto —Leah lo veía como si fuera un espejismo—. Quiero saberlo todo Jonathan. Todo. Desde el principio. Sin resumen, sin pausas.

El la vio a los ojos con esa mirada intensa y profunda de la que seguía siendo dueño. La misma mirada que enloquecía los sentidos de Leah porque sabía lo que se le pasaba por la cabeza y a pesar de que no quería dejar pasar un minuto más aquella explicación que él tanto tenía que darle, decidió posponerla cuando sintió su vientre contraerse con esa mirada de Jonathan.

Parpadeó un par de veces antes de ver la boca de él y acercarse un poco más.

Él la apretó contra sí y la fue besando con delicadeza en el rostro hasta que llegó a su boca. Allí estaban esos labios carnosos, delicados, esperándolo, dejando escapar suspiros de excitación que lo enloquecían más.

Jonathan quería arrancarle la ropa de un tirón pero estaba claro que no debía hacerlo de esa manera, no después de tanto tiempo sin amarla, sin tocarla, sin disfrutarla. Entre ellos tenía que existir lentitud, calma y éxtasis en ese momento en el que estaban redescubriéndose. Ella estaba nerviosa, tan nerviosa como la primera vez que estuvieron juntos.

Su boca respondió al contacto de sus labios entreabriéndose y permitiéndole la entrada. Leah se sintió flotar en ese húmedo beso en el que sus lenguas danzaban deliciosamente reconociéndose de nuevo. Agradecía la falta de prisa de Jonathan porque necesitaba mucha calma en todo el proceso,

quería disfrutar de cada beso y cada caricia. Necesitaba darse cuenta de que todo lo que estaba ocurriendo no era solo una mala broma de su imaginación.

Jonathan mantuvo sus brazos alrededor de la cintura de Leah tan perfecta como siempre. Con esas curvas tentadoras por las cuales le encantaba perderse. La besó todo lo que quiso. La besó hasta que ella dejó escapar un gemido. Sonrió en su interior de dicha porque sabía que podía continuar moviéndose. Esa era la señal de que Leah estaba mucho más que excitada.

Tenía los labios hinchados y enrojecidos y eso le pareció tan provocativo a Jonathan que decidió disfrutar un poco más de ese espacio de su cuerpo. Cuando ella empezó a balancear sus caderas pasó una pierna por encima de las suyas para generar fricción en su zona más sensible y empezó a recorrer con sus manos el cuerpo de Leah.

Levantó la camiseta con delicadeza para descubrir que el diminuto pecho de su chica se encontraba deseoso de recibir caricias por su parte. Ella arqueó la espalda y él tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no acelerar las cosas y hacerla suya en ese instante.

Leah estaba disfrutando al máximo aquel momento. Por la respiración profunda y marcada de Jonathan, sabía que él estaba haciendo un esfuerzo descomunal para no perder el control y romper con la pausa y las caricias deliciosas que le estaba dando. Enredó sus manos en el cabello de él mientras le lamía con delicadeza cada uno de sus pezones.

Leah quería más porque se sentía a punto de colapsar.

Fue entonces cuando él bajó hacia la zona más sensible de Leah. La despojó al completo de su ropa y subió de nuevo para enrojecer sus labios todavía hinchados. Ella ahogó los gemidos en su garganta mientras sus lenguas se unían en una danza mágica.

Las manos de Jonathan recorrieron todos los rincones de Leah. Incluso los que ella olvidó que existían y en los que las caricias de Jonathan resultaban más excitantes que cuando la tocaba en su intimidad.

Arqueó la espalda. Estaba muy excitada y sabía que en cualquier momento estallaría.

Él sonrió.

La vio a los ojos.

La besó de nuevo y sintió como el beso cambió.

Fue más agresivo, más invasivo.

Leah gimió y levantó las caderas. Entonces él empezó a recorrer con su boca todo su cuerpo. Ella gemía más. Él se deshizo de su ropa.

—Necesito hacerte mía, ya.

Ella respondió abriendo las piernas para darle la bienvenida.

Jonathan gruñó en cuanto entró en ella. Tan cálida, tan húmeda. Se quedó inmóvil durante un par de minutos, tenía que sentirla al completo.

La besó nuevamente.

Y dejando fluir el instinto empezó a salir y entrar de ella hasta que ambos se dejaron llevar por múltiples espasmos de placer.

\*\*\*

Cundo Leah recobró la consciencia, abrió los ojos con pesadez y sintió una punzada en el estómago.

—Creo que me muero de hambre —dijo con la voz ronca. Se sentía agotada pero amada hasta la saciedad, si es que podía existir la saciedad para ellos en ese reencuentro, claro estaba.

No obtuvo respuesta y entonces alargó el brazo en la cama para encontrar a Jonathan. No estaba.

Leah se levantó de golpe y se enrolló la sábana en el cuerpo. Salió de la habitación y lo encontró preparando comida.

Se acercó a ella y la besó.

Llevaba puesto pantalones cortos de deporte y una camiseta negra. La noche anterior no lo vio porque estaba ocupada en otras cosas. En una de las muñecas de Jonathan, en la parte interior, llevaba tatuado el número 22 en números romanos.

El corazón de Leah se encogió al recordar la tristeza por la que tuvieron que pasar ambos.

Lo abrazó por la espalda y él se giró para besarla de nuevo.

—Necesitamos comer para reponer energías. No me distraigas de mi misión, por favor, que soy un terrible cocinero.

Ella sonrió. Estaba sonriendo.

—Todo esto me parece mentira.

—Pues es muy cierto, después puedo demostrarte qué tan cierto es. Qué tal si vas a vestirme y luego comemos, ya casi está listo.

—Voy a mi casa a buscar ropa.

—Ni pensarlo, no sales de aquí —le sonrió—. Ellie nos ha hecho el favor de traer ropa.

«¡Oh dios!» pensó, conociendo a Ellie el contenido del bolso era

erótico.

Después de una reconfortante ducha, abrió el bolso que su amiga preparó para ella y se sorprendió al darse cuenta de que había ropa cómoda de algodón. De esa con la que te pasas todo el domingo porque no pretendes salir de casa.

Artículos personales y una nota:

“Me debes un almuerzo en plan «solo chicas» y de todo corazón, me alegro que una de las dos ya sea feliz. Te quiero”

Sonrió. Ellie siempre al pendiente de ella. Ojalá que pronto encontrara también alguien que le correspondiera porque ella tampoco había sido afortunada en el amor.

Cuando entró de nuevo en la cocina, Jonathan la sorprendió con un plato de Mac&Cheese casero y vino.

Se sentaron a la mesa y durante un rato se mantuvieron en silencio. Saciar el hambre era la prioridad en aquel momento.

Después de tomar un sorbo de su vino, Jonathan la vio a los ojos.

—La noche en la que desaparecimos —empezó a narrar—, mi padre llegó a casa dando la orden directa de que debíamos recoger solo lo más importante y salir de ahí cuanto antes porque todos corríamos un grave peligro. Advirtió que en ese momento no daría ninguna explicación porque no había tiempo que perder. Estaba nervioso, mi madre y él se hablaban en secreto y sí, aunque ya era un hombre capaz de plantarle la cara y decirle que no me movía de ahí hasta que me diera una buena explicación, no lo hice. Su semblante reflejaba tanto miedo que no me atreví a contrariarlo. Afuera de casa nos esperaba un coche completamente negro. Cuando nos subimos y vi a los alguaciles de los que tanto hablaba mi padre cuando ponían a algún testigo dentro del sistema de protección permanente, supe que nuestra vida cambiaría.

Leah dejó de comer pensando en ese momento tan terrible que vivieron ambos.

—De inmediato le pregunté cuánto tiempo sería —Jonathan continuó contando la historia—. Al verle la tristeza en los ojos supe que no iba a verte más. Estuve varios días sin hablarle a mi padre. Tenía rabia, quería irme de allí y avisarte de alguna manera. No me lo permitieron. Después de una conversación muy tensa entre un agente federal, el alguacil y yo, entendí que hasta que ellos así lo decidieran, no podíamos hacer otra cosa que seguir sus órdenes para proteger la vida de mi padre que era el que mayor peligro corría.

Leah lo tomó de la mano y él tiró de su brazo para que ella se sentara



en su regazo. Lo hizo y él la besó con delicadeza en los labios.

—Fue un infierno, Leah. Estaba entre la espada y la pared —le temblaba la voz, le costaba controlar aquel sentimiento—. Por un lado mi padre podía morir y por el otro, estabas tú que eras la mujer de mi vida.

Ella le sonrió con dulzura.

—¡Oh! ¿Era? —dijo con divertido sarcasmo.

Jonathan sonrió y le agradeció la broma porque estaba a punto de echarse a llorar como nunca antes lo había hecho en su vida.

—Tuvo que haber sido terrible para ti enterarte de forma tan violenta de mi partida.

—Lo fue. No quiero volver a recordarlo, ahora estás aquí, conmigo y es lo que cuenta. Voy a preparar café y mientras tanto, quiero que me cuentes todo lo que viviste después.

Él asintió y así hicieron.

Jonathan se dedicó a darle detalles de cada casa, cada ciudad en la que vivió, cada trabajo que tuvo que cambiar y cada paso que debía dar según aconsejaban los federales.

Al ser su padre un policía infiltrado en un caso de drogas muy gordo en Boston, tenían especial cuidado con él y su familia. Jonathan no sabía muchos detalles de aquella operación y por eso no pudo extenderse en la historia que le contaba a Leah, todavía después de tantos años, su padre seguía evadiendo el tema de esa misión que les costó tanto sacrificio a todos, en especial a él.

—¿Y ellos cómo se encuentran ahora? —preguntó con interés Leah. Estaban sentados en el salón con las tazas de café.

—Están bien. Aunque mi padre siempre se sentirá perseguido y no dejará de culparse por todo lo que sufrí —suspiró recordando los peores momentos por los que pasó durante la separación—. Agradecí haber encontrado a Cristal. Era una buena mujer y llegué a quererla —sonrió recordándola—. Se conformaba con lo que yo le daba como amor. No la engañé, Leah, siempre le dije que tu serías la única mujer a la que amaría con todas mis fuerzas y sin embargo, ella me aceptó así. Su compañía fue un gran apoyo para mí y llegué a acostumbrarme a su presencia con rapidez. Estaba cansado de extrañarte, de sentirme solo —Leah entendía cada uno de esos sentimientos—. Así que decidimos casarnos y después tuvimos a Alyssa. Fue un golpe muy duro para todos saber que el cáncer atacaba de nuevo a Cris. Una mujer muy valiente. Hizo lo impensable por dejarnos los mejores recuerdos a su madre, Alyssa y a mí. Muchas noches decía que quería meterse

en la tina para aliviar el dolor del tratamiento que le ayudaba a combatir la enfermedad y pasaba horas allí encerrada, llorando. Yo lo sabía y me partía el alma saber cuánto sufría por saber que iba a morir —su voz se quebró de nuevo.

—No lo dudo. Ha debido ser muy duro para ti ver como ella se degeneraba y luchaba para no demostrarlo —le limpió la lágrima que Jonathan no pudo contener en ese momento y que rodó por su mejilla—. Me alegra que hayas podido abrirte a otra persona y recibir un regalo tan maravilloso como lo es un hijo.

Él sonrió.

—Alyssa es mi vida entera.

Ella no podía estar más convencida de eso. Cada vez que hablaba de su hija sus ojos ganaban un brillo único.

—Y es encantadora. ¿De verdad le hablaste de mi alguna vez?

Bufó.

—Le he hablado de ti ciento de veces. Con mucho respeto hacia su madre, por supuesto. Es que no he dejado de pensar en ti, Leah. Y muchas veces ella me tomaba por sorpresa mientras yo estaba sumergido en mis recuerdos, recreándote y tratando de sentirme a tu lado así fuese de forma etérea. No suelo mentirle y sí, desde la primera vez que me preguntó en qué estaba pensando que me hacía tan feliz, se lo conté.

Leah se sonrojó y a Jonathan le pareció la mejor visión que tuvo en años.

La besó en la mejilla.

—No te imaginas la felicidad que siento ahora mismo de que podamos estar así, juntos.

Milo se subió al sofá junto a ellos y Leah le contó cómo conoció a su hija.

—¿Qué te hizo volver a Arlington? —le preguntó ella.

—Tu recuerdo, mi vida junto a ti estaba aquí. Y no sabía si te iba a encontrar casada, con hijos, viuda o divorciada. Solo quería verte y comprobar que hubieses sido feliz en mi ausencia. ¿Lo fuiste?

Ella negó con la cabeza y desvió la mirada.

—No pude tener otra relación —él la miró con compasión—. Me mudé a Nueva York creyendo que allí encontraría algo que me liberara de tanta tristeza y no lo encontré. Al contrario, encontré un refugio en el cual hundirme más y revolcarme en mi propia tristeza hasta que fue inaguantable y

decidí regresar a casa. Tuve un accidente y te vi en el hospital.

—¿Qué te ocurrió? ¿Por qué no me llamaste?

—No tuve tiempo de hacerlo —sonrió—. Perdí el conocimiento en cuanto te vi. Y cuando desperté pregunté por Jonathan Rodríguez, por supuesto, tuvieron que explicarme mil veces que no había nadie en el hospital con ese nombre —levantó los hombros—. Me fui muy mal porque yo estaba segura de que eras tú. Unos días después regresé sola y monté una especie de guardia dentro del coche —Jonathan abrió los ojos por la sorpresa—. Fue cuando el doctor Norton...

—¿Norton? ¿Sean Norton? —Jonathan la interrumpió y ella asintió con sorpresa—. ¿Si te digo que somos grandes amigos me creerías?

—No lo dudo. Parece que nuestras vidas estaban unidas desde antes de nacer.

Él la vio con esa mirada profunda que tanto le gustaba.

Le dio un beso apasionado.

Se separó un poco de ella, lo suficiente para verla a los ojos y expresarle todo el amor que tenía para darle a partir de ese día.

Ella le devolvió la mirada y allí, en ese momento y sin decir una palabra, juraron no separarse nunca más.

# Epílogo

Varias semanas después, Jonathan Rodríguez regresó a la vida de todos sus amigos en su antigua ciudad. Aunque le llamaban Benjamin Walker, seguía siendo el mismo Jonathan que todos alguna vez conocieron. Retomó antiguas costumbres, antiguos contactos y lo más importante de todo retomó la vida que tanto añoraba junto a su antiguo y único amor.

Leah no podía verse más radiante desde que Jonathan regresara a su lado. Todavía no se acostumbraba por completo a la idea de tenerlo allí, con ella, día tras día y ser tan felices. No quería acostumbrarse tampoco porque si algo le enseñó la vida con tan amarga experiencia en el pasado, es que no hay nada asegurado en la vida y cada día que pasa debe aprovecharse al máximo porque no se sabe si será el último.

Suspiró viendo a sus amigos ir y venir por el jardín de su nueva casa.

El banco le aprobó el crédito a Jonathan que no perdió tiempo al planificar la remodelación de la antigua casa de los Rodríguez. Una excelente decisión sobre todo en ese momento de su vida en el que pensaba en retomar la historia con Leah justo en donde se quedó paralizada.

Ellie le ayudó a planificarlo todo. Desconocía del contenido de la caja que Leah guardaba celosamente en su armario y gracias a Ellie, supo que allí aún estaba el anillo de compromiso que le dio años antes a su chica. Al principio le pareció mala idea retomar la historia con el mismo anillo, pensaba que podía ser de mal augurio. Ellie se encargó de ahuyentar sus supersticiones diciéndole que nada en el mundo haría más feliz a Leah que volver a llevar ese mismo anillo en su mano.

Y así fue como lo planearon. Durante la mudanza de Leah a la antigua casa de los Rodríguez, Ellie se encargó de embalar esa caja especial en un sitio de fácil acceso para Jonathan y en un descuido de la misma Leah, él la tomó y la llevó a su consulta.

Estaba sorprendido con la cantidad de recuerdos que guardaba en su interior y le gustó adentrarse en ese pasado tan maravilloso para ambos y

revivir cada uno de esos sentimientos que experimentaron estando juntos desde la primera vez que se vieron.

Tal como Ellie se lo aseguró allí estaba el anillo bien resguardado en su caja de terciopelo negro. Lo tomó y ahora lo llevaba en el bolsillo de su pantalón cargo.

Estaba nervioso, tanto o más que la primera vez que le propuso matrimonio. Sabía que ella aceptaría pero no podía dejar de sentir nervios y la verdad era que tampoco quería que se esfumaran esos sentimientos porque eso le indicaba lo enamorado que estaba de esa mujer que ahora, se reía a carcajadas con el tonto de Sean Norton.

—¿Tienes todo listo? En un rato vamos a cantarte el cumpleaños.

Jonathan asintió con la cabeza mientras seguía embobado viendo a Leah.

—Pareces un adolescente —comentó Ellie divertida—. Alyssa está que se muere de los nervios porque se acerca el momento.

—Es mi cómplice y le hace muchísima ilusión que Leah se convierta en su madre.

—Qué niña tan maravillosa tienes, Jonathan —le dijo mientras captó el momento en el que Norton la veía con descaro mientras hablaba con Leah—. Ese amigo tuyo no deja de verme. Deberías decirle que tengo novio.

Jonathan rompió su encantamiento para ver a Ellie con curiosidad. Y al darse la vuelta la encontró con los ojos abiertos.

—No pensabas decirlo, ¿cierto? —comentó Jonathan al verle la expresión de sorpresa y nervios por haberse delatado.

—No le comentes nada a Leah, por favor, es muy complicado.

Jonathan la vio con duda de nuevo.

—¿Debemos hablar de esto? Porque lo complicado no hace feliz, Ellie.

—En otro momento será. Ahora quiero vivir una propuesta de matrimonio que tal vez nunca me hagan a mí, vamos.

Lo tomó de un brazo y les hizo señas a todas las personas que tenían en ese momento alguna responsabilidad asignada.

Amelia apareció con la tarta, Alyssa corrió a los brazos de su padre y le susurró en el oído lo mucho que lo quería y lo feliz que estaba aquel día y Ellie se acercó a Leah y la abrazó.

—Me alegro de que Jonathan haya regresado. Vas a ser muy feliz.

Leah la vio con confusión. Sabía que Ellie era una romántica

empedernida que ya estaba rayando en lo cursi. Esa semana le dijo como mil veces que iba a ser inmensamente feliz con Jonathan.

Vio como todos se aglomeraron en círculo alrededor de ellos y no se percató del porqué hasta que la niña la vio a los ojos y levantó las cejas sonriendo. Entonces allí empezó a sospechar que vendría algo gordo.

Jonathan se aclaró la garganta mientras Ellie encendía la vela para cantar cumpleaños.

Los presentes se vieron a los ojos con picardía. La mayoría sabía lo que ocurriría aunque no sabían el momento exacto de la petición porque eso fue un secreto entre Ellie, Jonathan y Alyssa.

Leah vio a los ojos a su amado. No podía estar más feliz y sentirse más dichosa de tenerlo a su lado, poder disfrutar de un momento tan sencillo como ese junto a los padres de ambos y los amigos más cercanos.

Un año más de vida de Jonathan que celebrarían por dos para vengarse del tiempo que estuvieron separados. Sonrió al pensar en esa ocurrencia de Jonathan el día anterior. La tomó por la cintura, la besó y luego le dijo que a partir del día siguiente, cada cumpleaños que pasara de ambos, la celebración se haría por dos así compensaban el tiempo perdido en años anteriores.

A ella le gustó la idea y sellaron el pacto con un beso que los llevó a los confines de la seducción y a hacer el amor durante casi toda la noche.

Una vez que terminaron de entonar el cumpleaños, antes de apagar la vela, Jonathan le preguntó a su pequeña:

—¿Qué hacemos antes de apagar la vela?

—Pedir un deseo.

Jonathan dejó a la niña en el suelo que corrió hacia donde estaba Leah y le colocó en la mano una cajita negra que ella conocía a la perfección.

Se le hizo un nudo en la garganta de la emoción y los presentes dejaron escapar una exclamación.

Su corazón empezó a latir desbocado cuando levantó la vista y se encontró a Jonathan con los ojos cerrados y las manos juntas a la altura del pecho como si estuviera rezando una plegaria.

—Por favor, que diga que sí —se le escuchó decir y todos los presentes soltaron una carcajada; incluida Leah, que se acercó y se colocó de puntillas para enganchar sus brazos en el cuello de Jonathan y besarlo repetidamente en los labios mientras intercalaba los besos con repetitivos «Sí» «Sí» «Sí».

Todos aplaudieron y se sintieron muy felices por ambos.

Amelia no podía sentirse mejor de ver que su yerno por fin encontraba a la mujer que de verdad le hacía feliz y que además, adoraba a su nieta con devoción. Cristal de seguro les acompañaba aquel día y los bendecía.

Isaac y Stella podían dejar de preocuparse por su adorada hija. Leah estaba feliz, en el lugar que le correspondía desde hacía tantos años y a pesar de que no estuvieron de acuerdo con un reencuentro entre ella y Jonathan, agradecieron al destino que se empeñó y los desafió haciendo que se encontraran igualmente por otro lado. No habrían soportado la culpa de saber que por ellos, esos dos no hubieran podido sellar ese amor que mantuvieron vivo por tantos años.

El viejo Jonathan y su dulce Callie, ahora llamados Ben y Mary Walker lloraron de felicidad desde el día que les dijeron que ya no se separarían más. Sobretudo Jonathan padre, seguía llorando y agradeciéndole a la virgen por haber obrado el milagro de que su hijo encontrara la felicidad de nuevo en los brazos de Leah.

Ryan se acercó a los recién comprometidos y los abrazó aprovechando que sus padres los soltaban después de felicitarles.

—Lo siento —le dijo Leah apenada, no habían tenido oportunidad de hablar a solas desde la aparición de Jonathan y Leah se sentía avergonzada porque sabía que Ryan tenía algunos sentimientos hacia ella. Aunque todos pensaran que estaba confundido.

—Solo quiero que seas feliz —vio a Jonathan—. Te mato si la haces sufrir de nuevo y te juro que te la robo, ¿está claro?

Jonathan asintió y lo abrazó con cariño.

—Esta es tu casa también. Eres bienvenido cuando quieras.

Ryan le dio unas palmadas en el hombro a modo de agradecimiento mientras le sonreía con sinceridad a ambos.

Ellie los llenó de besos y abrazos y propició un estupendo brindis a favor de los futuros esposos.

Al finalizar sus emotivas palabras, después de hacer llorar a todos los presentes, Alyssa la interrumpió.

—Yo también quiero decir algo —se contuvieron los sollozos y los presentes secaron sus lágrimas con las manos para poner toda su atención en la niña—. Siempre hemos sido una familia feliz. Incluso después de que mamá se convirtiera en un ángel. Cuando estábamos en Nueva York, mi papá y yo casi no pasábamos tiempo juntos porque tenía mucho trabajo. Entonces, en cada cumpleaños, mi deseo era que consiguiera una novia a la que quisiera mucho y

que ella le pidiera que no trabajara tanto para que pasara más tiempo con nosotras —sonrió llena de felicidad—. Estoy más que feliz de que mi deseo se haya cumplido. Por fin puedo empezar a pedir los juguetes que me gustarían —soltó como una gran confesión con la que hizo estallar en carcajadas a todos al tiempo que Jonathan la cogía en brazos y la abrazaba con fuerza mientras ella le respondía con igual intensidad su abrazo y extendía su brazo derecho para incorporar a Leah en ese momento tan personal entre ella y su padre porque ahora, Leah sería parte de la vida de ambos.

¡Por fin! Serían una familia.



## Querido lector:

Siempre te estaré agradecida por tu apoyo, por tu fidelidad hacia mis historias y por compartir conmigo tu experiencia como lector.

Recuerda que tus comentarios en Amazon y en Goodreads son importantes para que otros lectores se animen a leer esta o cualquier otra historia. No tienes que escribir algo extenso, no lo tienes que adornar, solo cuéntalo con sinceridad. Los nuevos lectores lo agradecerán y yo me sentiré honrada con tu opinión, bien sea para festejar por obtener muchas estrellas o para aprender en dónde estoy fallando y mejorar.

Para suscribirte a mi boletín de noticias y **participar en sorteos especiales para suscriptores** entra en [www.stefaniagil.com](http://www.stefaniagil.com) y rellena el pequeño formulario que aparece en la columna de la derecha.

Me encanta tener contacto con todos mis lectores. No dejes de seguirme en las redes para que podamos estar en constante comunicación ;-)

¡Mil gracias por todo, sin ustedes, esto no sería posible!

¡Felices Lecturas!

[Ver más obras de la autora](#)

Twitter: [@gilstefania](#)

Email: [stefaniagiln@gmail.com](mailto:stefaniagiln@gmail.com)

Facebook Fan Page: **Stefania Gil – Autor**

Instagram: [@Stefaniagil](#)



## Stefania Gil

Nació en Caracas, Venezuela. Estudió Diseño Gráfico y luego de dar muchos traspies, descubrió que escribir, es su verdadera vocación.

Es autora autopublicada de Romance y del subgénero Romance Paranormal.

Ha sido colaboradora de la revista digital Guayoyo En Letras en la sección Qué ver, leer o escuchar.

Le encanta leer y todo lo que sea místico y paranormal capta su atención de inmediato.

Siente una infinita curiosidad por saber qué hay más allá de lo que no se puede ver a simple vista, y quizá eso, es lo que la ha llevado a realizar cursos de Tarot, Wicca, Alta Magia y Reiki.

*Actualmente, reside en la ciudad de Málaga con su esposo y su pequeña hija. Y desde su estudio con vista al mar, sigue escribiendo para complacer a sus lectores.*